

LA ESPAÑA MODERNA

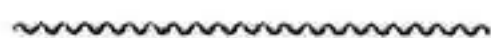


AÑO 15.

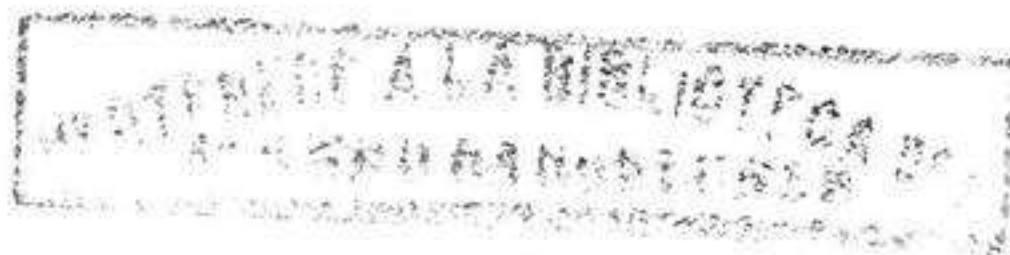
NUM. 171.

LA

# ESPAÑA MODERNA



**Director: JOSE DE LAZARO**



—  
**MARZO, 1903**  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# UN DUELO

(NOVELA)

(CONTINUACIÓN)

## XI

—Tienes un aspecto como si vinieras á prenderme—dijo Von Koren, al ver entrar en su casa á Samoilenko de gran uniforme.

—Pasaba por tu puerta y me he dicho que me convendría aprender un poco de Zoología—respondió el doctor, sentándose cerca de una gran mesa formada por varias tablas.

—Buenos días, papa—dijo al diácono, que, instalado cerca de la ventana, copiaba algo.—No me siento más que un minuto, y me vuelvo en seguida á casa para avivar la comida. Porque ya es hora... ¿No os he venido á molestar?

—De ninguna manera—respondió el zoólogo, extendiendo sobre la mesa unos papeles, escritos con una letra fina y apretada;—estamos ocupados en transcripciones.

—Ya, ya—dijo Samoilenko, cogiendo suavemente de la mesa un libro cubierto de polvo, sobre el que estaba extendida una serpiente muerta y disecada; después añadió:

—Sin embargo. Imagínate que un escarabajo verde quiera largarse para asuntos suyos y se encuentra de repente en su camino con semejante animal. ¡Qué espanto el de él!

—Sí, es muy probable.

—¿Le ha sido dado el veneno para defenderse de sus enemigos?

—Sí, para defenderse de sus enemigos y para atacar á su vez.

—Sí, sí, sí... Y todo en la Naturaleza se explica y tiene un fin, amigos míos. Solamente; he aquí una cosa que no comprendo, y que tú, que eres un hombre de gran inteligencia, me la vas á explicar seguramente. Existen, como tú sabes, animales no mayores que una rata, de aspecto bastante bonito si se quiere, pero en alto grado miserables é inmorales. Uno de estos animales se pasea, por ejemplo, por un bosque, ve un pajarillo, lo atrapa y se lo come. Continuando su camino, ve en la hierba un nido que contiene huevos: ya no tiene hambre; pero, sin embargo, rompe un huevo, y con su pata arroja los otros fuera del nido; un poco más adelante, se encuentra una rana y se divierte con ella hasta que la deja muerta; entonces se relame de gusto; pero á su encuentro viene un escarabajo, le aplasta de una patada... Y de esta suerte va destruyendo cuanto encuentra en su camino... Invade los terrenos de los otros animales, saquea los hormigueros, aplasta los caracoles... Si encuentra una rata, se pelea con ella; si ve un lagarto ó un ratón, quiere ahogarlos. Y así continúa durante todo el día. Pues bien: dime para qué puede ser útil ese animal. ¿Por qué ha sido creado?

—No sé de qué animal quieres hablar—respondió Von Koren;—probablemente de un insectívoro. ¿Y qué? El pájaro cayó bajo sus garras, porque no estaba alerta; destruyó un nido lleno de huevos, porque el ave lo construyó mal y no supo dónde ocultarlo; la rana tenía probablemente algún defecto en su color, de otra manera no la hubiese visto, y así en lo demás. El animal á que aludes no destruye más que á los débiles, á los torpes, á los imprudentes, en una palabra, á los que tienen defectos, á aquellos de quienes la Naturaleza no ha juzgado útil conservar la posteridad. No viven sino los más

hábiles, los más prudentes, los fuertes y los bien constituídos. De tal manera, que ese animal, sin darse cuenta, coopera al gran fin del perfeccionamiento.

—Sí, sí, sí...—dijo Samoilenko, que añadió con negligencia:

—A propósito, hermano, préstame cien rublos.

—Perfectamente. Entre los insectívoros se encuentran algunos muy interesantes. Por ejemplo, el topo. Se dice que es un animal útil, porque destruye los insectos perjudiciales. Se cuenta también que un cierto alemán ofreció al Emperador Guillermo I una pelliza hecha con pieles de topo, y el soberano ordenó que fuese censurado por haber matado una cantidad tal de seres útiles. Y, sin embargo, el topo es también de una gran crueldad, y además es muy perjudicial, porque socava horriblemente los prados.

Von Koren abrió una cajita, sacó un billete de cien rublos, y se los dió á Samoilenko diciendo:

—Toma los cien rublos que me has pedido; pero con la condición de que no sean para Laievski.

—¿Por qué?—dijo Samoilenko.

—Yo no quiero prestar ni dar nada á Laievski.

—Pues sí, para él te pido este dinero—replicó Samoilenko levantándose y agitando la mano derecha.—Sí, son para Laievski. Y nadie tiene el derecho de enseñarme lo que yo debo hacer con mi dinero. ¿Quieres prestármelos, sí ó no?

El diácono se echó á reír.

—No te sulfures y razona un poco—dijo el zoólogo.—Prestar un servicio á Laievski es tan insensato como regar la mala hierba, ó alimentar á langostas.

—Mi opinión es que debemos socorrer á nuestro prójimo—exclamó Samoilenko.

—En tal caso, socorre á ese desgraciado turco que está tumbado ahí, en la calle. Es un trabajador, y un hombre más útil, más necesario que Laievski. Dale los cien rublos, ó bien conságralos á mi expedición.

—¿Quieres prestármelos, sí ó no? Esto es lo único que te pregunto.

—Respóndeme francamente: ¿Para qué tienes necesidad de ese dinero?

—No es un secreto. Tiene que marcharse el sábado á San Petersburgo.

—¡Ah, ya!—exclamó Von Koren.—Ya comprendo. ¿Y se marcha ella con él?

—Ella se quedará aquí provisionalmente. El arreglará sus asuntos en San Petersburgo, y le enviará en seguida dinero para que pueda ponerse en viaje.

—¡Muy hábil!—exclamó el zoólogo, riendo sarcásticamente.—¡Muy hábil! ¡Inteligentemente concebido!

Se acercó á Samoilenko, y, mirándole cara á cara, le preguntó:

—Responde francamente: ¿ya no la quiere? ¿no es así?, responde.

—Así es—respondió Samoilenko, cuya frente se cubría de sudor.

—¡Qué buen sujeto!—replicó Von Koren.—Una de dos, Alejandro Davidovitch: ó tú eres cómplice, ó eres negado. ¿Acaso no comprendes que te engaña como á un niño, de la manera más desleal? Es claro, sin embargo, como la luz que lo que él quiere es separarse de ella, y abandonarla aquí. Ella se quedará á tu cargo, y también es claro como la luz que te verás obligado á enviarla á San Petersburgo á tu costa. ¿Te han cegado tanto las soberbias cualidades de tu amigo, que te impidan ver las cosas más sencillas?

—Pero todo eso son suposiciones tuyas—dijo Samoilenko sentándose.

—¿Suposiciones? ¿Pues por qué en tal caso se marcha él solo, y no con ella? ¿Y por qué también no la envía primeramente á ella, y se va él después? Es un animal astuto.

—Es imposible—dijo Samoilenko, acordándose de la noche que Laievski había pasado en su casa.—¡Sufre tanto!



—¡Valiente razón! También sufren los ladrones y los incendiarios.

—Supongamos por un instante que tengas razón—dijo Samoilenko vacilando.—Admitámoslo... pero es un hombre joven, alejado de su país un estudiante, y fuera de nosotros nadie puede prestarle ayuda.

Ayudarle á cometer malas acciones por esa sola razón, es un absurdo.

—Espera... razonemos con un poco de sangre fría... tal vez puedan arreglarse las cosas... le daré el dinero, pero exigiéndole su palabra de honor de que, á su vez, él se lo ha de enviar á Nadiejda Fedorovna, antes de una semana.

—Y él te dará su palabra de honor, derramará algunas lágrimas, hasta tendrá la intención de hacerlo como lo dice; pero, ¿qué valor tiene todo eso? No cumplirá su palabra, y cuando dentro de uno ó dos años te lo encuentres algún día en la Neviski, dando el brazo á una nueva conquista, entonces se excusará, diciendo que la civilización le ha corrompido, y que él es un hermano de Rudine. Abandónale. Apártate del fango en que estás sumido.

Samoilenko permaneció pensativo durante unos instantes, después dijo con tono decidido:

—De todos modos le daré el dinero. ¿Qué quieres? Yo no tengo carácter para rechazar á mi hombre por simples suposiciones.

—Perfectamente. Dale un abrazo.

—Dame los cien rublos—dijo tímidamente Samoilenko.

—No te los daré.

Transcurrió un minuto en silencio.

Samoilenko estaba completamente abatido; su rostro tomó una expresión de confusión y de culpabilidad, y era verdaderamente extraño ver aquel rostro apesadumbrado é infantil en un corpachón adornado con charreteras y condecoraciones...

—El Obispo de la diócesis gira su visita pastoral, no en carruaje, sino á caballo—dijo el diácono dejando la pluma.—Es

muy conmovedor el verle cabalgando. Su sencillez y su humildad tienen el sello de una verdadera grandeza bíblica.

—¿Es un hombre excelente?—preguntó Von Koren, satisfecho de cambiar de conversación.

—¿Y cómo no lo sería? Si no fuera excelente, no le hubieran nombrado Obispo.

—Encuéntrense entre los Obispos hombres muy buenos y muy inteligentes—dijo Von Koren.—Es lástima que la mayor parte de ellos tengan la debilidad de creerse hombres de Estado. Unos se ocupan de la rusificación; otros critican de ciencias. No es esa su misión. Harían mejor si se ocuparan más de Consistorio.

—Un hombre de mundo no puede juzgar á los Obispos.

—¿Por qué no, diácono? Un Obispo es un hombre como yo.

—Según desde el punto de vista que se considere—respondió el diácono, volviendo á ponerse á copiar.—Si usted fuese Obispo, estaría encargado de sus funciones; pero como no las ejerce usted, es señal de que es usted otra cosa.

—No te enfades diácono — dijo Samoilenko con ansiedad. Después añadió dirigiéndose á Von Koren:

—Escucha, he aquí lo que he pensado: No me des los cien rublos. Hasta el invierno, te quedan todavía tres meses de comer en mi casa; pues bien, págame esos tres meses adelantados.

—No te daré nada.

Samoilenko parpadeó, y levantándose, se dispuso á abandonar la estancia.

Von Koren comenzó á compadecerse.

—Es imposible hacer nada con semejantes hombres—dijo el zoólogo, dando con cólera un manotazo sobre la mesa.—Hay que comprender que el obrar así, no acusa bondad, ni amistad, sino cobardía, depravación, veneno. Vuestros corazones débiles é incapaces, destruyen la obra de la inteligencia. Cuando yo era colegial, tuve el tifus; y mi tía, compadecida de mí, me dió de comer setas en conserva, lo que me puso á

punto de morir. Tú también, como mi tía, deberías saber que el cariño debe residir no el corazón, ni en el estómago, ni en los riñones, sino aquí.

Y Von Koren se dió un manotazo en la frente.

—¡Tómalos!—dijo, y le tiró el billete de cien rublos.

—No tienes razón en incomodarte, Kolia—dijo dulcemente Samoilenko doblando el billete. — Te comprendo perfectamente, pero... ponte en mi lugar.

—No eres más que una vieja.

El diácono se echó á reír.

—Escucha, Alejandro Davidovitch, un postrer ruego—dijo á grandes voces Von Koren.—Cuando le entregues el dinero á ese bandido, le pones esta condición: que se marche con su compañera, ó que la envíe por delante; en otro caso, no le des nada. Díselo así. Si no lo haces, te doy mi palabra de honor que iré á buscarle á su oficina y le arrojaré por las escaleras; además, como si no te conociera. Ya lo sabes.

—Si se marcha con ella, ó hace que ella se marche antes, será mejor para él. Seguramente que se alegrará. Vaya, hasta luego.

Samoilenko sé despidió muy cariñosamente, y salió; pero, antes de cerrar la puerta, dirigió una ojeada hacia Von Koren, y dijo:

—Te han echado á perder los alemanes. Sí, los alemanes.

## XII

El jueves siguiente, María Constantinovna celebró el aniversario del nacimiento de su hijo Kostia. Invitó á todo el mundo á que viniera, al mediodía, á compartir el pastel, y, por la noche, á tomar chocolate.

Cuando por la noche, Laievski y Nádiejda Fedorovna entraron en la casa, el zoólogo, instalado ya en la sala y saboreando el chocolate, preguntó á Samoilenko:

—¿Le has hablado?

—Todavía no.

—Ya sabes, hazlo sin miramiento. Yo no comprendo la insolencia de esas gentes. Saben perfectamente lo que se piensa de ellos en esta casa, y sin embargo vienen.

—Si fuera menester tener en cuenta todos los prejuicios—respondió el doctor—no se podía ir á ninguna parte.

—¿Acaso el desprecio de la multitud hacia el amor libre y la inmoralidad es un prejuicio?

—Ciertamente. Prejuicio y envidia. Cuando los soldados se encuentran con una mujer de conducta ligera, se ponen á burlarse y á silbarla, y yo te pregunto: ¿qué son ellos mismos?

—Silban con razón. Porque lo que silban son mujeres que ahogan á sus hijos nacidos ilegítimamente y yendo á parar á una cárcel, á Ana Karenine arrojándose al paso de un tren. El hecho de que todos estimemos aquí la pureza de Katia, y de que todos experimentemos la necesidad de un amor puro, ¿es por ventura un prejuicio?

Laievski entró en la sala, saludó á todos los invitados, y sonrió amablemente al estrechar la mano de Von Koren. Después, aprovechando un momento favorable, dijo á Samoilenko:

—Perdoname, Alejandro Davidovitch, tengo que decirte dos palabras.

Samoilenko se levantó, y cogiéndose del brazo, le llevó al gabinete de Nicodemo Alejandrovitch.

—Mañana es viernes...—dijo Laievski royéndose la uñas, —¿Te has procurado lo que me has prometido.

—No he encontrado hasta ahora más que doscientos diez rublos. Lo restante lo tendré hoy ó mañana. Estáte tranquilo.

—Gracias á Dios—exclamó Laievski cuyas manos temblaban de alegría.—Tu me salvas, Alejandro Davidovitch, y te juro en nombre de Dios, en nombre de mi felicidad ó en el de lo que tu quieras, que te enviaré ese dinero en cuanto haya llegado á Petersburgo. Y añadiré lo que corresponde á las antiguas deudas.

—Sí, está bien, pero tengo que decirte algo, Vania...— balbuceó Samoilenko cogiéndole un botón y ruborizándose. —Perdona si me méto en tus interioridades de familia... pero... ¿por qué no te llevas contigo á Nadiejda Fedorovna?

—¡Qué ocurrencias tienes! ¿Acaso eso es posible? Es preciso de todo punto que uno de los dos se quede aquí, para no asustar á los acreedores. Porque debo por lo menos unos setecientos rublos en diferentes tiendas. Esperando un poco, enviaré dinero, y una vez cerradas todas las bocas, podrá ella marchar.

—Sí... pero ¿por qué entonces no haces que se vaya ella antes?

—Tampoco es eso posible. Es una mujer y no sabría arreglarse. Sería una pérdida de tiempo y un gasto inútil de dinero.

—No deja de tener razón—pensó Samoilenko para sí; pero se acordó en seguida de las órdenes de Von Koren, bajó los ojos y dijo con tono sombrío:

—No soy de tu parecer. Márchate con ella, ó envíala antes, si no, si no no te daré el dinero. Es mi última palabra.

Y reculando, empujó la puerta con la espalda y entró en la sala muy conmovido y con el rostro arrebatado.

—Viernes... viernes...—pensaba Laievski...—viernes...

Le ofrecieron una taza de chocolate, con el que se quemó los labios y la lengua, absorto por su idea fija:

—Viernes... viernes...

Esta palabra no podía salir de su cabeza; no pensaba en otra cosa; y tenía la impresión, no en su cerebro, sino en algún sitio cerca del corazón, de que no marcharía al día siguiente.

Ante él pasó Nicodemo Alejandrovitch, elegante y bien peinado, que le dijo:

—Sírvasse usted, se lo ruego.

María Constantinovna hizo que vieran los invitados las notas y los certificados de Katia, cuidando de añadir con insinuante acento:

—¡La instrucción es ahora tan difícil! ¡exigen tantas cosas!

—¡Mamá!—exclamó Katia, que no sabía donde enconderse ante los unánimes elogios.

Laievski examinó como todo el mundo los certificados, y se mostró pródigo en elogios, pero, sin saber lo que veía, ni lo que decía, repitiéndose sin cesar con angustia esta pregunta:

—¿No me marcharé?

Pusieron dos tablas de juego, y todos se instalaron para jugar á la aduana. Laievski hizo como los demás, y continuó pensando en su situación.

Quería reflexionar y no se atrevía á hacerlo, experimentaba un gran malestar al reconocer que el doctor había adivinado la estratagema, que tan cuidadosamente se ocultaba á sí mismo.

Siempre que se le había ocurrido pensar en su porvenir, no había dado libre curso á sus ideas. Sentarse en un vagón del ferrocarril y marchar,—así había resuelto la cuestión de su existencia;—pero de ahí no habían pasado sus reflexiones; sin embargo á veces le había pasado por el cerebro la idea de que alguna vez, en cualquiera de las calles de San Petersburgo, y más ó menos pronto tendría que recurrir á una mentira para romper sus relaciones con Nadiejda Fedorovna, y pagar sus deudas; mentiría esta vez, pero para regenerarse por completo. Y la cosa no estaría mal; á costa de una mentira rescataría su vida, y de ello resultaría un gran bien.

Más ahora que el doctor con su negativa había aludido directamente á su superchería, comprendió que la mentira le sería necesaria, no solamente en un porvenir lejano, sino hoy, mañana, dentro de un mes, y tal vez hasta el fin de su vida; por de pronto, le sería necesario para marchar, se vería obligado á mentir á Nadiejda Fedorovna, á los acreedores y á sus jefes; enseguida, á fin de encontrar dinero en San Petersburgo, debería mentir á su madre, diciéndola que había roto con su compañera; y su madre no le daría arriba de quinientos rublos, con lo que desde luego mentía al doctor, pues no po-

dría hallarse en situación de reembolsarle de su dinero en un plazo breve; después, cuando su compañera estuviese con él en San Petersburgo, sería preciso recurrir á una serie de mentiras, pequeñas y grandes, para romper con ella; y habría llantos, molestias, una vida de malestar y ningún mejoramiento en la existencia... mentira y nada más que mentira. En la imaginación de Laievski se alzó toda una montaña de mentiras. Para franquearla de una vez, y no mentir así en detalle, sería necesario recurrir á una medida radical, por ejemplo: levantarse, coger el sombrero, y sin decir una palabra, marchar, aun sin tomar el dinero siquiera; pero Laievski comprendía que esto le era imposible.

—Viernes... viernes—pensaba.

Jugaron á otros juegos. Escribieron billetitos que los colocaron después de haberlos doblado en un viejo sombrero de copa de Nicodemo Alejandrovitch, y cuando se hubo reunido así un determinado número, Kostia, elegido como cartero, fué distribuyéndolo en derredor de la mesa.

El diácono, Katia y Kostia, que recibieron billetes muy ocurrentes, y que se esforzaban en contestar de la misma manera, estaban muy divertidos.

—«Tengo necesidad de hablar con usted», leyó Nadiejda Fedorovna en un billete. Dirigió una mirada á María Constantinovna, que le sonrió significativamente moviendo la cabeza.

—¿Hablar de qué?—se dijo la joven—Si es imposible decirlo todo, no hay necesidad de hablar.

Antes de salir de su casa, ella había arreglado la corbata á Laievski, y esta vulgar operación le había llenado de ternura y de arrepentimiento. La preocupación impresa en el rostro de su amante, sus miradas distraídas, su palidez y el incomprensible cambio operado en él desde hacía poco, y de otra parte, los secretos terribles y despreciables que ella guardaba en su alma, el temblor de sus manos cuando le cuidaba la corbata: esto le decía que les quedaba poco tiempo de vivir juntos.

Y ella le miraba, como se mira á una imagen, con temor y arrepentimiento, y decía en voz baja: «Perdona, perdona»...

Enfrente de ella estaba sentado, al otro lado de la mesa, el joven Atchmianof, el cual no separaba de ella sus ojos negros de enamorado; y este deseo la turbaba, y reconocía con vergüenza y terror que ni el sentimiento ni la tristeza la impedían resistir una pasión impura y que, como los borrachos endurecidos, ella no tenía ya fuerzas para sobreponerse á la tentación.

Para no prolongar aquella existencia, vergonzosa para ella, y que ultrajaba á Laievski, estaba resuelta á huir. Ella le rogaría llorando que la dejase marchar, y, si él se oponía, huiría secretamente; pero sin contarle todo lo que había pasado, á fin de que conservase de ella un recuerdo puro y sin mancha.

—«Amo, amo, amo», leyó ella en un billete.

Procedía de Atchmianof.

Ella iría á vivir á cualquier sitio en la soledad; trabajaría y enviaría á Laievski, sin descubrir la procedencia, dinero, camisas bordadas, tabaco; ella volvería al lado de él más adelante, cuando él fuese viejo y estuviese enfermo, y se convertiría en enfermera suya. Y cuando, al fin, conociese él las razones de la negativa de ella á casarse y de su huída, entonces apreciaría su sacrificio y la perdonaría.

—«La nariz de usted es larga.»

Esto debía proceder del diácono ó de Kostia.

Nadiejda Fedorovna, representándose ya su despedida con Laievski, vió con la imaginación cómo le estrechaba fuertemente contra su corazón, le besaba la mano y le juraba que ella le amaría toda la vida. En seguida, viviendo en la soledad, ella pensaría constantemente en el amigo, en el hombre amado, puro, noble y eminente, que vivía lejos y conservaba de ella un recuerdo inefable.

—«Si no me concede usted hoy una cita, se lo contaré todo á Laievski y la daré á usted un escándalo delante de todo el mundo.»



Esto procedía de Kirilline.

Nadiejda Fedorovna cogió un papelito y respondió: «Eso es indigno.»

Kirilline estaba sentado de lado cerca de la mesa, con las piernas cruzadas, y se acariciaba el rostro con las manos. Parecía como si tuviera dolor de cabeza. Leía perezosamente los billetes, sonriendo algunas veces por cortesía.

Habiendo leído la respuesta de Nadiejda Fedorovna, comenzó á decir en alta voz:

—Señores, tengo que contarles algo. En estos días se ha desarrollado en nuestra simpática población una verdadera novela. Una dama dió una cita á un oficial...

Nadiejda Fedorovna se estremeció. Escribió rápidamente: «Sí, sí», y echó el billete á Kirilline por encima de la mesa.

—Sí—continuó él;—el oficial se deslizó entonces en el Aul (1), porque la tal dama era la esposa de algún Gurien; fué sorprendido y recibió una paliza...

—Es muy curioso;—dijo María Constantinovna.

—Me ocultaré hoy, y me marcharé mañana;—se dijo Nadiejda Fedorovna, sintiendo que después del escalofrío que le había causado su espanto la invadía un calor febril.

### XIII

Laievski recibió dos billetes. Habiendo desplegado el primero, leyó: «No te marches, querido amigo.»

—¿Quién ha podido escribir esto?—pensó.—No es ciertamente de Samoilenko... Lo probable es que tampoco sea del diácono, que no está al corriente de mis proyectos. ¿Será Von Koren?

El zoólogo estaba en aquel momento inclinado sobre la

---

(1) Aldea indígena del Cáucaso.

mesa y dibujaba una pirámide; pero le pareció á Laievski que los ojos de aquél brillaban burlescamente.

En el segundo billete, de la misma escritura enérgica de grandes rasgos, estaba escrito: «Alguien que está aquí no se marchará el sábado.»

—¡Qué broma tan tonta!—pensó Laievski;—viernes... viernes...

Sintió que algo le subía á la garganta, y, tocándose el cuello de su levita, se puso á toser; pero al mismo tiempo que la tos, se escapó de su garganta una carcajada:

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Pero qué tengo yo?—se dijo.

Quiso contenerse, y se puso la mano en la boca; pero la risa le ahogaba y no podía cerrar las mandíbulas.

—¡Qué estúpido es esto!—pensó, sacudido por su acceso de hilaridad.—¿Iré á perder la cabeza?

La risa aumentó, aumentó, y concluyó por degenerar en una especie de ahullido.

Laievski quiso levantarse de la mesa, pero sus piernas se negaron á todo servicio; y su mano derecha, corriendo convulsivamente sobre la mesa, se apoderó de un papel y le arrugó sin que él pudiese impedirlo.

Observó en torno de él miradas asombradas, el rostro serio é inquieto de Samoilenko, la cara del zoólogo con un gesto de burla y de desprecio, y comprendió que tenía un ataque de histerismo.

—¡Qué vergüenza, qué cosa tan ridícula!—se dijo, sintiendo sobre su rostro la humedad de las lágrimas...—Nunca me había dado á mi esto... Sintió que le cogían por debajo de los brazos, y que sosteniéndole la cabeza por detrás, le colocaban en alguna parte. Un vaso brilló ante sus ojos, le golpeó los dientes, y el agua corrió por su garganta. Después se vió en una alcoba, en la que había dos camas cubiertas con colchas blancas como la nieve. Le acostaron en una de ellas y se puso á llorar.

—No es nada... nada—decía Samoilenko.—Esto sucede, sucede algunas veces...

Pálida de terror, temblando con todo su cuerpo y presintiendo algo terrible, Nadiejda Fedorovna estaba al lado de la cama; ella le preguntaba:

—¿Qué tienes?—Dímelo por el amor de Dios.

—Y ella se puso á pensar:

—¿Le habrá escrito Kirilline algo?

—No es nada—decía Laievski, riendo y llorando á la vez.  
—Sal de aquí, querida.

Su rostro no expresaba ni cólera ni desprecio; así, pues, no sabía nada. Y la joven, algo tranquilizada, volvió á la sala.

—No se turbe usted, querida—le dijo María Constantinovna sentándose á su lado y cogiéndole una mano.—Eso no es nada. Los hombres son tan débiles como nosotras... Están ustedes pasando por un momento de crisis... es comprensible. Vamos, hablemos un poco.

—No, ahora no—respondió Nadiejda Fedorovna escuchando los sollozos de Laievski.—Estoy demasiado pesada... Permítame usted que me retire.—¿Cómo, cómo?—exclamó la buena señora.—¿Piensa usted que la voy á dejar marchar sin cenar? Empiece usted á comer y tenga confianza en Dios...

—Estoy muy inquieta—murmuró Nadiejda Fedorovna; y hubo de apoyarse en el brazo de un sofá para no caerse.

—Ha sido un ataque completamente pueril—dijo Von.Koren festivamente al entrar en la sala; pero á la vista de la joven, se turbó y volvió á salir

Cuando la crisis hubo pasado, Laievski se sentó en la cama y reflexionó:

—Es una vergüenza... debo haber gritado como una chiquilla. Es una cosa risible y ridícula.irme así, produciría una mala impresión; significaría, además, que yo doy importancia al histerismo. Es preferible que lo eche á broma.

Se miró en un espejo, y después de haber descansado un instante, volvió á entrar en la sala.

—Aquí me tienen ustedes—dijo sonriendo, á pesar de la vergüenza que experimentaba, y de lo convencido que estaba de que los otros se encontraban molestos en su presencia.

Se sentó, añadiendo:

—Estas cosas suceden algunas veces. Estaba sentado ahí, y de repente, saben ustedes, he experimentado un dolor muy agudo en el costado... insoportable; los nervios han hecho de las suyas, y han originado esta tonta aventura. Nuestro siglo es nervioso, ¡qué se ha de hacer!

Durante la cena, bebió vino y habló con animación, sin dejar de frotarse de cuando en cuando el costado para indicar que el dolor no habia desaparecido por completo. Pero nadie, excepto su compañera, creía en sus palabras, y hartó se percató él de ello.

A eso de las diez bajaron á pasearse en el boulevard.

Nadiejda Fedorovna, temiendo que Kirilline fuese á hablarla, cuidó de permanecer continuamente al lado de María Constantinovna y de sus hijos. Estaba muy abatida por el susto y por la tristeza, y presintiendo una fiebre próxima, languidecía y apenas arrastraba los pies; no se dirigió, sin embargo, hacia su casa, porque estaba persuadida de que Kirilline, ó bien Atchmianof, ó tal vez ambos, la seguirían.

Kirilline marchaba detrás con Nicodemo Alejandrovitch, y no hacía más que decir en voz baja:

—Yo no permito que nadie se burle de mí. No lo permito.

Al llegar al casino, la reunión dejó el boulevard y siguió por la playa, contemplando atentamente las fosforescencias del mar. Y Von Koren se puso á explicar con detenimiento las causas del fenómeno.

#### XIV

—Ya es tiempo de que me vaya á jugar al vinte. Me esperan—dijo Laievski.—Buenas noches, señoras y señores...

—Me voy contigo, espera—dijo Nadiejda Fedorovna, cogiéndole del brazo.

Se despidieron de la reunión y se marcharon.

Kirilline hizo lo mismo, diciendo que seguía el mismo camino, y les acompañó.

—Suceda lo que quiera—pensó la joven.—Y le pareció que todos los malos recuerdos salían de su cabeza para escoltarla y agobiarla con su peso.

Pensó que si Kirilline cometía alguna villanía, el culpable no sería él, sino ella; porque había habido un tiempo en que ningún hombre se hubiese atrevido á hablarle así, y ella era la que había dejado que se desvaneciese aquel tiempo de consideraciones y respetos. Embriagada por sus deseos, ella había sonreído á un hombre desconocido hasta entonces, por la sola razón de que era esbelto y arrogante; á la segunda cita había sentido el disgusto; ¿pero quitaba esto á aquel hombre el derecho de tratarla á su antojo?

—Aquí te dejo, querida—le dijo Laievski, deteniéndose.—Por lo demás, el amigo Kirilline te acompañará.

Saludó á Kirilline y atravesó rápidamente el boulevard para entrar en casa de los Chechkovski, cuyas ventanas estaban iluminadas, y se le oyó llamar á la puerta.

—Usted me ha respondido: sí, sí—comenzó diciendo Kirilline.—Estoy á sus órdenes.

Nadiejda Fedorovna sintió que su corazón latía violentamente, pero no respondió nada. Kirilline continuó:

—Yo me había explicado su brusco cambio de usted para conmigo por la coquetería; pero veo ahora que obedecía á razones menos importantes... Usted quería sencillamente jugar conmigo como con un ratón... Estoy á sus órdenes.

—Estoy muy triste—dijo la joven volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—También yo estoy triste, pero ¡qué le vamos á hacer!

Kirilline se calló un instante, y después dijo con lentitud, dejando un intervalo entre palabra y palabra:

—Repito á usted, señora, que si no me concede usted hoy una audiencia, me apresuraré á llevar al conocimiento público que es usted mi querida. Laievski y yo tenemos sobre usted un derecho igual.

—Déjeme usted hoy—respondió Nadiejda Fedorovna. Y no reconoció su voz, pues hasta tal punto era su tono lastimoso.

—Debo repetir... Perdone usted mi tono grosero... el tono, como dicen los franceses, hace á la música. Sí, me veo obligado, con gran sentimiento mío, á decir: Solicito dos entrevistas; hoy y mañana. Pasado mañana será usted completamente libre, y podrá usted ir á donde quiera y con el que le agrade. Hoy y mañana.

Nadiejda Fedorovna se detuvo ante su respuesta.

—Déjeme—murmuró, temblando y no viendo en la sombra sino la guerrera blanca que estaba ante ella...—Tiene usted razón, soy una mujer perdida, soy culpable, pero déjeme, se lo ruego, se lo suplico.

Y habiendo tocado la mano fría de Kirilline, se estremeció con un sentimiento de aversión.

—¡Ah!—exclamó Kirilline.—No entra en mis planes dejarla á usted así, porque tengo poca confianza en las mujeres para...

—Hoy estoy mala...

Nadiejda Fedorovna escuchó el rumor continuo del mar y miró en seguida al cielo, tachonado de estrellas; y experimentó el intenso deseo de concluir cuanto más pronto con aquella vida maldita, al mismo tiempo que con el mar, las estrellas, los hombres y la fiebre.

—Por lo menos, no en mi casa—dijo ella fríamente.—Lléveme usted á cualquier sitio.

—Vamos á casa de Muridof. Será lo mejor.

—¿En dónde está eso?

—Cerca del antiguo boulevard.

Ella subió rápidamente la calle, después tomó por un camino que conducía hacia las alturas; la noche estaba sombría.

Kirilline iba en pos de ella. Hubo un momento en que tropezó y estuvo á punto de caer, lo que le hizo reír.

—Está borracho—pensó la joven.—Pero me es igual... me es igual... sea . . . . .

Atchmianof, sin embargo, había abandonado la reunión y seguido de lejos á Nadiejda Fedorovna, para invitarla á dar un paseo en barca. Llegó, pues, á su casa y miró á través de la verja; las ventanas estaban abiertas de par en par, y no se veía ninguna luz.

—¡Nadiejda Fedorovna!—llamó él.

Transcurrió un minuto.

Llamó de nuevo.

—¿Quién es?—preguntó la voz de Olga.

—¿No está en casa Nadiejda Fedorovna?

—No. No ha vuelto todavía.

—Es extraño... muy extraño...—pensó Atchmianof, con un principio de inquietud.—Pues ella iba á su casa...

Atravesó el boulevard y se dirigió á mirar por las ventanas de casa de Chechkovski.

Vió á Laievski, sentado ante una mesa y examinando atentamente las cartas.

—Es extraño... muy extraño...—murmuró Atchmianof, mientras que el recuerdo del ataque de histerismo de Laievski le causaba una impresión de malestar,—¿en dónde puede estar, de no hallarse en su casa?

Volvió hacia la morada de Nadiejda Fedorovna y miró por las ventanas sombrías.

—Es un engaño...—pensó, recordando que ella misma le había prometido, cuando se encontraron en casa de los Bitugof, el dar un paseo en bote.

Las ventanas de la casa de Kirilline estaban igualmente sin luz, y el asistente, sentado en un banco cerca de la puerta, esperaba á su oficial. Esta vista fué un rayo de luz para Atchmianof.

Resolvió volver á su casa; pero al volver á pasar cerca de la vivienda de la joven, se sentó en un banco y se quitó el sombrero, porque su cabeza ardía de celos y de cólera.

El reloj de la Iglesia no daba la hora sino dos veces al día; á las doce del día y á las doce de la noche.

De repente dejó oír su campana, y casi en seguida se escucharon pasos apresurados.

Atchmianof prestó oído y oyó la voz de Kirilline que decía:

—Así, pues, mañana por la noche otra vez en casa de Muridof. A las ocho, adiós.

Nadiejda Fedorovna, sin reparar en la presencia de Atchmianof, pasó á su lado, abrió la puerta, y, sin cerrarla, entró en la casa.

Una vez en su cuarto, encendió luz y se desnudó rápidamente; pero, en lugar de acostarse en la cama, se dejó caer de rodillas ante una silla, apoyó sus brazos y su frente en ella, y permaneció inmóvil.

Laievski volvió á eso de las tres de la mañana...

## XV

Decidido á no hacer las cosas bruscamente, sino más bien á proceder mediante mentiras pequeñas, Laievski fué al día siguiente á casa de Samoilenko para pedirle el dinero necesario para el viaje, porque quería marchar el sábado indefectiblemente.

Después de su crisis de histerismo de la víspera, que había añadido á su mala disposición de espíritu un agudo sentimiento de vergüenza, se le hacía insoportable permanecer en aquella población.

Si Samoilenko reiteraba sus condiciones, las aceptaría y tomaría el dinero; y al día siguiente, á última hora, diría que la joven se negaba á marchar; por lo demás, él explicaría á



ésta que todo lo hacía él en interés de ella. En el caso en que el Doctor, por influencias de Von Koren, negara categóricamente el dinero ó pusiera algunas nuevas condiciones, entonces se embarcaría el mismo día en un vapor georgiano ó hasta en un velero que fuera á Novy-Aphon ó á Novorossysk, y desde allí enviaría á su madre un telegrama muy humilde, y permanecería hasta que hubiese recibido el dinero para continuar su viaje.

Al entrar en casa de Samoilenko, encontró á Von Koren sentado en la sala. El zoólogo acababa de llegar para almorzar, y, según su costumbre, examinaba en el álbum los señores de sombrero de copa y las damas ataviadas.

—¡Qué inoportunidad!—se dijo Laievski al verle.—Puede impedir... Buenos días.

—Buenos—contestó Von Koren, sin levantar los ojos.

—¿Está en casa Alejandro Davidovitch?

—Sí. Está en la cocina.

Laievski se dirigió á la cocina; pero, al ver que Samoilenko estaba ocupado en sazonar una ensalada, volvió á la sala y se sentó.

En presencia del zoólogo se sentía siempre molesto; pero, en esta ocasión, temía que Von Koren le hablase de su crisis de histerismo.

Transcurrieron algunos minutos en silencio. De repente Von Koren levantó la cabeza y, mirando á Laievski, le preguntó:

—¿Cómo se encuentra usted desde la crisis de ayer?

—Muy bien—respondió Laievski enrojeciendo.—No fue nada de particular.

—Hasta ahora creía yo que el histerismo era una afección puramente femenina; y por eso pensé al pronto que le había dado á usted el baile de San Vito.

Laievski sonrió servilmente y pensó para sí:

—¡Qué poco delicado es! Harto sabe lo que me cuesta hablar de semejante incidente.

Pero contestó en alta voz, sin dejar de sonreír:

—Sí, fue una aventura bastante risible. Todavía me estoy riendo de ella. Lo más curioso de la crisis histórica es que es absurda; uno se ríe en el fondo de sí mismo, y sin embargo se llora exteriormente. En nuestra nerviosa época, somos esclavos de los nervios; son nuestros tiranos y hacen de nosotros lo que quieren. La civilización nos ha hecho en este concepto un flaco servicio...

Mientras Laievski hablaba, sufría al ver la mirada seria y atenta de Von Koren fija en él, como si la estudiase; y se encontraba tanto más molesto cuanto que, no obstante su antipatía hacia el zoólogo, no podía impedir que su rostro sonriese amablemente.

—Y además, es preciso reconocer—continuó diciendo—que la tal crisis tenía causas muy inmediatas, hasta muy fundadas... Durante estos últimos tiempos, mi salud se ha quebrantado... Añádase á esto el fastidio, la carencia continua de dinero... la ausencia de personas y de intereses comunes... una situación verdaderamente poco grata...

—Sí, su situación de usted no tiene salida--dijo Von Koren.

Estas palabras dichas con un tono tranquilo, frío, casi profético, mortificaron á Laievski. Se acordó de la mirada del zoólogo llena de burla y de desprecio, durante la crisis de la víspera. Y tras un instante de silencio, preguntó, sin sonreír esta vez:

—¿Pero cómo conoce usted mi situación?

—Usted mismo ha hablado de ella ahora, y además, sus amigos de usted se interesan tanto que continuamente están hablando de la cosa.

—¿Qué amigos? ¿Samoilenko, sin duda?

—Sí, también él.

—Le agradecería mucho, así como á mis amigos en general que se ocupen algo menos de mí.

—Aquí viene precisamente Alejandro Davidovitch; ruégueme usted, pues, que se ocupe menos de usted.

—No comprendo ese tono...—balbuceó Laievski; y experimentó la impresión repentina y clara de que el zoólogo le detestaba, le despreciaba y se burlaba de él, y de que Von Koren era su peor y más implacable enemigo.

—Guárdese usted ese tono para algún otro—dijo en voz baja, pues hasta tal punto le ahogaba la cólera, que no podía hablar alto.

Samoilenko entró muy sofocado por el calor de la cocina.

—¡Hola! ¿estás aquí?—dijo.—¿Has almorzado? Contesta sin cumplimientos.

—Alejandro Davidovitch—dijo Laievski, levantándose,—si me he dirigido á ti para un servicio personal, no quiere esto decir que te haya emancipado de la obligación de ser discreto y no divulgar mis secretos.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Samoilenko con asombro.

—Si no tienes dinero—añadió Laievski, elevando la voz y temblando de emoción—no me lo das y me lo niegas; pero, ¿para qué gritar por calles y plazas que mi situación es desesperada y otras cosas parecidas? Yo no puedo sufrir esos servicios y esos favores de amistad, en los que se habla de un rublo cuando se da un kopek. Puedes vanagloriarte de tus mercedes todo lo que gustes, pero nadie te da el derecho de divulgar mis secretos.

—¿Qué secretos?—preguntó Samoilenko, algo confuso, pero empezando á sulfurarse.—Si has venido para reñir, puedes marcharte. Vuelve en otra ocasión.

Recordó en aquel momento el precepto que ordena que se cuente hasta ciento, cuando uno se enfada con alguien, para dar tiempo á que la razón recobre sus fueros. Y se puso á contar rápidamente.

—Le ruego que no se ocupe usted de mí—dijo Laievski.—¿Qué le importa á nadie la manera que tengo yo de vivir? Si quiero marcharme, si contraigo deudas, si me emborracho, si vivo en concubinato, si tengo crisis de histerismo, si soy tonto, ¿á quién le importa? ¡Que se respete mi personalidad!

—Pero, hermano...—dijo Samoilenko, que había ya contado hasta treinta y cinco,—perdona...

¡Que se respete mi personalidad!—dijo Laievski interrumpiéndole.—¡Que concluyan de una vez todos esos chismes, todas esas exclamaciones, todos esos espionajes, todas esas compases... Me prestan dinero, pero quieren imponerme condiciones como á una criatura. Me tratan yo no sé cómo. Yo no pido nada...

Laievski hablaba muy fuerte, tambaleándose de emoción y temiendo una nueva crisis de histerismo.

—Yo no pido nada—siguió diciendo.—Ruego solamente que me levanten la tutela. No soy ni un niño, ni un loco, y reclamo que no me vigilen.

El diácono entró en aquel momento. Al ver á Laievski pálido, agitando los brazos y hablando con acento extraño, se quedó en la puerta como petrificado.

—Estos constantes espionajes de mi individuo—continuó Laievski—hieren mi calidad de hombre, y yo ruego que cesen en su tarea tan simpáticos espías. ¡Basta!

—¿Qué quieres... qué quiere usted decir?—preguntó Samoilenko, que había concluido de contar hasta ciento y avanzó hacia Laievski con el rostro como la grana.

—¡Basta!—repitió Laievski, cogiendo el sombrero.

—Yo soy médico ruso, noble y Consejero de Estado—dijo Samoilenko recalcando sus palabras.—Yo no he sido jamás espía, y no consiento que me insulte nadie. Le ruego á usted que se calle.

Y acentuó esta última frase con voz temblona, pero fuerte.

El diácono, que no había visto nunca al doctor de aquella manera, se largó á la habitación inmediata para reirse á gusto.

Laievski vió que Von Koren se levantaba, con las manos en los bolsillos del pantalón, como espectador curioso de aquella escena; semejante actitud le pareció á Laievski insolente en sumo grado.

—Sírvasse usted retirar sus palabras—exclamó Samoilenko.

Laievski, no acordándose ya de lo que había dicho, respondió:

—Déjeme usted en paz. Eso es lo que quiero, que me dejen en paz, usted y los emigrados alemanes. De otra suerte, tomaré mis medidas. Llegaré á las vías de hecho.

—Eso ya es muy claro—dijo Von Koren;—el Sr. Laievski desea sin duda, antes de marcharse, ofrecerse el placer de un duelo. Yo puedo procurarle esa satisfacción. Sr. Laievski, le reto á usted.

—¿Un reto?—exclamó Laievski adelantándose hacia el zoólogo.—¿Un reto? Sea. Le detesto á usted. Le odio.

—Me alegro mucho. Mañana por la mañana á primera hora cerca de Kerbalai, con todos los otros detalles que á usted le plazcan. Y ahora puede usted salir.

—Le odio á usted—repitió Laievski con la respiración jadeante,—le odio desde hace mucho tiempo. ¡Un duelo! ¡Sí!

—Haz que se vaya, Alejandro Daiedovitch, ó me iré yo—dijo Von Koren.—Me exaspera.

El tono tranquilo de Von Koren calmó á Samoilenko.

Recobrando su habitual carácter, se interpuso entre los dos contendientes, y dijo:

—Amigos míos, mis excelentes y queridos amigos. Todos nos hemos acalorado, y...

Laievski comprendió entonces que acababa de ocurrirle una cosa inesperada y grave; sintió ganas de llorar, y salió de la casa.

—Experimentar odio hacia alguien, y delante del hombre detestado mostrarse digno de piedad, sin defensa, despreciable, ¡qué abyección, Dios mío!—pensó momentos después, cuando se hubo sentado en el Casino.

Un vaso de agua fresca con unas gotas de coñac, le reanimó.

Después se dirigió á casa de Chechovski, para contarle su aventura y rogarle que fuera su padrino; luego marcharon ambos á casa del Jefe de Correos, á fin de invitarle á que fuera

el otro padrino, y se quedaron á comer con él. Durante la comida, rieron y bromearon mucho; Laievski se burló de su torpeza en el tiro y se dió irónicamente el nombre de Guillermo Tell y el de tirador real.—Hay que enseñarle á vivir á ese caballero—dijo.

Después del almuerzo, se pusieron á jugar á las cartas. Laievski jugó, bebió vino, y se dijo que el duelo era en el fondo una cosa absurda, porque no resolvía cuestión, sino que más bien complicaba los asuntos; pero que sin embargo, era inevitable. Y el presente duelo tenía la ventaja de que le colocaría en la imposibilidad de continuar viviendo en aquella población. Se embriagó ligeramente, se divirtió con las cartas y se sintió completamente á gusto.

Pero, cuando cayó el día y llegó la noche, la inquietud se apoderó de Laievski. No es que tuviera miedo de la muerte, porque había adquirido la certeza de que el duelo no tendría ningún resultado; pero tenía el temor de lo desconocido, de la noche que empezaba, de lo que ocurriría al día siguiente... Sabía que la noche sería larga, sin sueño, y que su espíritu agitado pensaría no solamente en Von Koren y en su odio, sino también en aquella montaña de mentiras que se alzaba ante él, y para cuya ascensión no se sentía ni con fuerzas ni con medios... Como si de repente se hubiera sentido indispuerto, perdió en el acto todo interés por las cartas y por el mundo, se agitó, y rogó á sus amigos que le llevasen á su casa. Tenía deseos de acostarse cuanto antes en su cama, y permanecer en ella inmóvil, disponiendo sus ideas para el transcurso de la noche.

Chehovski y el Director de Correos le acompañaron, y después se dirigieron en busca de Von Koren para concertar el duelo.

Cerca de su casa, Laievski se encontró con Atchmianof. El joven estaba muy sofocado y sumamente conmovido.

—Le buscaba á usted, Iván Andreitch—dijo.—Le ruego que venga conmigo inmediatamente.

—¿A dónde?

—Un señor, al que usted no conoce, desea verle; tiene que comunicarle un asunto muy importante. Le ruega á usted encarecidamente que le conceda unos momentos. Le es necesario hablar con usted... Es para él una cuestión de vida y muerte...

En su turbación, Atchmianof hablaba con marcado acento armenio.

—¿Pero quién es ese señor?—preguntó Laievski.

—Me ha rogado que no diga su nombre.

—Dígale usted que estoy ocupado. Mañana, si quiere...

—¡Imposible!—exclamó con energía Atchmianof.—Quiere decirle á usted una cosa muy importante para usted... importantísima. Si no viene usted, ocurrirá una desgracia...

—Es extraño...—murmuró Laievski, no comprendiendo por qué Atchmianof estaba tan conmovido, y qué secretos podía haber en un pueblo tan aburrido y tan desprovisto de todo incidente.

—Es extraño...—repitió con vacilación. Después añadió:

—En fin, vamos allá. Me es igual.

Atchmianof pasó á precederle rápidamente; siguieron la calle, después tomaron por otra más estrecha.

—¡Qué triste y aburrido es esto!—dijo Laievski.

—Hemos llegado... ya estamos.

Después de haber atravesado el boulevard antiguo, tomaron por una callejuela abierta entre dos taludes, y entraron en un vasto patio; entonces se dirigieron hacia una casita.

—¿No es esta la casa de Muridof?—preguntó Laievski.

—Sí.

—¿Y para qué hemos de seguir adelante? No lo entiendo... Mejor se hubiera podido hablar en la calle... Era más cómodo.

—No importa, no importa, entremos.

Le pareció igualmente extraño á Laievski que Atchmianof le condujese á tientas y le indicase por señas que anduviera sin hacer ruido y se callara.

—Aquí, aquí...—dijo Atchmianof, abriendo suavemente

una puerta y penetrando de puntillas en el vestíbulo.—Más bajo, más bajo, se lo ruego... Podrían oírnos.

Se puso á escuchar, contuvo la respiración y dijo en voz baja:

—Abra usted esa puerta y entre... No tema usted nada.

Laievski abrió la puerta y penetró en una habitación baja de techo y cuyas ventanas estaban ocultas por cortinones. En la mesa había una vela.

—¿Quién anda ahí?—preguntó alguien desde la habitación inmediata.—¿Eres tú, Muridof?

Laievski entró en aquella habitación y vio á Kirilline, que tenía á su lado á Nadiejda Ferodovna...

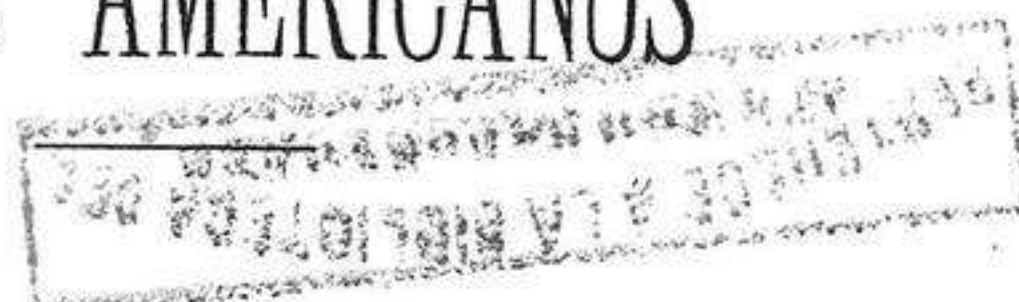
Sin oír lo que le decían, volvió sobre sus pasos y se encontró en la calle, sin darse cuenta de cómo había salido... Su odio hacia Von Koren y su inquietud habían desaparecido... Al entrar en su casa, avanzaba con dificultad la mano derecha y examinaba el terreno con atención, esforzándose en marchar derecho... Una vez en su gabinete, se frotó las manos y movió los hombros y el cuello con esfuerzo, como si le incomodase la camisa; des pués de haber dado unos paseos por la habitación, encendió una vela y se sentó ante su mesa...

ANTON TCHEKHOV.

(Concluirá.)



# POETAS AMERICANOS



## SUNT VERBA RERUM

---

Y la trinchera habló:

—Mis recios muros

Las balas azotaron, é inseguros  
Mis cimientos crujieron; yo era fuerte,  
Pero al ver mi granito destrozado,  
Más vigoroso ví cada soldado  
Mudo y de pie delante de la muerte.

Y la trinchera habló:

—Mi dura piedra

Donde la lluvia resbaló sonora,  
Meciéndose en la hamaca de la hiedra,  
Al compás de la voz atronadora  
Con que cantaron ¡gloria! los cañones,  
En sangre se mojó de campeones.

Resistí de la fuerza el rudo embate,  
Y en medio del estruendo fragoroso,  
¡Quiero ser hombre! prorrumpí en un grito,  
Dejar el suelo, abandonar el foso,  
Arrancarme de aquí, ir al combate  
A sacudir mi cuerpo de granito.  
Impotente quedé firme y clavada:  
Relámpago al brillar la espada  
Del paladín que ¡patria!, repetía,  
Y del cañón el estampido seco

E. M.—*Marzo 1903.*

Como nota del himno dió mi eco  
 Cada vez que la vida se me hundía.  
 Heróica fuí también, rojo salpique  
 Mi muralla ostentar gloriosa pudo;  
 He sido del valor el dulce escudo  
 Y he sido valladar, baluarte, dique.  
 ¡Yo escuché del clarín la voz guerrera  
 Y en mis muros he alzado una bandera!  
 Me transformé en altar, cuando el patriota  
 Del humo enmedio que en el aire flota  
 Entregaba la vida, alta la frente.  
 ¡Cuando fuí destrozada, hecha ruínas  
 Y lloraron las madres heroínas  
 Sobre mis piedras rojas el valiente!  
 En mí se han defendido los derechos,  
 Y yo he guardado hasta lo último los pechos,  
 Yo he luchado también por la victoria,  
 Y tras la lid sangrienta, en mi muralla,  
 Que rompió con sus golpes la metralla,  
 ¡El ángel se ha posado de la gloria!  
 Poeta que á los mártires bendices,  
 Yo también tengo nobles cicatrices,  
 ¡Yo tengo corazón, porque he sentido!  
 Y me expreso en las frases misteriosas  
 Con que te hablan las almas de las cosas  
 Y las almas de aquellos que se han ido!

.....  
 Y la trinchera habló:

—¡Gloria á los muertos  
 Que en los azares de la lid inciertos  
 Al pie del pabellón, á su honra fieles,  
 Murieron empuñando sus espadas!  
 ¡Por ellos, en las piedras ulceradas  
 De cada grieta brotarán laureles!

M. LARRAÑAGA PORTUGAL.

## EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL

---

A propósito del libro de Martín A. S. Hume, «The spanish people: their origin, growth and influence.» London, 1901.

Pocos libros me han sido más sugestivos de reflexiones respecto á nuestra España y á nosotros los españoles, que este libro de un inglés que nos conoce y nos estima. Es á primera vista un excelente compendio de historia de España, en 516 páginas en 8.º; pero si bien se mira, resulta un excelente tratado de psicología del pueblo español.

Tiene en su capítulo X, pág. 375, una frase felicísima y muy gráfica, y es la de «la individualidad introspectiva de los españoles», *the introspective individuality of Spaniards*. En efecto, nos contemplamos mucho directamente á nosotros mismos, y no es éste, á la verdad, el mejor modo de llegar á conocernos, de cumplir el «conócete á tí mismo» colectivo y social. La introspección engaña mucho, y llevada á su extremo produce un verdadero vacío de conciencia, como aquel en que cae el yogui que se harta de mirarse al ombligo. Porque un estado de conciencia que consistiera pura y simplemente en que la conciencia se contemplase á sí misma, no sería tal estado de conciencia, por falta de contenido. Esa supuesta reflexión del alma sobre sí misma es un absurdo. Pensar que se piensa sin pensar algo concreto, no es nada. Aprendemos á conocernos lo mismo que aprendemos á conocer á los demás: observando nuestros actos, sin más diferencia de que como estamos siempre con nosotros mismos y apenas se nos escapa

nada de lo que hacemos conscientemente, tenemos más datos para conocernos que los que para conocer á los demás tenemos. Mas aun así, rara vez sabemos de qué somos capaces hasta que nos ponemos á ello, y á menudo nos sorprendemos á nosotros mismos con algo que de nosotros no esperábamos.

De aquí la utilidad que le tiene á un pueblo conocer su historia para conocerse. Y Hume nos estudia en nuestra historia.

El humorista norteamericano Wendell Holmes habla en una de sus obras de los tres Juanes: de Juan tal cual él se cree ser, de Juan tal cual le creen los demás, y de Juan tal cual es en realidad. Y como para cada individuo, hay para cada pueblo sus tres Juanes. Hay el pueblo español tal y como nosotros los españoles creemos que es, hay el pueblo español tal como le creen los extranjeros y hay el pueblo español tal y como es. Es difícil decir cuál de aquellos dos se acerca más á éste; pero no cabe duda de que conviene cotejarlos, y vernos desde dentro y desde fuera. Por mucho que nos lamentemos de la injusticia ó ligereza de los juicios que respecto á nosotros proferan los extranjeros que nos visitan ó nos estudian de otro modo, pudiera suceder que no fuesen menos injustos ó menos ligeros los juicios que proferimos nosotros respecto á nosotros mismos. No ha mucho Havellock Ellis, en un escrito titulado *The genius of Spain*, ha hablado de la unidad de nuestra raza, y esto se ha tenido aquí por un absurdo, cuando puede muy bien ser que las diferencias que separan á los naturales de las distintas regiones españolas no sean mayores que las que separan á los de las regiones de otros pueblos á que tenemos por más unos, viniendo nuestra falta de solidaridad, nuestro instinto disgregacionista, nuestro kabilismo en una palabra, de otras causas que no diferencias de raza.

Debe hacerse poco caso de ciertas afirmaciones etnológicas, dictadas, no por una investigación realmente científica, sino por sentimientos, más ó menos aceptables, pero ineficaces para establecer la verdad. Así, cuando un escritor afirma que los catalanes son arios y semitas los demás españoles, ó poco

menos, lo seguro es que apenas sabe lo que es eso de arios y de semitas; y como la tal distinción es filológica más que etnológica, sería curioso que nos dijera qué lengua hablaban los ascendientes de los actuales catalanes antes de que en Cataluña entrase el latín, porque no es de creer que se sostenga en serio el gracioso disparate de suponer que proceden de colonias griegas. Son fantasías que no merecen tomarse en cuenta.

Los juicios de Hume respecto al pueblo español son á las veces durísimos, pero no más duros que los que aquí se oyen. Hay que leer lo que dice respecto á Felipe IV, en el capítulo XI, pág. 438, y á como le quería el pueblo español del siglo xvii, porque tenía las mismas faltas que éste entonces, siendo ocioso y amante del placer, taciturno y altanero, poético, artístico y literario, ignorante, gazmoño, lleno de prejuicios, de duro corazón y bravo, como su pueblo.

Vamos á entrar en el estudio de la psicología del pueblo español según Hume, debiendo advertir que mezclo mis reflexiones y propios puntos de vista á los del historiador inglés, aunque haciendo notar lo que es suyo y lo que es mío.

Antes de pasar adelante quiero señalar la distinción que establezco entre individualidad y personalidad, distinción que me parece de gran importancia.

Todos mis lectores saben lo que quiere decir individuo ó indiviso, unidad distinta de las demás y no divisible en otras unidades análogas á ella, y lo que quiere decir persona. La noción de persona se refiere más bien al contenido, y la de individuo al continente espiritual. Con mucha individualidad, separándose uno muy fuerte y acusadamente de los demás individuos sus análogos, puede tener muy poco de propio y personal. Y hasta podría decirse que en cierto sentido la individualidad y la personalidad se contraponen, aunque en otro más amplio y más exacto sentido pueda decirse que se prestan mutuo apoyo. Apenas cabe fuerte individualidad sin una respetable dosis de personalidad, ni cabe fuerte y rica personali-

dad sin un cierto grado eminente de individualidad que mantenga unidos sus varios elementos; pero cabe muy bien una individualidad vigorosa con la menor personalidad posible dentro de su vigor, y una riquísima personalidad con la menor individualidad posible encerrando esa riqueza.

Voy á servirme, como acostumbro hacer, de metáforas para aclarar mi idea.

En los gases se admite por los físicos que las moléculas están en cierto estado de disgregación, moviéndose rectilíneamente en todas direcciones—que es lo que produce los fenómenos de dilatación,—en cierto estado caótico y en realidad poco complejo; y sabido es también que no suelen presentarse de ordinario en estado gaseoso los cuerpos muy complejos, sino los más simples, los menos complicados. En cambio, los sólidos tienen sus moléculas ordenadas según órbitas ó trayectorias relativamente fijas—sobre todo si son cristales;—y su individualidad se mantiene por intensa ley de cohesión, estando sus superficies en directo contacto con el ambiente y pudiendo comunicarse con éste y recibir su influjo. Un término medio ofrecen los líquidos. Pues bien; ciertos espíritus fuertemente individualizados pueden ser comparados á gases encerrados en una botella ó bomba de recias paredes; mientras hay otros en contacto con el ambiente, en cambio con él y hasta de contornos cambiables, y que tienen una riquísima variedad interna, mucha personalidad.

Ó podríamos también comparar los unos á crustáceos encerrados en duras caparazones, que les dan formas rígidas y muy permanentes; y los otros, á vertebrados, que llevando el esqueleto dentro, adoptan formas que se prestan á variadas modulaciones.

Ó, para terminar con las metáforas, son unos espíritus comparados con los otros dentro del organismo social de que forman parte; los unos, como células vegetales, encerradas en duras paredes—fuertemente individualizadas;—y los otros, como células animales, contenidas en delicadísimas membranas y

variables con movimientos amiboideos, aparte de los movimientos protoplasmáticos interiores, los llamados brownianos.

La individualidad dice más bien respecto á nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente á nuestros límites, ó mejor no límites, hacia dentro, presenta nuestra infinitud.

Todo esto tiene mucho de quebradizo y acaso no se ajuste á una rigurosa psicología; pero me basta haber dado á entender al lector lo que con ello quiero decir, y prosigo.

Mi idea es que el español tiene, por regla general, más individualidad que personalidad; que la fuerza con que se afirma frente á los demás, y la energía con que se crea dogmas y se encierra en ellos, no corresponde á la riqueza de su contenido espiritual íntimo, que rara vez peca de complejo.

Paso ahora á señalar y comentar algunos pasajes de la obra de Martín A. S. Hume.

Ya en el prefacio nos dice que los españoles procedemos de raza afro-semítica, y que «la clave de este primitivo carácter de raza es una individualidad absorbente», *overwhelming individuality*, siendo debido á ella todo lo que en el mundo hemos hecho, nuestra pasajera grandeza imperial y nuestra tenacidad permanente (pág. 10); y más adelante (pág. 12), que ese sentido de individualidad, sobre el que se basaba el sentimiento, descansa en lo profundo de las raíces de la raza, habiéndolo convertido hábiles políticos en ventaja de sus ambiciones.

Al hablar de la dominación árabe en la pág. 77, dice que el berberisco, «como su lejano pariente el ibero, era hombre de fuerte individualidad, con una obstinada resistencia á obedecer á otro, á menos de que hablara en nombre de una entidad sobrenatural».

Pero es al acabar el cap. IX (pág. 345) en que trata de nuestra época de grandeza, á mediados del siglo XVI, donde estampa estas notables palabras:

«Cada labriego iletrado y cada soldado bravucón sentíase

de una manera vaga que era una criatura aparte por razón de su fe; que los españoles y su Rey tenían una misión más alta que la confiada á otros hombres; y que, de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular, Juan ó Pedro, estaba individualmente, á presencia de Dios y de los hombres, como preminentemente el más celoso y ortodoxo de todos ellos. A esto había llevado á la masa del pueblo español la política de Fernando é Isabel.»

Y lo corrobora en la preciosa pintura que hace de Felipe II, el ídolo de nuestros tradicionalistas. A ella pertenecen estos párrafos:

«En él, como en tantos otros de sus paisanos, bañábase una intensa individualidad en la idea de una distinción personal á los ojos de Dios, mediante sacrificio de sí mismo... Era bueno de corazón, buen padre y buen marido, amo indulgente y considerado, sin afición á la crueldad por sí misma. Y sin embargo, no eran para *él* cosas malas la mentira, la deslealtad, la crueldad, el infligir sufrimientos y muerte á muchedumbre de gentes inermes, y el asesinar secretamente á los que se le cruzaban en su camino, porque en su oblicuidad moral creía que los fines justificaban los medios y que era todo legítimo en las causas enlazadas de Dios y de España» (pág. 339). «Era ciego y olvidadizo á todo lo que no fuese el sanguinoso Cristo, ante el cual se retorció en maniática agonía de devoción, seguro en su oscura alma, como tantos de sus compatriotas lo estaban, de que el divino dedo apuntaba desde la gloria sólo sobre él como sobre el hombre escogido, que había de obligar á la tierra al gobierno del Altísimo con Felipe de España como su Vice-regente, cual obligada consecuencia» (pág. 368). «Felipe II, en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, no era más que la personificación del espíritu de su pueblo; por eso le siguieron con leal devoción, casi con adoración, hasta su desdichado fin, atravesando decepciones y derrotas, miseria, pobreza, opresión y sufrimientos. Hemos trazado en anteriores capítulos, paso á paso, el desarrollo del



carácter español á partir de los elementos de que se formó; hemos hecho notar su intensa personalidad, su extática devoción á las fuerzas divinas, de donde el que cada individuo se considerara como estando aparte, y su constante anhelo de distinguirse por el sacrificio venciendo las fuerzas del mal».

Ya sé que muchos de los que lean esta pintura saldrán con la tan socorrida cantata de que este Felipe II es el Demonio del Mediodía forjado por la leyenda protestante, oponiendo á él, el otro, el de la contra-leyenda—y como tal, no menos legendaria—que están forjando de entre un sin fin de minucias interpretadas con espíritu de rábula picapleitos, aplicado á la historia de la escuela del señor Seco-como-polvo que inventó Carlyle. Mas dejémonos abierto este pleito.

Lo que de la pintura de Hume me interesa aquí es lo referente á creerse cada español un individuo aparte, especial y personalmente escogido por Dios. Esto recuerda aquella pretensión de Pascal de que al morir Jesucristo hubiese derramado una gota de sangre por la redención de él, de Blas Pascal, que viviría en Francia á mediados del siglo xvii. En la historia de los que llamamos genios ó grandes hombres, y otros héroes, se encuentran rasgos por el estilo. Cada uno de ellos tiene conciencia de ser un hombre aparte, escogido muy especialmente por Dios para una ú otra obra.

En este respecto propendemos los españoles á creernos genios, ó tenemos más bien un concepto robustísimo de la Divinidad, no creyéndole á Dios como el Dios frío y encumbrado del deísmo francés del siglo xviii, el Dios bonachón y haragán de las buenas gentes que nos pinta Beránger, sino más bien como un Dios cuya atención y cuidado se extiende de la última hormiga, tomada individualmente, al más grande y espléndido de los soles.

En realidad pueden llegar á ser vituperables todas las pretensiones de singularidad y de formar uno aparte de los demás, pero se comprende qué uno que discursa, v. gr., pretenda que se le tenga por el primer orador, ó por el primer escri-

tor uno que escriba, ó por el mejor cantante uno que canta. Lo que no se comprende es que una persona sin hablar, ni escribir, ni pintar, ni esculpir, ni tocar música, ni negociar asuntos, ni hacer cosa alguna, espere que á un solo acto de presencia se le dipute por hombre de extraordinario mérito y de sobresaliente talento. Y sin embargo, se conoce aquí en España—no sé si fuera de ella—no pocos ejemplares de esta curiosísima ocurrencia.

Conozco también quien no halla inconveniente en admitir que otro sea más guapo, más elegante, más fuerte, más sano, más inteligente, más sabio, más generoso, etc., que él, y que le aventaje en todas y cada una de las prendas que se quiera; pero en resumen, él, Juan López, el individuo en cuestión, es superior á todos los demás, por ser Juan López y por no haber otro Juan López lo mismo que él ni ser posible que vuelvan á reunirse las cualidades todas, buenas, malas, mejores y peores, que hacen al Juan López de que se trata. Él es único é insustituible, y no le falta razón de esto. Y puede decir con *Obermann*: «En el universo no soy nada; para mí lo soy todo.»

Este violento individualismo, acompañado de un escasísimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad, es lo que acaso explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto á la muerte.

Rinden semejante culto á la muerte los más furiosos amantes de la vida, aquellos en quienes el goce de vivir no puede apagar el hambre de sobrevivir. Me parece un grandísimo error lo de asegurar que el español no ama la vida, porque le es dura. Es todo lo contrario; porque le era dura no llegó al *tedium vitae*, al *Weltschmerz* de los hartos, y aspiró siempre á prolongarla indefinidamente más allá de la muerte.

En la parte tercera de la *Ética* de Spinoza, un judío de origen español—ó portugués, que para el caso es lo mismo,—hay cuatro admirables proposiciones, la sexta, sétima, octa-

va y novena, en que establece que cada cosa, en cuanto es, se esfuerza por perseverar en su ser mismo; que el esfuerzo con que intenta cada cosa perseverar en su ser, no es más que su esencia actual misma (*conatus, quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam*); que ese esfuerzo ó conato envuelve tiempo indefinido y no finito, y que el espíritu intenta perseverar por duración indefinida y tiene conciencia de este su esfuerzo. No cabe expresar con más precisión el ansia de inmortalidad que consume al alma.

Este fuerte individualismo y de un individuo que se esfuerza por persistir le llevó á fijarse siempre en la dirección práctica, volitiva, y he aquí por qué nos admiraba tanto Schopenhauer á los españoles, teniéndonos por una de las castas más llenas de voluntad—ó de voluntariedad más bien—más *vividoras*. El despego á la vida no es más que aparente, celando el más estrechísimo apego á ella. Y esa dirección práctica se ve en nuestro pensamiento, inclinado, ya desde Séneca, á lo que se llama el moralismo y poco afecto á la pura contemplación metafísica y especulativa, á ver el mundo como meros espectadores.

Ese mismo individualismo, que se hace impositivo, nos llevó al dogmatismo que nos corroe. España es el país de los más papistas que el Papa, como suele decirse, debiendo leerse á este respecto lo que Hume dice de las relaciones de Felipe II con la Santa Sede. España es el suelo escogido y abonado de eso que se llama integrismo y que es el triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de personalidad. España fue, en fin, y en más de un respecto sigue siendo, la tierra de la Inquisición.

De ésta y del inquisitorismo dice Hume muy buenas cosas. «Innata crueldad, orgullo individual, viva imaginación alimentada con extravagantes fábulas, religiosas y seculares, y gusto por la riqueza no ganada, todo se combinó bajo las bendiciones de la Reina (Isabel) y de la Iglesia para hacer de los

españoles, como raza, infatigables perseguidores de los que se atrevían á pensar de diferente modo que ellos» (pág. 283). Bajo evidente y no pequeña exageración, hay aquí un gran fondo de verdad. Los españoles no podían obrar mal «porque obraban por la causa de Dios y con ella» (pág. 295). «No era ya posible (en tiempo de los Reyes Católicos) la unidad burocrática de los romanos, porque habían surgido de la reconquista naciones separadas; pero podía á lo menos mantenerse juntos á los varios pueblos, á los dominios autónomos y á las ciudades semi-independientes, por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto se estableció la Inquisición, como sistema gubernamental, que se desenvolvió luego en máquina política. ...Así es como aparece España desde un principio en el concierto de las modernas naciones europeas, como un poder cuya existencia misma en su forma concreta depende de su rígido catolicismo doctrinal» (pág. 311). Pongo tan en duda esta última afirmación de Hume y estoy tan lejos de creerla justa, que á rebatirla he de dedicar otro estudio especial. Digno es de leerse, por lo demás, cuanto el historiador inglés dice á propósito de aquel repulsivo gran Duque de Alba y de su tristísima campaña en Flandes.

El individualismo español que vamos comentando es, sin duda, el que ha producido otro de los rasgos de nuestra historia, rasgo en que muy en especial se fija Hume, y al que llamaremos cantonalismo ó kabilismo. Compréndese que me refiero á la tendencia á la disgregación, á separarnos en tribus. De Hume, al principio de su historia, son estas notables palabras:

«En todo caso, lo que se sabe de su físico parece negar la suposición de que fueran (los iberos) de origen ario ó indoeuropeo; y para hallar sus parejos hoy, no hay más que buscar las tribus kábilas del Atlas, los habitantes originarios de la costa africana opuesta á España, que fueron arrojados á las montañas por sucesivas ondas de invasión. No sólo en lo físico se parecen estas tribus á lo que debieron de haber sido los primiti-

vos iberos, sino que en menos cambiantes peculiaridades de carácter é instituciones es fácil trazar su semejanza con el español de hoy. La organización de los iberos, como la de los pueblos del Atlas, era clánica y tribal, y su característica principal su indomable independencia local. Belicosos y bravos, sobrios y animosos, los de las tribus kábilas han resistido tercamente miles de años todos los intentos de fundirlos en una nación ó sujetarlos á un dominio uniforme, mientras el ibero, que arranca probablemente del mismo tronco, se mezcló con razas arias que poseían otras cualidades, y fue sometido por seis siglos á la organización unificadora de la más grande raza gobernante que haya jamás visto el mundo: los romanos; y sin embargo, aun en el día de hoy, el carácter principal de la nación española, como el de las tribus kábilas, es falta de solidaridad» (*lack of solidarity*, pág. 3).

Esta idea radical reaparece de continuo, como estribillo ó *leitmotiv*, en la obra de Hume. «El problema de los romanos— como fue el problema de todos los subsiguientes gobernantes de España—era levantar un edificio de civilización europea sobre cimientos líbicos ó semíticos» (pág. 17). En la lucha con los romanos no tuvieron los españoles sentido de común lazo (pág. 25), y de hecho no puede compararse Viriato ni á Vercingetorix, ni á Arminio; cuando invadió Tarik, con sus berberiscos, á España, logró fácil victoria sobre un pueblo «cuyo único lazo de cohesión eran los cánones de la Iglesia, y cuyo supremo gobierno era un concilio de Obispos» (pág. 67); en el siglo XIII, cuando había casi pasado la necesidad de lucha y conquista y podía haberse asentado el pueblo bajo los sedantes efectos de la paz, «vino de la Roma papal el terrible soplo de intolerancia é hinchó en llama, que se hizo luego hoguera, la chispa, siempre encendida en el pecho ibero, de la envidia y el odio al del valle ó la ciudad próximos; al hombre que se viste de otro modo, que habla de otra manera ó que adora á otro Dios» (pág. 180); en tiempo de los Reyes Católicos, «los castellanos odiaban á los aragoneses, los catalanes detestaban á los

castellanos; los navarros no tenían nada de común ni con una ni con otra nación» (pág. 310). Fueron siempre y seguirán siendo diferentes naciones, con una tendencia centrífuga contrastada tan sólo al principio de este siglo (el xvi) por la reverencia á un Monarca semisagrado y la absoluta unidad de fe, y durante los últimos noventa años por hábito nacional y el instinto de la propia conservación» (pág. 356). Al final del libro, al hablar de la República española de 1873, dice que la idea de la República era en España, en los más de los casos, la de una «federación comunística de estados autónomos, siendo sus motivos los celos sociales é industriales, y la eterna tendencia separatista que es la característica de los pueblos españoles» (pág. 511). Y por último, al hablar de nuestro presente, concluye diciendo que «el peligro que amenaza todavía á España es la indesarraigable tendencia de ciertas regiones á cobrar autonomía. Las razones que sirven á esto de base han sido ampliamente expuestas en este libro, y se habrá visto que arraigan en el origen mismo de los pueblos. Probablemente habrá que afrontarlo y aceptarlo en alguna forma antes de que la raza española ocupe su posición permanente entre las naciones renacidas del mundo» (pág. 513).

Estos juicios podrán parecer muy duros á muchos; pero obsérvese que provienen de un inglés que nos conoce bien y que nos quiere, de un inglés que escribe y habla admirablemente el español, siendo muy galano escritor en lengua castellana, y que aparecen en un libro que forma parte de una de esas numerosas series á que son tan aficionados en Inglaterra los editores, de una serie que se titula «Los grandes pueblos» *The Great Peoples*, y edita en Londres Heinemaun.

Ahora surgen dos cuestiones: la primera, de cuál sea el origen de ese individualismo; y la segunda, de cuál sea su remedio, la cuestión etiológica y la terapéutica.

Desde luego me inclino á creer que el kabilismo ó cantonalismo, la tendencia separatista, no proviene de diferencias de casta, como indicaba al principio al apuntar el parecer de Ha-

velock Ellis. Si Cataluña ó las Provincias Vascongadas quedasen de pronto aisladas en medio del Océano, veríanse pronto desgarradas por disensiones interiores, por separatismos, y se alzarían unos frente á otros los distintos dialectos del catalán ó del vascuence. En el país vasco, el menos lince echa de ver tales divisiones interiores.

Hay un pecado capital muy genuinamente español y del que me propongo escribir con alguna extensión, y ese pecado es la envidia, nacido de nuestro especial individualismo, y ese pecado es una de las causas del kabilismo. La envidia ha estropeado y estropea á no pocos ingenios españoles, sin ella lozanos y fructuosos. Todos recordamos el famoso símil de la cucaña. Hay en el fondo de nuestra casta cierto pozo de avaricia espiritual, de falta de generosidad de alma, cierta propensión á no creernos ricos sino á proporción que son los demás pobres, pozo que hay que limpiar.

El kabilismo y el individualismo español me parecen ambos efectos de una misma causa, la misma que produjo el pícarismo. En su libro *Hampa*, señaló muy bien Salillas que la pobreza del suelo, su mala base de sustentación, produjo la trashumancia y el vagabundaje. Me parece más concreto y más histórico decir que obligó á los iberos á ser pastores, ó acaso lo fueron ya durante siglos, en el país de donde venían. Con grandísima exactitud—dice Hume—que el puro español ha sido siempre «agricultor por necesidad y pastor por elección, cuando no era soldado» (*an agriculturist by necessity and a shepherd by choice, when he was not a soldier*) (pág. 224). Creo que podrían aclararse no pocos juicios acerca de nuestra historia, partiendo de este carácter pastoril de nuestro pueblo. En el fondo de la expulsión de los moriscos, pueblo agricultor y laborioso, de huertanos, apenas veo más que el tradicional odio de los que llamaré abelitas, de los descendientes en espíritu de Abel el pastor, contra los cainitas, los descendientes de Caín el labrador, que mató á su hermano. Porque la leyenda hebrea de Caín y Abel es una de las más pro-

fundas intuiciones de los comienzos de la historia humana.

¿Y cuál es el remedio á ese individualismo? Lo primero es ver si es un mal, ó si apareciendo como tal no cabe convertirlo á bien, porque es evidente que de una misma madera se hacen los vicios y las virtudes, y que una misma pasión puede convertirse á bien ó á mal.

Los siglos hicieron á nuestros remotos ascendientes pastores, y como pastores les hicieron haraganes, y vagabundos, y disgregados, y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy, el progreso, en fin, modificará ese fondo. ¿Cabe acelerar su obra y por qué medios? Esta es ya otra cuestión.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 22 y 23 de Diciembre de 1902.



# LA IGLESIA Y LA CUESTIÓN SOCIAL

---

Acaba de traducirse al español un libro del Dr. Scheicher que lleva este título (1). Ya se sabe qué se entiende actualmente por «cuestión social». Es la cuestión obrera, la cuestión de las aspiraciones de esta clase social hacia el mejoramiento de su condición ó estado, y á la vez el estudio de los límites dentro de los cuales pueden y deben ser satisfechas tales aspiraciones. En realidad de verdad, no es sino *una* cuestión social concreta, aun cuando bastante amplia y enredada; al lado de ella hay y ha habido antes de ahora no pocas cuestiones sociales. Lo que la tiene convertida en la cuestión social por antonomasia es, no tanto ó no tan sólo su complejidad y gran trascendencia, cuanto el carácter apremiante y hasta amenazador que reviste y el mucho ruido que en torno de la misma se hace.

La literatura que ha aparecido respecto de ella de algunos años á esta parte, y la que está diariamente apareciendo, es abundantísima, como es bien sabido; y aun cuando entre el gran número de escritos que la conciernen hay muchos flojos y de mérito limitadísimo, tampoco faltan los que presentan con-

---

(1) *La Iglesia y la cuestión social*. Estudio de moral social por el Dr. J. Scheicher, profesor de Moral en el Seminario de San Poelten, miembro del Reichsrath austriaco y del Landtag de la Baja Austria. Traducida de la edición francesa por J. M. Navarro de Palencia. Madrid, librería editorial, 1903. Un volumen perteneciente á la «Biblioteca internacional de ciencias sociales»; 3 pesetas.

diciones muy recomendables, así de contenido como de exposición.

Pero este del Dr. Scheicher merece, á mi juicio, una atención especial, sobre todo en España. Nuestro clero, lo mismo el alto que el bajo, no ha dado grandes pruebas, hasta ahora al menos, de interesarse por el problema obrero. En general, no se interesa por ninguna de las hondas cuestiones sociales que agitan hoy los espíritus, no sólo de los laicos, sino de los mismos eclesiásticos. No conocemos por acá esas figuras salientes de obispos que se llamaron ó se llaman Manning, Ketteler, Mermillod, Ireland, Gibbons, Bonomelli, ni de clérigos como Moufang, Hitze, Scheicher, que ven con el corazón dolorido las múltiples formas de miseria social que tanto abundan por doquiera, y se consagran con todo ahinco á buscar los medios conducentes á remediarlas. Nuestros sacerdotes y mitrados no saben salir de los caminos trillados desde hace siglos, y que son los que les acostumbran á recorrer con la enseñanza recibida en los Seminarios. Para ellos no hay otro saber que el de las tradicionales (y acaso no fuera desacertado añadir: cuajadas y rutinarias) teología y filosofía escolásticas, con cuyas luces y procedimientos únicamente tratan de resolver todas las cuestiones y salir de todos los apuros. Olvidan, ó mejor aún, no se hacen el cargo de que, como advierte con muchísimo acierto Gaspard Decurtins, el activo jefe de los socialistas católicos suizos y prologuista de la obra de Scheicher, «las actuales condiciones económicas requieren estudios de moral especialísimos, y es inútil pretender sujetarlos ya, y á todo trance, á las reglas de tiempos pasados. Lo que convenía admirablemente á la situación de tiempos pasados carece hoy de sentido, y por lo tanto, el moralista, guiado por los principios fundamentales y eternos de la ética cristiana, debe recomenzar el examen de las cuestiones económicas contemporáneas y encontrar la exacta aplicación de estos principios adecuados á las actuales necesidades de la sociedad» (1). Es el

(1) *Prólogo* de G. Decurtins al libro de Scheicher, p. 6.

mismo sentido que inspiraba las palabras de monseñor Mermillod cuando afirmaba que «el *Evangelio* no debe ser en manos del clero un simple misal de la Edad Media, ni los que lo interpretan deben hacerse cómplices de los abusos sociales, porque no es permitido profesar dos doctrinas, una para proteger los refinamientos de la devoción, y otra para bendecir la cadena del pobre» (1).

Por el respecto indicado, la obra de Scheicher merece ocupar un sitio preferente. El mismo Decurtins dice de ella que viene «á llenar realmente un vacío que existe en la literatura social católica» (2). Tal creo; y si eso sucede con relación á los demás países que solemos calificar de civilizados, inútil sería ponderar lo aplicable que es á España. Ninguno de nuestros clérigos, y en general ninguno de nuestros católicos «intelectuales», debiera dejar de leerla con gran detenimiento, para aprender en ella muchas cosas, todas las cuales pudieran quizá encerrarse en ésta: cuál debe ser la conducta de un escritor católico en presencia de la denominada cuestión social.

Ante todo, una conducta de tolerancia. Hay cosas que separan á los hombres, pero hay también otras muchas que los unen. Los que parecen más opuestos en ideas tienen siempre un gran fondo de comunidad intelectual, y sobre todo pueden convenir en cuanto al modo de conducirse respecto de una cuestión concreta. Entonces es fácil y obligado entenderse para la cooperación, dejando aparte lo diferencial. Las obras complejas, como lo son regularmente las sociales, precisan para su cumplimiento el concurso de fuerzas varias. La armonía resulta de unir porciones, al propio tiempo homogéneas y heterogéneas. Los católicos que se interesan por el mejoramiento de las clases menesterosas y proletarias, los llamados católicos-sociales ó socialistas, están bien penetrados de esta verdad.

---

(1) Véase *El Socialismo católico*, por Francisco Nitti, trad. esp.; Salamanca, 1893, p. 226.

(2) *Prólogo* citado, p. 5

Por eso se alían sin repugnancia alguna (al revés de lo que sucede en algunos sitios, donde el clero se significa por su intolerante ignorancia) con cuantas personas quieran unirse con ellos, piensen éstas como piensen, v. gr., en materias de religión. «El hambre—dijo Decurtins en el Congreso de Aarau—no es ni católica ni protestante. De aquí, pues, que todo el que preste algún auxilio para la resolución de estas cuestiones debe ser bien recibido, sea cualquiera la confesión religiosa á que pertenezca, pertenezca á la escuela de Bakunin, á la de Lassalle, ó crea en el *Evangelio* de Cristo» (1). Y el mismo elevado espíritu, que es al cabo el espíritu cristiano de fraternidad y amor, dicta á Scheicher la afirmación siguiente: «Si hemos de conseguir algo, *hay que agradecer cualquier colaboración, venga de donde viniere*» (2).

Más aún: mientras reconoce explícita y repetidamente que «en el fondo no hay hoy día más que dos corrientes de opinión con programa que contenga proyectos serios, sólo dos ideas que luchen por conseguir la reforma social: el socialismo cristiano y el socialismo democrático, no siendo lo que proponen los demás partidos políticos sino paliativos que se encaminan más bien á sostener en el poder á la clase dominante que á ayudar al pueblo» (3), no tiene reparo alguno en mostrar sus simpatías por los demócratas socialistas y en censurar á todos aquellos que juzgan como réprobos á los adversarios del orden existente. «Es opinión corriente en ciertos círculos, aun cuando sea errónea las más veces, la de que los enemigos del principio social dominante son enemigos jurados de la humanidad. Creen que pretenden robar con fractura, como salteadores y ladrones, y se juzgan autorizados á tratarlos como tales. Ciertamente que en nuestra época, como en todas, hay criminales. Del mismo modo que cuando los pueblos se dejaban

(1) Véase *El socialismo católico*, citado, p. 229.

(2) Pág. 102.

(3) Págs. 16 y 236.

gobernar principalmente por ideas políticas hubo asesinos y quienes lanzaron máquinas infernales, salen hoy de ciertas clases de anarquistas, hijos pródigos que, por impulsos sociales, cometen atentados, destruyen casas y arrojan bombas en los teatros ó en los tribunales. Sin embargo, razonablemente no pueden imputarse ni reprocharse estos crímenes anarquistas á todos los que se ocupan de cuestiones sociales. Entre los que consideran al capitalismo como una forma injusta y anticristiana del principio social, y consiguientemente quieren sustituirlo con otra de un modo sistemático, pero justo y legal, hay, ciertamente, muchas personas dignas. Son adversarios del principio capitalista, pero sólo quieren reemplazarlo, y en lo posible, sin causar daño á sus defensores» (1). Y un poco más adelante: «Es muy cómodo proceder contra los descontentos como si fueran bandidos y tratar así á socialistas y comunistas; pero en justicia no hay derecho para equiparar con los salteadores á todos los adversarios de los vicios y excesos del sistema social actual» (2). Hasta elogia á Carlos Marx, por quien parece sentir cierta admiración, y del cual dice que siendo un «hombre eminente que hubiera podido alcanzar en su patria una posición influyente, y acaso de primer orden, sacrificó todas sus inclinaciones, todo su porvenir, toda su carrera, comenzada bajo brillantes auspicios, para consagrar su vida á la lucha económica en favor de los débiles» (3), y asegura que la obra del mismo, *El capital*, formará época (4). De igual modo reconoce que «la forma colectivista de organización del trabajo no envuelve en sí misma injusticia alguna, sino todo lo contrario» (5).

¿No es cierto que semejante ecuanimidad de juicio es rarísi-

---

(1) Pág. 19.

(2) Pág. 23.

(3) Pág. 195.

(4) Pág. 196.

(5) Pág. 176.

ma entre nosotros, cuando no totalmente desconocida? Aquí, al que no comulga en nuestras ideas no es lícito elogiarle; al contrario, le solemos atribuir ó suponer gratuitamente vicios y maldades que no se encuentran en él; y en el mejor caso, argumentamos contra el mismo haciendo uso del censurable, aunque muy socorrido y frecuente dilema de «la supina ignorancia» ó la «insigne mala fe». Las gentes que proceden de seminarios ó de colegios dirigidos por religiosos utilizan bastante á menudo tal procedimiento.

Scheicher no emplea esas armas; su espíritu amplio, su cultura y libertad de pensamiento se lo impiden. Y no es, como pensarán algunos intransigentes, menos católico que ellos ó, por mejor decir, menos cristiano, sino bastante más. Es un discípulo de Cristo que estudia la sociedad en que vive, que se hace cargo de las miserias y agravios por que se halla trabajada y que se duele cordialmente de las desgracias que afligen á muchos de sus hermanos, tanto más, cuanto que las cree remediabiles en gran proporción. De aquí deriva el acento de convicción con que está escrito el libro, el sincero y caluroso aire de persuasión con que su autor dice las cosas. Por eso se deja leer sin fatiga, y hasta con verdadero gusto. A lo cual contribuye también, en buena parte, la soltura y facilidad del estilo. Por este lado, no parece obra de un alemán, que suelen ser amazacotadas y de deglución y digestión difíciles, sino más bien del *savoir faire* francés, con todos sus atractivos.

El Cristianismo representó en sus orígenes una poderosa aspiración de reforma social. Desde tiempo antes, esa aspiración estaba latente en el pueblo de Israel, y los profetas, aquellos ardientes predicadores de la igualdad social, aquellos censores apasionados de la injusticia, no eran otra cosa que los principales órganos de la aspiración dicha. Cristo continuó la propaganda, ampliándola y acentuándola eficazmente. Su vida y sus enseñanzas fueron una constante protesta contra la mal-

dad humana, contra la prepotencia y los vicios ó pecados de los hombres, quienes era preciso que se reformaran interiormente, haciéndose buenos. La reforma interna era su preocupación fundamental. Pero considerando las riquezas como base y raíz de prepotencia y pecado, el abandono de las mismas era indispensable, según él, para conseguir aquella reforma. Los ricos fueron siempre objeto de censura y severos juicios por parte de Jesús; los pobres, en cambio, objeto de sus predilecciones. Los apóstoles y los primeros cristianos, pobres fueron. El Cristianismo primitivo era un Cristianismo de conducta, no Cristianismo de doctrina y creencia; eran cristianos los que obraban bien, conforme á la voluntad de Dios, no los que profesasen determinado credo, los que pensasen de tal ó cual modo. Esto último ha sido cosa muy posterior, del siglo IV en adelante, como también ha sido cosa posterior lo de atribuir al Cristianismo la condenación del mal uso de las riquezas, meramente.

Posible es que no se equivocara mucho quien considerase el movimiento cristiano-social de nuestros días como una tendencia á devolver á la Iglesia aquel su pristino espíritu, del cual hubo de apartarse desde el momento en que se la reconoció carácter oficial, y por lo mismo privilegiado. Quizá ninguna doctrina ha proclamado la fraternidad humana con tan caluroso y sentido convencimiento como la de Cristo; ninguna, por consiguiente, tan enemiga como ella de la prepotencia y la hostilidad entre los hombres: y es bien seguro que nada estorba tanto el logro de la igualdad, el imperio del amor recíproco, la vida social fundada en la cooperación altruísta, y no en la lucha darwiniana, como la posesión de las riquezas. Por esta posesión combaten con toda clase de armas los individuos, efecto de lo cual se tratan unos á otros como adversarios irreducibles, lejos de tratarse como hermanos. Están reguladas de esta suerte las relaciones sociales por un sistema apoyado de la fuerza, la desconfianza y el retribucionismo. El que más puede es el que se lleva mayor parte del botín, ó sea

de la riqueza colectiva. Todo lo contrario, precisamente, que sucede dentro de la sociedad doméstica, merced al imperio de la fraternidad.

Ahora, si somos hermanos todos los hombres, ¿por qué no ha de prevalecer en la sociedad grande la misma moral de la fraternidad que prevalece en la familia? Y ¿cómo no esperar una intervención adecuada de la Iglesia en este sentido? Perdido, por fortuna para ella y para todos, el poder temporal del Papa, que, como cualquier otro poder análogo, estribaba en la fuerza y por la fuerza se ejercía, quédale su grandísimo poder espiritual, mucho más eficaz y seguro que el otro. El poder espiritual es el sostén más firme de la Iglesia, si lo emplea en servicio de las aspiraciones cristianas, y por lo tanto, como medio de preparar el advenimiento de la fraternidad real y verdadera, no puramente nominal, entre los hombres. El día que el Pontífice se pusiera al frente del movimiento de transformación social, conforme al deseo de no pocos escritores de procedencias varias, la Iglesia habría dado un gran paso para ganarse la confianza del pueblo. Todos sus fieles serían considerados como hijos del mismo padre é inducidos á tratarse como tales entre sí. El clero alto y bajo se convertiría en órgano é instrumento de poderosa cooperación á tal fin. Cuando uno piensa en el ascendiente que ese clero tiene entre nosotros, por unos motivos en la población rural y en las clases bajas de la urbana, y por otros motivos en las denominadas «superiores ó directoras», no puede menos de lamentarse por el modo como desempeña las funciones de su ministerio. ¡Cuántos beneficios no haría si en lugar de concretarse, por ejemplo, según es frecuentísimo, á comentar de cualquier modo la vida del santo del día, ó á disertar, en sus sermones, sobre cuestiones teológicas intrincadas, ó, lo que es peor, á predicar la guerra y la matanza contra otros pueblos implorando con tal propósito la protección divina; cual aconteció aquí poco tiempo hace,—se consagrara á ponerse al corriente de los problemas económicos y sociales y á intervenir activa-



mente en el mejoramiento de las condiciones presentes y en la protección tutelar de los débiles y necesitados de todas clases!

Contra la opinión de aquellos que quieren apartar al clero de todo género de política, Scheicher sostiene, á mi parecer acertadamente, la necesidad de que haga política social, preparándose al efecto con el estudio de las correspondientes cuestiones. «Claro es—dice—que la misión del clero no está en dar programas sociales ni en erigirse en jefe de bandas indigentes (y ¿por qué no, aun esto?). Pero debe tener siempre abierto su corazón á los sufrimientos del pueblo, tomando parte en su próspera como en su adversa fortuna. Si, por un lado, es su deber recordar que los bienes terrestres no son el bien supremo, tampoco debe sacar la consecuencia de que la vida de la mayoría de sus feligreses no tenga más objeto que padecer un calvario, ó la de que no sea cristiano procurarse por medios legítimos un alivio ó bienestar» (1). «Muchos afiliados á un falso conservatorismo son deliberadamente opuestos á toda novedad, á todo lo que contradiga los añejos errores. Las más de las veces no tienen otra razón para ello que el temor al esfuerzo reflexivo, necesario para discurrir sobre la necesidad ó conveniencia de estos errores. ¡Cuántas veces vemos ó escuchamos divagar sobre el socialismo, el comunismo, el orden social, la cuestión de los salarios, sobre la asistencia, á gentes que desconocen el *a, b, c* de la economía social, y mucho más el de la moral! Gentes que charlan sobre las más apasionadas cuestiones de su época y que no tienen una idea exacta sobre la moneda y el capital; el valor y el precio de una mercancía les parece una misma cosa; sólo tienen ideas falsas acerca del salario y su naturaleza. *El sacerdote no debe ser así: con semejante ignorancia perjudicaría enormemente á la religión, á la justicia y al pueblo*» (2).

Mas para que el clero pueda cumplir eficazmente su come-

(1) Pág. 24.

(2) Pág. 26.

tido en este orden; para que intervenga con el debido éxito en la política social, no basta que sea culto, sino que además necesita gran independencia, sobre todo frente á los poderes públicos, á fin de no verse en la precisión de adular á éstos. «La Iglesia de Estado, bien lo sea formalmente, como acontece en Rusia y en los países protestantes, ya lo sea materialmente sólo, como en muchos países católicos donde el Estado ejerce una función fiscalizadora en el nombramiento de los eclesiásticos, ó las autoridades civiles nombran las dignidades eclesiásticas, ó el Estado paga al clero, etc., conduce lenta y seguramente á este último á la pérdida de su influjo sobre el espíritu y los sentimientos del pueblo sobre sus jefes temporales. La cosa es fácilmente comprensible y explicable. Porque un clero dependiente, mal ó bien, debe cooperar á la política social de las autoridades á que está con frecuencia subordinado; y con harta ligereza llega á considerar como derecho, como voluntad divina, lo que en realidad no es ni una cosa ni otra» (1). Por eso precisamente, por considerar al clero como uno de los sostenes más firmes del orden actual, es por lo que se desconfía de él y no se le mira con buenos ojos. La persecución de que ha sido objeto algunas veces «no hubiera ido tan lejos, si los sacerdotes no hubiesen pasado por aliados de los privilegiados. Vióse en ellos, no sólo á los protectores de la clase privilegiada (la propiedad adquirida debe siempre ser mirada como inatacable), sino á los guardianes de las exacciones del rico en perjuicio de los pobres, cosa que la moral no prescribe en parte alguna» (2). Los ricos saben bien la fuerza que el clero tiene, y por eso, aun siendo unos descreídos, procuran atraérselo por cuantos medios pueden. Su defensa, la defensa de sus privilegios, la ponen en el ejército y en el clero, en la fuerza material y en la espiritual, en el sable y el diablo, los dos resortes que deben gobernar el mundo,

---

(1) Págs. 27-28.

(2) Pág. 108.

según aseguraba cierto día un elevado funcionario (1). Pero los sacerdotes «no deben prestarse á este juego. Aun cuando se tome á mal, no podemos menos de decirlo, porque estamos convencidos de ello: un obispo que, en vez de en un palacio, se aloje modestamente, que no tenga dinero bastante para el pectoral, pero que pueda ir libremente de iglesia en iglesia, de casa en casa, conseguirá mayores y más fecundos resultados que un obispo cubierto de condecoraciones pasando ante filas de soldados» (2).

Si yo me he percatado bien de ellos, los propósitos de Scheicher al escribir su obra, los fundamentales cuando menos, han sido estos dos: 1.º, cargar á fondo contra el capitalismo que nos ahoga y contra el liberalismo económico que le sirve de base, poniendo al descubierto las dañosas consecuencias morales y sociales que producen; 2.º, señalar la participación que la Iglesia y sus ministros deben tomar en la lucha contra el referido capitalismo, hasta hacer que desaparezca. Pues, según nuestro autor, «es cosa evidente que el capitalismo debe desaparecer, como enemigo de Dios y de los hombres. El capitalismo se ha convertido en un usurpador desenfrenado; todos los oficios productivos trabajan para él; por esto mismo es perjudicialísimo para todos y debe desaparecer» (3).

Scheicher empieza por definirlo. «¿Qué se entiende por capitalismo en sentido sociológico? El acaparamiento de los productos de un trabajo al cual se ha permanecido extraño. El que quiera formarse una idea exacta de él, que piense en los hombres que se encuentran en situación de llevar una vida de placeres exquisitos por la razón única de que su padre ó sus abuelos pudieron acaparar valores de renta. Tienen en sus ma-

---

(1) Pág. 235.

(2) Pág. 29.

(3) Pág. 205.

nos el derecho consagrado de gozar todo ó parte de los productos del trabajo actual y de los del porvenir. No trabajan, no corren riesgo alguno, han nacido solamente para el *fructus consumere*, para gozar de la vida» (1). Y en otro sitio explica más al pormenor la definición que precede. «Consiste la esencia del capitalismo—dice—en que habiendo acaparado uno los medios de producción, un fundo, una parte del suelo, obliga á otros á que le paguen, cuyo trabajo aplican á esos medios de producción y obtienen productos nuevos. O, en otros términos: el capitalista, no conservando ya los medios de producción, cuya custodia engendraría cuidados, los ha convertido en moneda que presta y ha formado un capital productivo, en el sentido propio de la palabra. El capitalismo moderno saca lo que llamamos interés... Y ese capitalismo ha tomado hoy tales proporciones, que se ha convertido en sistema universal; hoy apenas puede expresarse en cifras los créditos con interés; hoy todos los medios de producción disponibles están gravados con hipoteca; hoy todas las cargas de las generaciones futuras pertenecen á gentes cuyo único fin es consumir el producto del trabajo ajeno: *fructus consumere*. Hemos entrado en la edad del papel. Todos los bienes de la tierra, en masa, pertenecen á aquellos que han amontonado títulos con interés. Tengan ó no con qué, los trabajadores han de proporcionar intereses» (2).

Este sistema capitalista ha sido y está siendo el origen de innumerables males. Ha conducido á la bancarrota, así en moral como en economía política. El autor, en sendos capítulos de su obra, los mejores quizá de ésta, y desde luego los que inspiran más interés, traza el cuadro de aquella doble bancarrota, un cuadro vivo, caliente, que no podrá menos de causar gran impresión en cuantos lo lean, aun en el ánimo de los más preocupados en contra. Los elementos de ese cuadro son ejemplos palpitantes de la vida real, que es lo que llega más al

(1) Págs. 19-20.

(2) Pags. 190-91.

alma, trozos sanguinolentos del cuerpo social lacerado, síntomas elocuentes de los males que causa por modo sistemático el régimen capitalista liberal. También da cuenta, en el resto del libro, de los varios procedimientos y recursos que se preconizan para acabar con el capitalismo, ó cuando menos, atenuar los daños que produce. Ya queda dicho que, para Scheicher, solamente se conocen hoy dos corrientes de opinión capaces de resolver el problema, á saber: el socialismo cristiano y el democrático. Los demás medios que se proponen, y que él examina, los califica, unos, de «expedientes económicos», tales como el malthusianismo, el sistema de la cooperación productiva (Lassalle) y el de la intervención del Estado para fomentar el desarrollo de las corporaciones obreras y favorecer á los trabajadores (Hitze, Vogelsang, Perin, Ratzinger); otros, de simples «paliativos», «amagos parciales de solución, que van dirigidos únicamente á remediar los sufrimientos más agudos, las necesidades más apremiantes, y cuyo carácter general es servir de medio para salir del paso, meramente» (1): v. gr., el proteccionismo, la instrucción profesional, el desarrollo de la moralidad, los sindicatos y asociaciones, el derecho de habitación, la liberación del suelo...

Ahora, ¿cuál es la posición personal del autor? No está todo lo clara que convendría. La parte negativa, ó sea la crítica de los demás sistemas es radical, hasta radicalísima, sobre todo frente al capitalismo; no así la constructiva, como parece había derecho á esperar, de hallarse acorde con la otra. El fenómeno este es muy general, y ello se explica considerando que uno ve mejor los defectos y lunares de lo existente, que no se representa por anticipado y con toda precisión y detalle un estado social futuro. Sea por esto, ó bien por el miedo á ir más allá que el propio León XIII en su Encíclica *Rerum novarum*, que sirve de norma á los católicos en lo referente al problema obrero, la verdad es que Scheicher parece que huye de dar

---

(1) Pág. 206.

concreta y circunstanciadamente su propia opinión acerca del asunto. A juzgar por el título del libro, pudiera creerse que éste se ocupaba, ante todo, en exponer el criterio de su autor respecto á la conducta que la Iglesia debe observar frente al gran problema de nuestros días. Y no sucede así. A este punto sólo consagra cuatro ó cinco páginas. El programa de los socialistas cristianos, trazado en ellas, tiene ciertos toques avanzados, como el de aspirar á que «los obreros organizados se conviertan al propio tiempo en empresarios, como único medio de que el trabajador pueda, definitivamente, recibir su justo salario»; pero en general, ese programa es bastante conservador é «intermedio», pues el baluarte principal del capitalismo, la propiedad privada, lo deja en pie.

A pesar de todo, hay en el curso de la obra que examinamos, esparcidas aquí y allá, ciertas aseveraciones y conceptos que conviene dar á conocer. Conviene darlos á conocer por venir de quien vienen, y para que se vayan habituando á ellos muchos espíritus pacatos y asustadizos de por acá.

En multitud de sitios afirma que el orden de cosas actual no es un resultado de la voluntad divina, ni por consiguiente inmutable; sino, más bien, como lo reconoce asimismo Decurtins, «el producto de una evolución histórica que lleva en sí mismo los síntomas de su ruina y que debe un día ceder el puesto á otro distinto» (1). No cabe, por lo tanto, considerar incommovibles, según es uso, ninguna de las bases de nuestra sociedad. Si estas desaparecen ó se trasforman, otras vendrán á reemplazarlas. He aquí algunos de los pasajes donde Scheicher expresa ideas iguales ó análogas á las anteriores: «Dios todopoderoso no ha señalado una forma determinada de organización política ni de orden social. Los hombres se rigen por sí mismos, y lo hacen en la dirección en que, según los tiempos, pueden cumplir mejor sus destinos terrenos» (2).

---

(1) *Prólogo* citado, p. 6.

(2) Pág. 106.

«Cierta número de hombres encuentran bueno (para ellos) el monopolismo y el capitalismo, y por este solo motivo quisieran hacerlo pasar como justo y emanado directamente de Dios y de la naturaleza» (1). Pero «*tan falso* como es el pensar que no puede existir más que una sola forma de gobierno, *lo es creer que no puede darse sino un sistema justo de organización social*» (2). «Según la ley natural y los preceptos divinos, *no hay hijos privilegiados*, es decir, que tengan el derecho de despojar á la mayoría, al amparo de las leyes humanas» (3). «No hagamos, pues, el disparate de dar á entender que los ricos son especialmente queridos de Dios... Abstengámonos de considerar las faltas, las crueldades y los pecados de los ricos como simples debilidades que no privan del reino de los cielos por el hecho de haber establecido con su dinero fundaciones piadosas, ó porque sus cadáveres hayan sido acompañados de las plegarias de los pobres socorridos con este objeto» (4). «Es muy curioso eso de que muchos que en la apolo-gética se toman el trabajo de probar que la Biblia no ha enseñado física, ni filosofía, ni astronomía, en la teología y la moral sobrenatural olvidan totalmente el mismo principio cuando pueden adaptar la enseñanza de esta misma Biblia al orden político y social» (5). «*La Iglesia jamás podrá decirnos cuál es el mejor sistema económico*, porque esto no es de su incumbencia» (6). «La situación social y la organización presentes *no emanan de Dios*; por consiguiente, *pueden modificarse y deben ser modificadas* en el sentido de que, merced á tal modificación, puedan los hombres realizar sus fines terreno y eterno» (7).

(1) Pág. 107.

(2) Pág. 21.

(3) Pág. 61.

(4) Pág. 102.

(5) Pág. 235.

(6) Pág. 150.

(7) Pág. 236.

El estado actual de cosas exige una intervención pronta y eficaz, siendo forzoso condenar el abstencionismo que muchos predicán. En opinión de Scheicher, «*se necesita un valor enorme para aconsejar el quietismo frente á semejante situación, para erigir en principio, reconocido por la ciencia y consagrado por la experiencia, el sistemático empobrecimiento del pueblo trabajador*» (1); y por otro lado, debe reconocerse como «*imprudente y peligrosa para la moralidad del porvenir la idea de afirmar y admitir como un hecho cierto que Dios, el soberano dueño, proveerá á las necesidades de todos los hombres que ha creado, así como no olvida al gorrión y alimenta al cuervo*» (2). «Cada día se borra más y más esta falsa creencia, y esperamos que suene la hora en que se la reconozca como *uno de los errores más funestos que han gobernado al género humano*» (3). «Tampoco se hace nada con la moral sola y predicando paciencia y resignación. Las palabras de esta clase se las lleva el viento, *y tampoco es ese el espíritu del Cristianismo*» (4). «Ciertos teorizantes cristianos» deben saber «*que las cuestiones sociales concretas no pueden resolverse sólo con medios, digámoslo así, exclusivamente ideales, tales como la confianza en Dios ó la caridad para con el prójimo; sino que hay que tomar con más interés el derecho, y que para progresar la sociedad humana necesita actos eficaces*» (5). «El hambre hace de la vida de millones de hombres una larga agonía; millones de niños mueren faltos del suficiente alimento, y aun esto es para ellos una suerte, porque si no, crecen anémicos y se convierten en cadáveres ambulantes, en un tiempo que se enorgullece del bienestar popular y de las riquezas de las naciones. ¿No tiene nada que oponer á esto la moral? ¿Satisface esto á Dios?» (6).

(1) Pág. 68.

(2) Pág. 163.

(3) Pág. 68.

(4) Pág. 102.

(5) Págs. 49-50.

(6) Pág. 27.



No es acertado exhortar y predicar la resignación y el desistimiento, medios puramente espirituales (1). Tampoco es remedio adecuado la limosna para resolver la cuestión obrera; es un simple paliativo, de importancia bastante escasa. «Los sufrimientos sociales de hoy *no pueden aliviarse con la caridad*» (2). «*No es con limosnas, con las migajas de la caridad, con banquetes y conciertos en beneficio de los desgraciados como [los ricos] han de salvar su alma, sino mediante la práctica de la justicia*» (3). Esto hay que repetirlo hasta que se comprenda y se cumpla» (4). «Frente á la miseria social, de la cual tratamos aquí, la caridad no puede auxiliar sino á un corto número de individuos, que es lo que hace y lo único que puede hacer» (5). «San Alfonso pudo decir que si todos los ricos diesen de limosna el 2 por 100 de sus rentas, todas las miserias humanas (*communes necessitates*) se socorrerían. Hoy, cuando todas las limosnas son insuficientes, esto *equivale á una gota de agua en el Océano y constituye una ironía sangrienta, que no puede mantenerse por más tiempo*» (6). «Hoy, no sólo nos hallamos con la miseria, merecida ó no, sino que estamos frente á la indigencia de clases enteras. La angustia es el patrimonio de grandes masas. Hospitales; asilos de convalecientes, de pobres; conferencias de San Vicente de Paúl; asistencia de pobres, *hacen el mismo efecto que un vaso de limonada en un enfermo de fiebre altísima: un alivio momentáneo, dejando á la enfermedad que siga su curso. Sabemos hoy que á nuestro lado, en la choza inmediata, una familia, varias acaso,*

(1) Págs. 98,228.

(2) Pág. 217.

(3) Otra parece ser la opinión de León XIII, que en su Encíclica ya citada, dice: «Satisfecha la necesidad y el decoro, deber nuestro es, de lo que sobra, socorrer á los indigentes: *Lo que sobra, dadlo de limosna* (Luc., XI, 41). NO SON ÉSTOS, *salvo casos de extrema necesidad*, DEBERES DE JUSTICIA, SINO DE CARIDAD CRISTIANA.»

(4) Pág. 157.

(5) Pág. 217.

(6) Págs. 27-18.

mueren lentamente de hambre, sin poder hacer por ellas otra cosa que dejarlas perecer, procurándoles algo que comer á intervalos demasiado largos. ¿Qué se ha de hacer con esto? Prolongar la agonía, nada más. Al salir hoy curados de los hospitales los obreros, llevan el hambre y la debilidad retratadas en el semblante, recaen y vuelven al hospital por cierto tiempo. A tal punto han llegado las cosas en algunos centros industriales, que se considera una injusticia la limosna, porque salva de la muerte á los hambrientos, los cuales hacen luego competencia á otros, también víctimas del hambre. Las muestras de piedad para con un semejante resultan así actos de crueldad respecto á otro ú otros semejantes. *¡Qué situación más intolerable!*» (1).

Para salir de ella no hay otro camino que «*proveer al bienestar relativo terrestre de todos los hombres, en la medida de lo posible y de las necesidades*» (2).

Pero ¿de qué manera? En este punto Scheicher guarda casi un silencio completo: no dice más de lo apuntado algunas páginas atrás.

Lo que sí dice bien clara y explícitamente, para que lo oigan y entiendan aquellos que ponen su confianza en los mauser, como panacea para la resolución del problema obrero, es que se hace preciso «concluir con el *viciosísimo procedimiento* de querer curar las plagas sociales con el sable del guardia civil» (3).

P. DORADO.

---

(1) Pág. 182.

(2) Pág. 228.

(3) Pág. 228.

# FÉ

---

*A D. Miguel de Unamuno.*

Dirigiendo una mirada retrospectiva á cuanto acerca de este punto he manifestado, se reconocerá que el objeto de la revelación es educar y estimular al hombre en el esclarecimiento de las elevadas cuestiones que promueve, y que, en consecuencia, por el esfuerzo personal de la razón es por donde debe empezar la fé. La religión tradicional no ha resuelto el problema de salvar al hombre por una intervención de la voluntad divina. Lo que los sobrenaturalistas llaman *revelación cristiana* no es la verdadera enseñanza, la enseñanza pura de Jesús, sino lo que sus discípulos heredaron del paganismo y tuvieron que perpetuar para hacer más adaptables al medio social reinante las doctrinas del Divino Maestro. Esto no debe desanimarnos ni descristianizarnos, pero sí inducirnos á ser cautos y á no fiarnos demasiado de lo que muchos estan acostumbrados todavía á considerar inviolablemente ligado con la esencia del Cristianismo.

Pues bien, se me dirá: ¿á qué escuela perteneces? ¿Qué principios profesas? En tu concepto, ¿qué es la revelación? ¿La concibes, al modo antiguo, con todas sus imposibilidades, todas sus contradicciones, todos sus defectos? ¿Sigues creyendo en la compatibilidad de una enseñanza divina y las enseñanzas de la ciencia humana?

Moleschott (1) ha reducido la dificultad á este agudo dilema:

(1) *Kreislauf des lebens*, c. I.

«Si no podemos llegar á conocer al Creador sin estudiar antes las leyes de la naturaleza, ¿para qué sirve la revelación? Y si no podemos recibir las verdades más sublimes sino mediante una luz superior invisible á nuestros sentidos, ¿para qué sirve el estudio de los fenómenos y de las leyes de la naturaleza?

Como se ve, este dilema sólo es tal para los sobrenaturalistas. Los que sabemos que en la creencia entra por mucho la complejidad de toda la vida espiritual, reconocemos *ipso facto* la exigencia de su concierto con la ciencia, á la cual completa. Necesitamos para la vida creer mucho más de lo que efectivamente conocemos, pues vivimos tanto de recuerdos de lo pasado como de esperanzas en lo porvenir. «Estas esperanzas constituyen el hecho sumamente complejo de la creencia, que encierra multitud de elementos pertinentes á la sensibilidad tanto como á la inteligencia. La previsión ó anticipación del porvenir en relación á los hechos (como hechos posibles) y á la virtud y eficacia de las ideas (como madres de la vida) es la esfera propia de la fe, que en lo que tiene de intelectual amplía y extiende el horizonte de la ciencia, pero siempre en vista de lo pasado y con la conciencia efectiva de lo presente, á que referimos su condición de racional (1)».

Desde este punto de vista y mirando á este fin, la fe es una cuestión de alta importancia para el *dogmatismo* bien entendido. Sabemos lo que somos ahora, no lo que podemos ser. Se debe, pues, creer, no en lo que es, sino en lo que será. Aquí la ciencia no vale ya de nada.

Harto lo comprenden los patriarcas del moderno positivismo, y es de ver los esfuerzos que hacen para oscurecer y adulterar este grandioso hecho de la conciencia con su concepción exagerada de la religión como factor puramente sociológico. Mas yo creo que en esto se padece un error. Querer de una manera absoluta convertir á la religión en fenómeno puramente social es olvidar que el origen, la esencia misma de la

---

(1) González Serrano, *Lógica*, l. 52.

religión está en una idea antisocial y negativa: la idea de la muerte. Se ha dicho con exactitud que la religión es filosofía de la muerte, al modo que la filosofía es religión de la vida (1). El hombre verdaderamente religioso, aunque carezca de temor á la muerte (los antiguos, muy religiosos, la miraban sin espanto, y los bárbaros, no menos religiosos, no la temían); aunque convierta á la muerte en uno de tantos fenómenos de sociabilidad transcendente ó superior y rechace las supersticiones de la Edad Media, que la han rodeado de pavoroso misterio, no puede sustraerse á esa inquietud y á esos dolores del alma, no desechados todavía, que desde el triunfo del Cristianismo vienen atormentando con justa razón á los espíritus.

Algunas palabras más para disipar una duda que pudiera suscitarse. ¿No parece que al quitar á la fe el rigor de la certidumbre científica nos exponemos á convertirla en una probabilidad, y por lo tanto en un error posible? ¡Sí, si solo la basáramos en el sentimiento ó en la inteligencia! Pero la fe es una relación de la *voluntad* con Dios, una virtud de confianza en Dios. Y dado caso que se la considerase como una falsedad, como hacen ciertos positivistas modernos (2), ¿por qué no reconocer con estos mismos positivistas que el estado normal del espíritu es la religiosidad y la vida de la fe? La mentira que contiene la verdad, ¿no es lícita y hasta necesaria? (3).

(1) «La cosa del mundo en que el filósofo piensa menos es la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida.» (Spinoza, *Ethica*, IV, 67. I.)

(2) El positivista Hellwald (*Culturgeschichte*. p. 569) atribuye á la ciencia como objeto propio «el destruir todos los ideales y mostrar su falta de realidad, y probar que la fe en Dios y la religión son un engaño, y que la moralidad, la igualdad, el amor, la libertad y el derecho son otras tantas mentiras, todo sin perjuicio de sostener al mismo tiempo la necesidad de tales errores».

(3) Esta idea la he visto confirmada en Melinaud (*La Revue*, Julio, 1902) y en Echegaray (*El loco Dios*, a. I, e. 6). El primero dice que hay una excusa valedera de la mentira: la de impedir una injusticia. Es evidente que si, á costa de una mentira, puedo salvar á un hombre de los

Y si á esa verdad se añade un placer del espíritu, un gusto del corazón, ¿no es conveniente y hermosa siempre para la vida?

Voy á dar un ejemplo, que explicará completamente mi pensamiento. Es una verdad rigurosamente demostrada por la química, la unidad de la materia en el universo ¿Quién diría, si la ciencia no lo asegurase que son una misma cosa, por sus elementos componentes, el alimento sabroso que introducimos en la boca, y el asqueroso excremento que tanta repugnancia nos inspira? Esta repugnancia ¿es, sin embargo, justificada desde el punto de vista teórico? ¿No demuestran la experiencia y la observación que ambas sustancias se componen de elementos químicos idénticos, aunque combinados en distintas proporciones? Cuantos progresos hagan las ciencias químicas en apoyo de la unidad de materia en el universo, serían ineficaces é inútiles para quitar en la práctica á la humanidad, al menos á la humanidad civilizada, el sentimiento del asco, el sentimiento de la diferencia entre una sustancia comestible y una sustancia corrupta; cuantos progresos pudieran hacer las ciencias metafísicas en apoyo de la unidad del ser en la realidad, serían ineficaces é inútiles para quitar en la practica á la humanidad, al menos á la humanidad civilizada, el sentimiento

---

malhechores que le buscan, debo mentir. Hay además mentiras hermosas, generosas, heroicas: una madre que se acusa falsamente por salvar á su hijo, merece con justicia nuestra admiración. Pero estas no son mentiras de mentirosos.

Echegaray hace hablar así á uno de sus personajes: «Hay mentiras muy hermosas, muy sublimes. ¡Y hay verdades muy tristes, muy desconsoladoras! Si hacemos la cuenta, hallaremos que más ha progresado la humanidad á fuerza de mentiras grandes que de verdades chicas. Lo que hay es que una mentira, si es muy hermosa, muy grande, cádate que se hace verdad; ¡qué transformación tan divina! Y una verdad, si es ruin, miserable, fea, por arte maravilloso se hace mentira. De modo que el toque está, no en ser verdad ó mentira, que esto nada quiere decir, sino en ser bueno ó malo, ruin ó grande, feo ó hermoso, repugnante ó sublime. Sea lo que sea, sea bueno, grande, hermoso y sublime, que la verdad ya se le dará de añadidura.»

religioso, el asco al ateísmo, el entusiasmo por la grandeza, por la abnegación, por la piedad. La mentalidad se estrella y se estrellará siempre contra estas levantadas aspiraciones del corazón.

Pero ahora se presenta otro problema, que contribuirá no poco á esclarecer el nuestro. La metafísica bien concebida, ¿no será simplemente la religión misma presentada en forma más ó menos científica y racional? Esto es lo que muchos han sostenido, y sostienen aún para desacreditar á la especulación. «La filosofía que se llama positiva, pretende entre otros Laugel, se distingue de todas las filosofías y de todas las religiones en que ha renunciado á la ambición de dar una explicación del universo.» Se es demasiado llevado hoy día á dividir la historia de la cultura en dos épocas; una, de religión y de moralidad, otra de observación y estudios positivos. Aquella época de los filósofos, moralistas y apóstoles, que dirigen y hacen girar las pasiones populares, y cuyas doctrinas reinan en las conciencias de los hombres sencillos; esta época de los físicos, naturalistas y matemáticos, que hablan á la fría razón é imperan en los círculos de sabios. Allí, la moral, verdad del alma é ilusión útil; aquí, la ciencia, verdad de la naturaleza y dura realidad. En el primer caso, plenitud de la vida; en el segundo, satisfacción de la inteligencia. Esta pedantesca distinción de la que nos hemos ocupado ya al refutar las teorías que quieren, conciliar la revelación divina con el saber humano, separando el sentimiento del entendimiento, ha dado lugar á gravísimos errores y debemos rechazarla sin ambages. Es cierto que la religión ha sido, casi siempre íntimamente unida á la ciencia metafísica, como el arte ha sido casi siempre unido á las ciencias de la naturaleza, como la moral y el derecho han sido casi siempre unidos á las ciencias sociales. Pero no por esto ha de confundirse la religión que atañe ante todo á la relación del hombre con Dios, y muy mediatamente (y aun esto bajo un sólo respecto), á la relación del hombre con las obras de Dios, con la metafísica, que sólo

estudia á Dios en cuanto primer principio de todas las cosas, y cuya misión esencial es determinar la relación del universo consigo mismo, la relación del pensamiento consigo mismo, la relación del pensamiento con el universo, y la relación del universo con el pensamiento.

Basta, por otra parte, fijarse un poco en los hechos que para apoyar semejante opinión se nos aducen, para reconocer que realmente sirven de confirmación á nuestra tesis. Tal sucede con el relativo al origen histórico y filosófico de la especulación. Los que han dicho que la filosofía comienza en los griegos, y no en las mitologías, teogonías y cosmogonías de los orientales, han dicho una cosa muy discutible desde el momento en que se admite, que la religión es una metafísica espontánea, como la metafísica es una religión reflexiva (1). Si consideramos, por otra parte, que, según toda probabilidad, Thales importó del Oriente á la Grecia la filosofía, y que al Oriente se sospecha fueron también á buscar aspiraciones los pensadores griegos posteriores, como Pitágoras y Platón, reconocemos cuán errados anduvieron ciertos historiadores al desdeñar el estudio crítico de las grandes concepciones del Oriente. Hoy se va desechando poco á poco esta preocupación, y los que escriben sobre historia de la filosofía, dedican largas páginas en sus libros á la exposición y examen de las doctrinas religiosas de los orientales, que envuelven en sí una filoso-

(1) Los partidarios del racionalismo espiritualista afirman, que la filosofía contiene, bajo la forma de conocimiento razonado, lo que las religiones encierran bajo la forma de creencia instintiva. En cuanto á la distinción entre religión natural ó racional, y religión sobrenatural ó revelada, toda esta escuela la rechaza, y la razón se confunde, según ella, con la fe. Sirva de ejemplo, Saisset, el cual dice: «La distinción entre las verdades naturales y sobrenaturales es para nosotros una distinción completamente artificial; la verdad se muestra, aquí bajo la forma de una religión, allí bajo la forma de una filosofía». Y más adelante, añade: «La filosofía, que es la razón bajo su forma refleja, abraza toda la verdad; su misión es comprenderlo y explicarlo todo, sistemas religiosos, teología, símbolos, cultos, etc.»



fía útil y profundísima, aun en medio de sus nebulosidades y contradicciones, de sus vaguedades y sus sombras. Quien tenga siquiera noticia de los trabajos de Creuzer, Stuhr, Colebrooke, Burnouf, Max Müller y otros orientalistas distinguidos—para no citar más que los clásicos—no podrá menos de conce-der á los hombres del antiguo Oriente, disposiciones más idóneas que á los de nuestra raza, para los estudios que exigen penetración y fuerza de pensamiento.

Además, antes de afirmar en absoluto que el viejo Oriente carece por completo de verdaderos filósofos, de pensadores libres de toda influencia religiosa, conviene establecer distinciones. En la India y en el seno mismo del braahmanismo aparecen los sistemas filosóficos independientes de Gautama, Kanada, Kapila, Patandjali y Djarmini. Budha, cuya doctrina fue preparada por el penúltimo de los filósofos citados, jamás pretendió hablar en nombre de la divinidad: sus enseñanzas son naturales, humanas, sin mezcla de revelación ni elemento alguno sobrenatural. Lo mismo puede decirse de los grandes reformadores religiosos de la China, Laotseu, Confucio y Mencio. ¿Dónde está, pues, esa absoluta subordinación de la filosofía á los dogmas religiosos, tan exagerada por algunos historiadores? (1).

---

(1) Sobre este punto de las relaciones entre la sabiduría griega y la doctrina de las demás naciones antiguas, deben tenerse muy presentes los trabajos de la moderna crítica, especialmente la *Philosophie der Griechen*, de Zeller, que ha venido á desvirtuar en gran parte la influencia que hasta aquí se ha supuesto ejerció el Oriente sobre la ciencia helénica. Pero sin exagerar esta influencia, y conservando su carácter propio y su individualidad original á la filosofía griega, bien puede afirmarse que ciertas doctrinas que se quieren hacer nacer en esta filosofía, se pierden en la más remota antigüedad. «En los fragmentos antiguos de la labor intelectual de los griegos, dice Pesch, no aparecen más que los escombros de un conocimiento sumamente perfecto, que había ya desaparecido entre ellos.» Diógenes Laercio asegura que los mismos griegos opinaban que su sabiduría provenía de los bárbaros. San Clemente de Alejandría enumera en sus *Stromata* á los maestros de los bárbaros, entre

No quiero contradecir á Bourdeau cuando dice que la filosofía es una cuestión de opinión y sistema, expuesta á convertirse en secta. Con todo, hay entre los concilios y los congresos de los filósofos, entre los pensadores y los profetas, entre los sabios y los reformadores ó fundadores de religión, diferencias y profundas, que nos obligan á distinguir y separar cuidadosamente la metafísica de las doctrinas religiosas. Renan ha dicho (1): «La filosofía no basta para el gran número: es preciso la santidad. Un Apolonio de Tiana, con su leyenda milagrosa, debía necesariamente tener más éxito que un Sócrates con su fría razón. *Sócrates, deja á los hombres sobre la tierra: Apolonio los transporta al cielo; Sócrates no es más que un sabio; Apolonio es un dios* (2). La religión, hasta nuestros días, no ha existido sin una buena parte de ascetismo, de piedad, de maravillas. Cuando se quiso, en tiempo de los Antoninos, hacer una religión de la filosofía, fue preciso transformar los filósofos en santos, escribir la *Vida edificante* de Pitágoras y Plotino, prestarles una leyenda, virtudes de abstinencia y de contemplación, poderes sobrenaturales, sin los cuales no hubieran sido objeto de creencia ni principio de autoridad.»

---

los cuales la ciencia había florecido antes de llegar á los griegos, diciendo que fueron la casta de profetas de los sacerdotes egipcios, los caldeos entre los asirios, los druidas entre los galos, etc. Según refiere Platón, los sacerdotes egipcios de Sais dijeron á Solón: «¡Oh griegos, no sois más que unos niños, no hay ningún viejo entre vosotros! Todos sois jóvenes de espíritu, porque careceis de tradiciones verdaderamente antiguas, de sabidurías encanecidas por la ciencia.» No falta en la actualidad quien, siguiendo la opinión de Thimus en su *Simbólica*, afirme todavía que los gérmenes de ciertas opiniones (como la del alma universal sostenida por Platón) no deben buscarse en Grecia ni en Egipto, sino que más bien tuvieron su primer desarrollo en aquella parte del Asia que debe ser considerada como cuna del linaje humano.

(1) *Vie de Jésus*, c. XXVIII.

(2) Filotrastro: *Vita Apollonii*, IV, 2; VII, 11; VIII, 7.—Eunapio: *Vitae sophistarum*, pp. 454-500.

Voy á alterar un poco esta idea de Renán, sustituyendo á la palabra *maravilloso* la palabra *sobrenatural*, y diciendo: La religión no se concibe sin elementos sobrehumanos. El misterio es el alma de las religiones, y para demostrar su credibilidad es preciso echar mano de medios superiores á los ordinariamente empleados por la ciencia y por la inteligencia. La filosofía no puede considerarse sino como la razón natural aplicada á la investigación de la verdad y á la práctica del bien por medios puramente racionales y humanos, en tanto que la religión no se satisface sino con lo extraordinario, lo anómalo, lo sobrenatural y lo milagroso. Una religión sin fundamento en el orden de la gracia, sin maravillas ó portentos en su historia y aparición, sin relaciones temporales y determinadas con Dios, no es religión. ¿Qué fundador de falsas religiones, qué fautor de sectas, cismas ó herejías, no ha imitado á los santos, apóstoles y profetas de la religión y de la sociedad verdaderamente divinas, para anticipar el éxito y representar bien su comedia en la escena del mundo? Se nos dice que el budhismo es una religión sin dioses y su fundador un ateo, que es la más naturalista y la más religiosa de las sectas conocidas, que no sólo se halla exenta de teología y mitología, sino que está toda ella fundada en el sentimiento natural y en la razón humana. Ciertamente. Pero ved: estas teorías de la religión budhista son desmentidas por sus adeptos en la práctica, y aun el mismo budhismo especulativo no se halla enteramente desprendido de elementos místicos. Sabido es que Raul-Postel ha obtenido en sus recientes estudios sobre Budha resultados opuestos á las apreciaciones de Bournouf y Barthelemy Saint-Hilaire sobre el ateismo budhico. Puede creerse también que los budhistas considerarán los dogmas que profesan como sobrenaturales, puesto que así lo indican sus prácticas supersticiosas, contrarias al espíritu naturalista que se atribuye al budhismo, lo cual prueba que el hombre ignoran tiende casi siempre á ver en la religión, no el fin de sus más nobles aspiraciones, sino un medio para implorar de Dios la satisfacción

de sus deseos, de sus tendencias, de sus debilidades, hasta de sus vicios.

En la filosofía, como en toda ciencia, predomina el principio de libertad sobre el de autoridad, pues las cuestiones que se rozan con la fe son escasas, y muchas las opinables; en la religión sucede precisamente lo contrario. Por eso hemos visto siempre que los filósofos no han empleado más medio de propaganda que la libre discusión. Ningún *verdadero* filósofo (si exceptuamos al antiquísimo Pitágoras, y á los novísimos Fourier, Saint-Simón y Compté), han intentado siquiera la fundación de una Iglesia ó de una secta religiosa. Su misma personalidad está dotada de caracteres opuestos á la de los fundadores de religión. El paralelo que Strauss pretende establecer entre la filosofía socrática y la religión cristiana es tan impropio, que el mismo González Serrano no vacila en rechazarlo. Ni Sócrates es Jesús, ni pueden compararse Platón y Jenofonte, discípulos del primero, con San Pedro y San Pablo, discípulos del segundo. En su vida, en su muerte, en su predicación, en el ideal que persiguen, se diferencian radicalmente. Aun en los actos que más parecen aproximar Sócrates á Jesús, se ve claramente que son *humanos* en un caso y *divinos* en otro, y no falta quien con injusticia evidente quiere al través de la modestia del filósofo griego descubrir su vanidad y un fondo de hipocresía. Sócrates no deja de ser *hombre*, ni cuando rechaza el consejo de Criton que le proponía escapar de la prisión, ni cuando desdeña el abogar por su causa, ni cuando admite la posibilidad de una relación directa con Dios, cuyo intermediario es su genio familiar ó demonio (*demon, to daimonion*), ni cuando acoge su muerte como un bien para su alma, en la confianza de que no le abandonará la Providencia. En la conducta observada por Sócrates con sus enemigos y acusadores, vemos un espíritu elevado que les perdona, por comprender que no sabían lo que hacían, pero que les habla con tan poca ira como con tan poco amor, que no veía en ellos más que personas que se engañaban y á las que debía sacar de su

error, que en vez de someterse á su juicio los juzga, y cuyas últimas y sublimes frases son un helado *fiat voluntas* que brota de su mente más que de sus sentimientos. Así lo confiesa Fouillée: «Esta indulgencia de Sócrates hacia sus adversarios —dice— no proviene de una llama de caridad como el perdón de Cristo á sus verdugos; más que un sentimiento del corazón, es un juicio de la inteligencia; por eso se mezclaba con su juicio una ironía, á veces altanera.» No otra cosa puede decirse de su muerte. Verdadero «mártir de Dios», según le llamaron después algunos Padres de la Iglesia, murió como había vivido, marchando por el camino «que conduce á la feliz mansión de Dios á las almas que se han conservado puras, y que en cuerpos humanos han llevado una vida divina.» Todo esto es muy bueno, pero ¿qué vemos, no obstante? Que Sócrates murió como un sabio, pero Jesucristo murió como un Dios. Esto es lo que Rousseau proclamó en frases que pueden repetirse todavía hoy, que nada han perdido de su actualidad, á pesar de haber sido frecuentemente citadas por los apologistas cristianos. «Cuando Platón—decía Rousseau—pintó su justo imaginario, cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todo el precio de la virtud, pintó á Jesucristo con sus rasgos más salientes. Tanta es la semejanza, que todos los padres de la Iglesia lo han echado de ver, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupación, qué ceguedad no es preciso tener, para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¡Qué distancia entre uno y otro! Sócrates, muriendo sin dolor y sin ignominia, sostiene hasta el fin su papel; y si esta muerte fácil no hubiera dado honor á su vida, se dudaría si Sócrates con todo su espíritu había sido más que un sofista. Inventó, dicen, la moral; pero otros la habían practicado antes, y él no hizo más que predicar lo que éstos habían hecho. ¿Dónde, empero, había aprendido Jesucristo entre los suyos esa moral pura y sublime de que él sólo dió lecciones y ejemplo? Desde el seno del más furioso fanatismo se deja oír la más alta sabiduría y la sencillez de las más heróicas virtudes con que honró

al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que se puede desear: la de Jesús, espirando entre tormentos, injuriado, escarnecido y execrado de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso envenenado, bendice al que se lo presenta llorando. Jesucristo, en medio de un suplicio horroroso, ruega por sus enemigos más encarnizados. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios.»

La filosofía aplicada á la vida del hombre nos habla de moralidad en las costumbres y en las relaciones sociales, de justicia en las leyes é instituciones, de sociabilidad, dentro siempre de los límites de la razón natural. La religión refiere la razón primera y la suprema ley de todo esto á la divinidad, considerada por ella como la causa más ó menos mediata ó remota de la moral, de la legislación y hasta de la potestad legislativa (*derecho divino*) (1). La conformidad con la voluntad del soberano en lo temporal es el principio formal, la base de toda política religiosa.

Recordemos ahora, aunque rápidamente, los límites de la ciencia en sus relaciones con la fe. Muchos se figuran en nuestros días, y tienen por conclusión de la ciencia, que ésta ha resuelto positiva y definitivamente el enigma del universo. Pero, en realidad, su solución no ha sido una demostración, sino una explicación, que está muy lejos de satisfacer las exigencias lógicas de la razón humana. La edad moderna, pese á sus decantados adelantos, no ha hecho más que empujar más allá en el espacio el límite del misterio, sin perjuicio de volver á encontrar el muro demasiado cerca aún. Bien dice Spencer: «Los que suponen que la ciencia disipa las creencias religio-

---

(1) Hay algo de pueril en suponer que el principio de que todo poder social viene de Dios es sólo una idea introducida por el Catolicismo en los estados católicos para sus fines. En todas las religiones primitivas vemos esa idea, y aun en las religiones históricas, si exceptuamos acaso la de Confucio.

sas, parecen ignorar que todo lo que pueden quitar de misterio á las concepciones antiguas, lo transfieren á las nuevas. Aun cabría afirmar que, pasando el misterio de las antiguas á las nuevas, viene á ser más profundo. En efecto: la ciencia substituye á una explicación que parecía probable, otra explicación que no hace más que colocarnos un poco más lejos, y desde allí ponernos en presencia de un hecho inexplicable» (1). Es decir, que la ciencia será siempre impotente para reemplazar á la religión, y el sentimiento religioso aumentará por efecto de los progresos científicos, que si en el terreno de los hechos, de las leyes generales y de las causas de carácter particular sirven para esclarecer el problema del mundo, en las cuestiones de principio y de fin sólo sirven para poner muy de manifiesto la espantosa miseria de la razón humana. Esto no impide que la armonía de nuestras creencias tradicionales y de nuestros conocimientos siga constituyendo una dificultad casi insuperable, siendo, v. gr., tan imposible como ridículo conciliar nuestra fe con los descubrimientos de la ciencia crítico-arqueológica, denominada hoy día historia de las religiones, pues un estudio semejante no puede emprenderse sin dejar á un lado todo prejuicio dogmático, por muy querido y consolador que sea para nuestra alma (2). ¿Acaso es la ciencia

---

(1) Collins: *Resumé de la philosophie de Spencer*, I, 1.

(2) Para juzgar el método ineficaz con que intenta la teología imperante en esferas altas armonizar la revelación y los descubrimientos modernos, voy á copiar lo que se dice en un notable trabajo de polémica religiosa, y es como sigue, firmado por el abate Ansault: «El símbolo que denominamos *cruz* es muchos siglos anterior á Jesucristo, porque de otro modo la humanidad antigua, los romanos del tiempo de Claudio y de Tiberio, no hubiera consentido en venir á ponerse de rodillas ante los crucifijos. Suponiendo que se hubiese recibido de improviso el anuncio de este inefable misterio de la redención, la sociedad pagana, en su egoísmo, no hubiera creído en él, y el Mesías crucificado hubiera permanecido, como en la primera hora, cual un escándalo para los judíos, cual una locura para los griegos. Por eso Dios, desde el principio, había dispuesto la preparación de los hombres para la fe por un uso (*¿inconsciente?*) de

otra cosa que la representación, cada vez más perfecta, del mundo fenomenal, y en tal sentido la confirmación viviente y la corroboración negativa de la existencia de otro mundo que se escapa al formalismo de la inteligencia? Así es como los progresos científicos, cuanto más se acercan al conocimiento del universo, más ponen en evidencia la distancia que media entre la menguada facultad del razonamiento y el fondo íntimo de la existencia infinita, de la vida universal. «No hay que dudarlo, exclama un gran escritor español (1), lo que la ciencia puede darnos son las relaciones de las cosas bajo el imperio del tiempo y del espacio; pero jamás nos dirá su esencia. Para que supiésemos algo de ella, menester sería que se transformasen nuestras facultades de conocer. ¿Y por qué no hemos de dejar que se transformen? ¿Por qué no hemos de prescindir de la razón y prestar asenso á los presentimientos de nuestra alma, á la voz interior que nos explica de un modo claro la esencia divina del Universo? La razón no nos dice por qué es hermosa la puesta del sol en el mar. ¡Y, sin embargo, es hermosa! La razón no nos dice por qué San Juan de Dios

---

prácticas religiosas, entre las que el signo del crucifijo rudimentario y la inmólación de las víctimas eran como la profecía grandiosa del divino sacrificio del calvario.» El libro lleva por título *El culto de la cruz antes del Cristianismo*. ¿Qué idea tendrá de éste el que así escribe? Porque si á causa de las dificultades que el endurecimiento de los gentiles en sus idolatrías presentaba á la adoración del leño santo gastó Dios cuarenta siglos en *preparar* al género humano para obra tan singular é importante, hay que quitarle á Dios su omnipotencia, pues maldita la falta que le hace. ¡Está bueno! Hemos probado siempre que nuestra religión es divina, porque se ha propagado sin precedente histórico inmediato en una época de ignorancia religiosa y de depravación general, y ahora el abate Ansault nos asegura que no hay tal cosa, que Dios «nada hace bruscamente», que «prepara las transiciones». Esa es la lógica de muchos teólogos. Tertuliano llamaba á la veneración de la cruz por los paganos una *invención del diablo* para turbar á los cristianos y entorpecer los progresos de la fe; y el abate Ansault se atreve á considerarla como una disposición de la Providencia para la más fácil aceptación de la fe por el gentilismo.

(1) Palacio-Valdés: *La fé*, c. XIII, p. 376.



es sublime abrazándose á los leprosos. ¡Y, sin embargo, es sublime! ¡Ah, sí! Por encima de este conocimiento vulgar que nos esclaviza á la materia, hay otro que nos emancipa. Los ojos del cuerpo no penetran en la intimidad profunda de los seres; pero la fe no necesita ojos: la pintan vendada. No sólo poseemos una razón que nos explica la apariencia de las cosas: existe también en nuestro espíritu una revelación constante que las ilumina por dentro. ¿Por qué hemos de desechar esta revelación? ¿Por qué hemos de cerrar los oídos á los suspiros de nuestra alma? Esta revelación es el tesoro más precioso con que hemos sido dotados. Gocemos de él, recobremos la libertad y respondamos al llamamiento de lo que hay en nosotros de divino. Extranjeros en este mundo y sometidos á su necesidad, debemos sacudir su yugo y romper los lazos que á él nos unen, para distinguir lo que hay en nuestro ser de temporal y lo que hay de eterno. Si llevamos en nuestro cerebro las formas eternas de los objetos, es que somos superiores y tenemos una existencia independiente de ellas. Esta existencia es lo único que hay en nosotros de real; lo demás es pura apariencia, y como ha nacido debe morir. Vivamos, pues, esa vida inmortal y libre: conozcamos *directamente* la virtud eterna que se oculta detrás de este Universo.»

Entonces será supérfluo escribir unos *Explendeurs de la foi* como Moigno para conciliar cosas inconciliables. Aunque es verdad que son pocos los que poseen ese como complemento de la naturaleza humana, característico de los que hoy se llaman «super-hombres», ya es tiempo de que la religión se justifique, más que por la razón, por el sentimiento de los corazones. La creencia es de Dios al hombre. La sabiduría del mundo al pensamiento (1). Todavía no está esta última bas-

---

(1) «El que tenga miedo de llegar hasta las últimas consecuencias, escribe á este propósito Moleschott, no debe investigar, sino que debe limitarse á creer. Si la fe y la ciencia son dos cosas á las que no cabe suponer en armonía, es precisamente porque tampoco cabe suponerlas en hostili-

tante adelantada para que sea posible formular un juicio sobre sus relaciones concretas con la primera, así como sobre los límites exactos de ambas. Hay, sin embargo, algo en que no cabe dudar, y es que, por su carácter la fé individual, nada tiene que temer de los progresos de la razón. Si se pretende que no hay órgano superior alguno destinado á lo que tiene su pleno fundamento en la voluntad, convendrá explicar ante todo cómo puede la mente ponerse en posesión de lo que el discurso no alcanza, según reconoce el mismo Santo Tomás. Me parece que Wagner comprendió la cosa mejor que Santo Tomás, al sostener que la religión es objeto de la fe y la fe un don de Dios, con y por el cual se le muestra al hombre un nuevo camino para conocer los misterios eternamente velados al raciocinio. Analogías tomadas de la historia del saber, ponen de relieve esta diferencia entre los medios propios de nuestra naturaleza racional y los que por la divina gracia se nos otorgan. Sin que yo entienda que cada progreso científico arrebatara á las religiones una guarida, un fuerte, una defensa, soy de los que opinan que el creyente sincero que no guste de hacer intervenir sus creencias en cosas de ciencia, debe empezar por dar á ésta el dominio íntegro de la reali-

---

dad. En efecto, el que hoy se consagra á la ciencia y mañana á la fe, no es en ninguno de los dos casos un hombre idóneo para semejante lucha. Entre el hombre que cree y el hombre que investiga, no puede haber ningún choque porque los dos siguen caminos diametralmente opuestos.» «La fe y la ciencia, dice también Büchner, son dos mundos distintos, y si nuestro método nos impide admitir lo que ignoramos, no tenemos derecho á imponer á los demás nuestras convicciones. Sea cada uno dueño de traspasar los límites del orden visible de cosas, buscando fuera de él un poder absoluto, un Dios personal, un alma del mundo, etc. La fe tiene raíces en disposiciones del alma inaccesibles á la ciencia. Es indudable que el estudio de la última va venciendo al de la primera, pero aún le queda á ésta mucho terreno que explorar. Y hay más: no sólo terminan las indagaciones del hombre en límites más allá de los cuales puede comenzar la creencia, sino que no parece tampoco imposible separar la fe de la ciencia dentro de la conciencia individual.»

dad, excluyendo, empero, dos cosas: una causa primera y un fin último del mundo. «Dios, dice Vogt, es el límite móvil colocado en la escala del humano saber, límite que va retrocediendo á medida que la ciencia avanza.» Esto es exacto; pero la frase es un proyectil que no hiere á la religión, sino á los que en nombre de la religión ponen límites á la ciencia. Vogt formuló de un golpe, si bien no á sabiendas, la verdadera teoría de las relaciones entre la fe y la razón al escribir aquellas palabras. Su proposición es inatacable si se examina con detenimiento el alcance que en realidad tiene. El hombre antiguo creía en la intervención de fuerzas sobrenaturales en el origen y conservación del mundo, y los sacerdotes, disponiendo como siempre de los rayos celestes cual si Dios les hubiera dado á ellos la llave, contribuyeron á aumentar esa *superstición transcendental* que niega la necesidad de las fuerzas físicas y ve en todo la influencia de poderes invisibles. Los vientos de la ciencia han ido talando todas esas selvas mitológicas que la fantasía de los primitivos pueblos poblaba de espíritus y dioses. Pero jamás tan continuado vendaval ha conseguido estremecer ni conmover el Dios que dirige y contiene el todo. Desplomada la poderosa virtud de los genios y de los monstruos, siempre restan un principio de creación primitiva y una ley de destinación universal. Mas como al mismo tiempo la esencia de ese poder que se manifiesta en el universo es absolutamente inaccesible al conocimiento, si la fe y la razón han de reconciliarse, fundamento de la reconciliación debe ser la incognoscibilidad actual de Dios como objeto del afecto religioso. Luego no hay ciencia de lo sobrenatural; ni pruebas posibles á favor de su creencia; el pensamiento y las reflexiones no son ya sus medios, ni la contemplación, el éxtasis y la mística sus fines, sino efectos de tener el hombre facultades limitadas é infinitas aspiraciones. Región de misterios, de enigmas, de sombras y de arcanos, la religión exige ante todo humillación intelectual. Consumar sinceramente esta humillación es religiosidad, y todo lo demás es irreligiosidad y arro-

gancia antropomorfística, cándida á veces, pero funesta al cabo, aunque se cubra con el nombre de religiosidad. Querer saber algo de la majestad divina es ser impío, ó como nota Spencer: *Muchos libros podrían escribirse sobre la impiedad de los que temen á Dios*. De este modo el problema abstractamente puesto por Santo Tomás de las relaciones de la ciencia con la fe queda reducido al problema concretamente fijado por Coquerel de las relaciones de la *conciencia* con la fé. No lo dudéis, lectores: la conclusión indudable de una teoría de la creencia es este hecho, el más profundo, universal y cierto de todos: que en donde la fe comienza, la ciencia termina.

Pero, como paréntesis que interesa á nuestro fin, notemos que la fe no es, como parece pensar Santo Tomás, una pasividad hija de evidencias objetivas, sino una actividad hija de convicciones subjetivas. La definición de San Agustín, aprobada por Santo Tomás: *fé es certeza á lo que no se ve ó adhesión y confianza en ello*, expresa un aspecto de la creencia, no su fondo verdadero. Si quitamos á la fé sus razones personales y sus elementos activos, confundiremos la ciencia con la conciencia y quitaremos á la última todo poder autonómico y voluntario en la regulación de nuestros actos y en la dirección de nuestros deseos. Para evitar semejante error hay que devolver á la fé la significación activa y viviente que tuvo en su principio.

Por lo demás, en las lumbraciones teológicas de Santo Tomás hay seguramente una parte aceptable y legítima, como es, por lo menos, la parte de método, tomada en principio. Si desde este respecto miramos las consecuencias intransigentes y exageradamente dogmáticas á que llega al final de sus indagaciones, se observa en ellas que les falta siempre lo único que podría justificarlas, lo único filosófico y cristiano: una ampliación subjetiva y moral. Santo Tomás no se dió cuenta de que el principio interior de la actividad que reside en nosotros es moralmente sagrado, aunque en sus particulares relaciones con la verdad se aparte de la naturaleza real y pro-

funda de las cosas. Por el contrario, todas sus insinuaciones tienden á establecer que el uso más noble de la libertad humana consiste en sacrificar voluntariamente nuestra razón en obsequio de la fe. Según él, la herejía, es decir, el pecado intelectual, no es más que la elección hecha por el espíritu individual, en lugar de la aceptación obligatoria de las tradiciones y de la autoridad católica.

Se ve cuán religioso es el sentimiento que anima esta doctrina de Santo Tomás, á la que tanto han acudido los sobrenaturalistas modernos para justificar sus tremendas negaciones filosóficas. Con todo, justo es observar que de ordinario se achaca á Santo Tomás más de lo que dijo. Fue, como buen católico, enemigo de que se antepusiese de una manera formal la razón á la fe, y prefirió el método de San Anselmo al de Roscelino y al de Abelardo; pero de hecho y realmente esprimió cuanto pudo, con el descabellado intento de hacer brotar las aguas de la creencia, el cisquero de piedra de su especulación: *ex pumice aquam*. Hallábase tan dominado por el formalismo dialéctico y la obsesión de probar científicamente los llamados «preámbulos de la fe», que los conceptos más notables y las opiniones más importantes que hoy sus discípulos le señalan, son aquellas en que más claramente se descubre su criterio anti-sentimental y anti-prasológico. En una palabra, antes tienen derecho los racionalistas modernos á considerar á Santo Tomás como uno de sus precursores, que los cristianos á ver en él un creyente verdadero. Me sería fácil multiplicar los testimonios en apoyo de esta afirmación: sólo citaré uno tomado de la *Histoire des ouvrages des sages*. En el año de 1701 los padres del oratorio de Vendome sostuvieron en una tesis esta proposición: que según Santo Tomás, la existencia de Dios no es ni puede ser concerniente á la fe: *Dei existencia ne ad fidem attinet, nec attinere potest juxta sanectum Thomam*.

Convengamos en que este racionalismo era mucha filosofía para la Edad Media; pero hay algo más interesante y es que,

en sentir de Santo Tomás, los tales *praeambula fidei*, sin dejar de ser demostrables por la inteligencia, entran en el amplio cuadro de la revelación. ¿Se quiere saber por qué? ¿Se pregunta á qué causa obedece tan en apariencia inútil anomalía? La explicación es sencilla, responde Santo Tomás. Para que esas verdades que son accesibles por la vía de la demostración imperasen de una manera igualmente exacta en todos los entendimientos, se necesitaría cierto grado de cultura y de buena disposición moral que sirviera de punto de partida á la razón y á la voluntad. ¡Considérese ahora el espíritu negativo de los sabios incrédulos, ó el sentimiento malévoló de los corazones pervertidos, ó sólo el estado intelectual de la inmensa mayoría de los hombres! ¿Habrán de llegar, cuando hasta el tiempo les falta, al conocimiento de esos principios superiores, sin incurrir en equivocaciones lamentables, como nos muestra la experiencia? He aquí por qué Dios, en su infinita previsión, dispuso que aun en aquellas cuestiones de carácter más filosófico que teológico fuese fijado por el dogma lo sustancial de las ideas. *Salubriter ergo divina providit clementia ut ea etiam quae ratio investigare potest, fide tenenda praeciperet, ut sic omnes de facili possint divinae cognitionis participes esse, et absque dubitatione et errore* (1). Con todo, el método de que la mente se sirve para afianzar semejantes ideas no se diferencia en nada del que emplean todas las ciencias especulativas, puesto que echa mano del razonamiento combinado con los axiomas de la metafísica y de la lógica.

Santo Tomás explicó de una manera plausible la relación puramente negativa de la credibilidad de los dogmas con su realidad objetiva. No se trata de demostrar por la ciencia lo que no le pertenece y está fuera de ella: se trata sólo de saber si sus conclusiones y las conclusiones de la teología conservan aquella armonía de no oposición tan distinta de la identidad. Según Santo Tomás, en esto de los misterios, una cosa es la

(1) *Cont. Gent.*, l. I, c. 4.

obscuridad y otra la contradicción. La razón no puede ser aquí más que auxiliar, y tomarla como principal guía, como primer actor, es invertir el orden y dar al traste con ella, y con la revelación, sometida *contra jus* á baja é innoble servidumbre. Así como no debemos admitir de lo inexplicable del mundo sobrenatural sino lo necesario para la economía del orden de la gracia, tampoco debemos emplear en la confirmación de este orden el de la naturaleza sino en muy contados casos. En suma: en materia religiosa hay que adorar lo incomprendible y desechar lo absurdo (1). De este modo reduce Santo Tomás la misión del apologista cristiano ante el racionalismo radical á probar que las verdades dogmáticas no son intrínsecamente contradictorias, con lo que cree tener derecho á añadir que son realmente verdaderas. Pero ¿por qué, cabría replicársele, ha de poseer realidad una cosa por el mero hecho de no repugnar al pensamiento? Aquí Santo Tomás emplea todos los recursos de la criteriología teológica, tratando de demostrar la realización de lo sobrenatural en el mundo, terreno escabroso adonde no hemos de seguirle y cuya exploración nos haría salir de los límites de nuestro objeto. Conocidas son las aplicaciones que Santo Tomás hizo de aquellos principios á la hermenéutica y á la exégesis. Todo su conato fue demostrar que entre el sentido de los textos sagrados y el alcance de los descubrimientos científicos existe una analogía indubitable. No creía más que para razonar y dar cima á la obra de hermanamiento y de concordia que tenía la persuasión de cumplir.

Tal es el sobrenaturalismo armónico de Santo Tomás, y no puede negarse que representa y constituye el más poderoso esfuerzo hecho por la ciencia medioeval para establecer una conciliación duradera entre Aristóteles y el Cristianismo. La principal originalidad de Santo Tomás está en haber creído

---

(1) Víctor Hugo se hizo solidario de estas ideas desde un punto de vista aún más amplio al hablar de «defender el misterio contra el milagro».

que la filosofía humana y la filosofía divina pueden y deben armonizarse, y que la revelación no tiene por objeto aniquilar la razón, sino completarla. Este punto de vista era nuevo en la Edad Media y coloca á Santo Tomás muy por encima de los demás filósofos de su tiempo, que querían absorber en la teología todas las ciencias. El platónico Gante era enemigo de todo estudio que no fuese sagrado, que no tuviese carácter sacerdotal; á su entender, debería reprobarse el cultivo de la filosofía, siempre que se encaminasen sus investigaciones al conocimiento inmediato de la verdad ó realidad de las cosas: *propter scire natura rerum*, como taxativamente dice. Lulio se esforzó en dar carácter práctico á todas las ramas del saber (1) y censuró á los teólogos y paladines de la dialéctica abstracta que se entretuvieron en disputas estériles, en lugar de ocuparse en convertir infieles; pero, con ser entre los escolásticos el que más preferencia dió á la filosofía experimental, no aconseja á su hijo que se dedique á la geometría, aritmética ni astronomía, porque ocupan el entendimiento del hombre, *que debe amar y contemplar á Dios*. Abelardo, desde otro punto de vista, había hecho inconscientemente aplicación de estas ideas al subordinar todas las ciencias á la de la divinidad, y tal conducta aparece justificada en el tratado de San Buenaventura *De reductio artium liberalium ad theologiam*. Santo Tomás, por el contrario, concede y consigna á la razón un puesto honroso en su sistema y la invoca con demasiada frecuencia á veces. Encuentra en el espíritu humano una luz natural para percibir la verdad y guardándose de apagarla, la esclarece aún más por la revelación, sobre la que está fundada su filosofía. Y el mismo de quien se cuenta que necesitaba confortar su espíritu con la lectura de la vida de los santos para que no le hiciese perder su piedad el continuo manejo de los libros de los pensadores paganos, acepta y depura el saber

---

(1) Boerhaave, el célebre químico, presenta á Lulio como modelo de observación é investigación científica.



gentílico para hacerle respirable, potable y comible para los espíritus creyentes, y lo concuerda con la religión ó con la teología, que es su ciencia. El defecto de Santo Tomás consistió en ser más racionalista que místico, y su principal error estuvo en haber supuesto que todo lo que no cae bajo la esfera de la fe, es demostrable y puede ser objeto inmediato de investigaciones de la razón. Haciendo de la metafísica una ciencia extraña á la moral, y de la moral, sin embargo, una consecuencia de la metafísica ó un arte basado en la mera razón, Santo Tomás ha acercado la filosofía á las demás ramas del saber por su método, pero la que él presentó carecía de solidez, pues la metafísica no puede construirse con la sola ayuda de la experiencia y de la lógica, como la física y la geometría, antes al contrario, necesita ser aceptada y justificada por los ideales prácticos de la voluntad. Para hacer de la metafísica una ciencia teórica y no una ciencia basada en la ética, no basta hacer ver que hay verdades abstractas á las que cabe llegar por el camino de la especulación pura: se necesita demostrar también que nuestro ideal filosófico de la realidad está más conforme que el empirismo sacado de las observaciones á la naturaleza de las cosas, y esto fue lo que no hizo Santo Tomás, como no lo habían hecho tampoco sus predecesores. Filósofos más místicos ó menos racionalistas contribuyeron en el corazón de la misma Edad Media á llenar este vacío de la filosofía tomista, haciendo de la razón una facultad subordinada á la voluntad, no para producir de esta suerte el aniquilamiento, sino el exaltamiento de la fe y de la verdadera revelación.

En cuanto á la argumentación que la ortodoxia oficial aduce en el terreno de las ciencias naturales, trayendo á colación las opiniones y simpatías de los hombres de ciencia que en los últimos tiempos vienen apoyando la revelación en un sentido sobrenaturalista, no la creo de más valor que la fundada en la autoridad de Santo Tomás. Preciso es distinguir tiempos y circunstancias. No basta que los grandes sabios del

siglo xvi fuesen religiosos para probar por la ciencia la verdad de la religión. Puede que Newton sea más grande que Laplace; puede que Linneo sea más grande que Darwin; pero no es él quien dirige nuestro pensamiento. Si la ciencia ha de hacerse religiosa y la religión científica, conviene que esta última se atenga en lo posible á los adelantos y descubrimientos de la primera.

La consecuencia capital que de los principios sentados debemos deducir, es opuesta á la que tienen por costumbre deducir los positivistas contemporáneos. Formula su parecer el Dr. Plaza, escribiendo: «En otro tiempo, las sociedades se forjaban con dogmas. Según se concebía el Olimpo, así se organizaba la ciudad. Hoy los dogmas tienden á dejar lugar á la ciencia. ¿Qué resulta de ello? Que ayer la ciencia constituía solamente el noble recreo de algunos hombres acomodados; hoy es el manjar de poblaciones enteras. En otro tiempo para darse cuenta del estado más ó menos avanzado de una nación, lo mejor era informarse de sus creencias religiosas; hoy basta preguntar cuáles son sus grandes hipótesis científicas.» En el mismo tono cantan y recantan muchos materialistas.

Fácil es al lector hacerse cargo de las inexactitudes en que el Dr. Plaza hace reposar sus afirmaciones. En primer lugar dice que *para darse cuenta del estado más ó menos avanzado de una nación en la actualidad, basta preguntar cuáles son sus grandes hipótesis científicas*. He aquí la primera inexactitud; porque las «grandes hipótesis científicas» no son el producto de una nación, y hoy, con el internacionalismo intelectual y la división del trabajo, menos que nunca: son el patrimonio del género humano. En nuestros días se ha hecho cuestión de patriotismo la religión, la política y hasta el arte, pero no la ciencia. Por otra parte, ni el estado de un país tiene con la ciencia más relaciones que las que tiene con la moral y con todos los elementos sociales, ni la ciencia se puede nacionalizar, como no se puede individualizar en sentido determinado y de una manera propia. «Un niño cree que puede coger la luna

con las manos, sin que por ello disminuya el valor de la ciencia; porque ésta no se reduce al saber de un niño, ni al de un hombre, ni al de un pueblo, sino que es el saber de la humanidad. No es el saber de Aristóteles ni de Galeno, ni el de Newton ó Cuvier; no es tampoco el saber del siglo XIX, ni el de una época determinada» (1). «Es propio de la ciencia ser *impersonal*... No es patrimonio de Platón, de Aristóteles, de Agustín ó de Leibnitz: es patrimonio de la humanidad. Y si Platón ó Leibnitz han mezclado á su ciencia alguna cosa demasiado personal, muy particular de su genio propio, en esto precisamente se han engañado de ordinario... La ciencia no vive, no se afirma, no se desenvuelve sino por comparaciones. Una idea no tiene valor sino cuando ha sido examinada, comprobada, adoptada por un gran número de espíritus. Los hombres de genio no tienen sino un privilegio, el de encontrar más fácilmente las nuevas ideas» (2).

La religión, por oposición á la ciencia, es ante todo individual, y sin embargo, su trascendencia á la sociedad es inmensamente mayor. Esto depende de sus mayores relaciones con la moral.

En mi sentir, los sucesivos fracasos de cuantas tentativas para conciliar la revelación y la razón se han hecho hasta hoy, depende, más que de nada, del equivocado concepto que de ambas tienen la generalidad de los pensadores. Confundiendo la revelación de una secta determinada, que es temporal y excepcional, con la verdadera revelación divina que nace de la directa relación del hombre con Dios, con la verdad religiosa, que es de suyo universal, se ha podido acudir á una intervención sobrenatural de la divinidad en el origen de la naturaleza humana. Nosotros, sin embargo, no tenemos necesidad de semejantes medios. La revelación no es una ampliación artificial de la razón, es la razón misma. Ver en ella una aparición pasajera de la Divinidad, creer que el Creador ha agotado su

(1) Moleschotl: *Kreislant des lebens*, c. II.

(2) Domet de Vorges: *Essai de metaphisique positive*.

poder en épocas pasadas, suponer de buena fé que Dios se ha mostrado una vez al hombre para no mostrarse jamás, sería absurdo y temerario. El Sér Supremo vive siempre en nosotros, y adquirir conciencia de lo divino es sentirlo, realizarlo, reconocerlo en nuestra propia conciencia.

La conciencia del hombre es una revelación perpetua, sostenida por la persistencia de las primeras verdades de la razón. En sus propias luces ve lo divino como una realidad inalterable. Sólo considerándola como un hecho universal y permanente, puede explicarse su inmediatez y su posibilidad. En cuanto á su confirmación y su subsistencia, está en su misma generalidad espiritual. Hállase, en efecto, muy arraigada en el espíritu humano para que se pueda temer perderla. Sin embargo, si ha de manifestarse según su propia ley, preciso será que evite, como en lo antiguo, exponer los símbolos en misterios. Ella, que ha sido la que ha favorecido y ayudado en parte en los tiempos pasados el desenvolvimiento intelectual de la humanidad, ella será también la que en lo porvenir la guíe hacia un mundo superior de paz, respecto al cual no es la tierra sino un lugar de preparación y de lucha (1).

(1) El que desee más ampliación acerca de este punto, puede consultar las muchas obras que sobre el particular ha producido la pluma de los más ilustres pensadores europeos. Entre otras varias, recuerdo las siguientes: Moigno, *La foi et la science*.—Leonhardi, *Religion und Wissenschaft*.—Wagner, *Wissenschaft und Glaube*.—Vogt, *Köhlerglaube und Wissenschaft*.—Schelling, *Philosophie und Religion*.—Feuerbach, *Philosophie und Christentum*.—Maret, *Philosophie et Religion*.—Wisseman, *Conferencias acerca de las relaciones entre la ciencia y la religión revelada*.—Raulica, *La raison philosophique et la raison catholique*.—Segur, *La foi avant la science moderne*.—Rodrigo, *Los principios católicos ante la razón*.—Almeida, *Armonía de la razón y de la religión*.—Sala, *Influencia del Cristianismo en las ciencias*.—Draper, *History of the conflict between religion and science*.—Smhed, *La Iglesia y la ciencia*.—Orti Lara, *La ciencia y la divina revelación*.—Nicolás, *La raison et l'Évangile*.—Rubio Ors, *Supuestos conflictos entre la religión y la ciencia*.—González, *La Biblia y la ciencia*.—Zahm, *Bible, science et foi*.—Mir, *Armonía entre la ciencia y la fe*.—Comellas, *Demostración de la armonía entre la reli-*

La filosofía no establece, por lo tanto, un abismo infranqueable entre la ciencia y la fe. A condición de que esta última deponga sus pretensiones sobrenaturalistas, la primera reconoce su derecho á existir. La fé es la fuerza total expansiva del alma, lo que los alemanes han llamado con cierto sentido restringido *gemuth*, y sin ella, la unión de lo espiritual y de lo sensible no puede realizarse de un modo franco y verdadero.

La ciencia misma requiere fé, creencia en lo no comprobado; *fe científica*, que es la condición del progreso de todo conocimiento. «El hombre—dice Goethe—debe creer con firmeza que la incomprendibilidad se hará comprensible: sin ello, cesará de escrutar.» La religión, á su vez, necesita de la ciencia. «No se ha reconocido hasta hoy—escribe acertadamente Lubbock (1)—el inmenso servicio que ha prestado la ciencia á la causa de la religión. Muchas personas excelentes, pero de espíritu estrecho, miran aún la ciencia como hostil á la verdad religiosa, cuando en realidad no lo es sino al error religioso. Es indudable que siempre se ha opuesto á los que sostienen afirmaciones contradictorias, escudándose en el misterio, y á cuanto no sean las concepciones más elevadas del poder divino. Pero se acerca la hora en que todos reconocerán que, lejos de ser contraria á la religión, la verdadera religión es imposible sin la ciencia; y si consideramos los varios aspectos que ofrece el Cristianismo en las diversas naciones que lo profesan,

---

*gión y la ciencia.*—Cornoldi, *La conciliación de la fe católica con la verdadera ciencia.*—Pulido, *Armonía entre la religión y la ciencia.*—Laja, *Armonía entre la revelación y la ciencia.*—Malvert, *Science et religion.*—Ruchet, *La science et le Christianisme.*—Barthelemy Saint-Hilaire, *De la philosophie au rapport à la science et à la religion.*—Heinrichs, *Religion und wissenschaft.*—Frohschanmer, *Christentum und naturwissenschaft.*—Schmick, *Ein wissen für feinen gläubigen, Kunis, Vernunft und offenbarung.*—Drossbach, *Die harmonie der ergebnisse der naturforschung*, etc. Citemos, además, la revista alemana *Natur und offenbarung*, la italiana *Scienza et fede*, la antigua española *Razón y dogma* y la novísima *Razón y fé*, con otras muchas que sería prolijo enumerar.

(1) *Origin of civilization*, c. 7.

no podremos menos de admitir que la dignidad, y, por consiguiente, la verdad de las creencias religiosas de esos pueblos está en razón directa de su adelanto científico y de su conocimiento de las grandes leyes físicas que rigen nuestro universo.»

La mitología—y siento no poder desenvolver aquí este tema tan interesante—prueba que el origen de las primitivas religiones debe buscarse, no en el noble y elevado sentimiento del hombre actual que ha reconocido á Dios en el santuario de su alma, sino en el egoísmo puro, que se manifiesta bajo forma de temor en la adoración á los genios del mal, y bajo la forma del instinto ó deseo del bienestar personal y material en la creencia en divinidades benéficas. No cabe duda en este punto: ahí está la Historia para mostrar la exactitud de nuestro aserto. La religión que ha llegado á ser—y debe ser en realidad—la manifestación más sublime del espíritu humano, la expresión de relaciones superiores al arte, á la ciencia, al derecho y á la moral, fue en un principio el símbolo de las emociones más bajas de nuestro sér. De aquí han querido deducir los *científicos* modernos que la religión es una de aquellas instituciones puramente rudimentarias que, como otras muchas, ha pasado á la historia, y que no quedará para el porvenir más religión que la ciencia misma, en cuanto relación inmanente y positiva del hombre con el universo (del cual es fruto ó resultado) sustituida á la imaginaria relación de su espíritu con un Sér extra-físico. Paréceme que los que tamaño absurdo proclaman, no se han dado cuenta de lo que dicen; preciso es que les falte algo en el corazón ó en la cabeza, ó que su alma sea un témpano, para que quieran persuadirse á sí mismos de que el hombre no es más que inteligencia. En cuanto á la objeción sacada del *origen* supersticioso de las religiones, como prueba de su inconsistencia é insubsistencia, es un recurso tan pobre y miserable, que no se concibe cómo ha podido ser tomado en consideración por hombres que de pensadores se precian. Es, en efecto, una lógica que honra altamente á los partidarios de la CIENCIA, decir con aire de triunfo y de desdén:

Vedlo; la tendencia que arrastró á los hombres hacia esa religión que vosotros colocáis en la cima de los intereses de la humanidad en calidad de directora, no fue sino la ignorancia, la barbarie, la superstición, el deseo egoísta, el necio temor á lo desconocido. Tal es la última palabra de los sectarios científicos sobre el problema religioso. Ahora bien; aplicad ese razonamiento al *origen de la ciencia*, y veréis cuánto era el desinterés, la elevación y la grandeza de sus primitivos cultivadores. ¿Acaso no demuestra la sociología que en el comienzo de la humanidad todo era rastrero y limitado como el espíritu mismo del hombre? Las ciencias, y especialmente las que tienen por objeto el mundo visible, han nacido, más que del amor desinteresado de la verdad que hoy ostentan, de la influencia de las relaciones externas y de las necesidades físicas del hombre, que obligaron á éste á procurar, por todas las vías posibles, medios de subsistencia y comodidad conque contrarrestar su debilidad y su miseria nativas. Este hecho, que puede todavía observarse en los pueblos salvajes (1), donde las cien-

---

(1) No sólo en los países incultos, sino también en las tribus nómadas, en las clases bajas de nuestra sociedad europea, y en muchas naciones del Nuevo Continente se nota y presenta el sentimiento de repugnancia hacia los estudios de carácter especulativo. «Aquí, como en muchas comarcas de Europa—escribía Humboldt cuando viajaba por la Guyana—á las ciencias no se las juzga dignas de ocupar la inteligencia más que en tanto que pueden contribuir inmediatamente al bienestar de las sociedades. ¿Cómo creer—me decía un misionero—que hayáis abandonado vuestro país para venir á estas playas, exponiéndoos á ser devorado por los mosquitos, y para medir tierras que no os pertenecen?» «Nuestras costas—añade Spencer—ofrecen parecidos ejemplos. A orillas del mar no hay naturalista que no sepa con qué desprecio miran los pescadores las colecciones hechas con el microscopio y el acuario. Tal es su incredulidad sobre el valor que pueden tener, que con dificultad llegan por el cebo de la ganancia á conservarlos en lo último de sus redes.» Y sin acudir á testimonios ajenos, ¿quién no ha oído de labios de algún filósofo popular que la ciencia, sin aplicación, es estéril, y que es preciso que la teoría se deduzca de la práctica, y no ésta de aquélla? ¿Quién no comprende, por otra parte, que tal debió ser el modo de pensar del hombre

cias aparecen en su forma rudimentaria de artes, y artes útiles, es una de las razones más significativas que abonan la excelencia y superioridad de los estudios especulativos sobre los puramente experimentales. La mecánica estática tiene su origen en el arte de las construcciones, y ésta, á su vez, no nació sino de la necesidad que el hombre primitivo tuvo de levantar viviendas, donde poder preservarse de la acción de los elementos; las leyes de la balanza y la palanca sólo merced á los progresos del comercio y de la arquitectura pudieron ampliarse. Los primeros esbozos de la astronomía están en los trabajos hechos para fijar la época de las fiestas religiosas, enlazar las estaciones y determinar con arreglo á las necesidades agrícolas, industriales y sociales, una cronología basada en el curso aparente del sol. A las mismas matemáticas se las puede señalar un origen, no todo lo elevado que pudiéramos creer de primera intención, dado su carácter racional y deductivo. Nadie ignora que el álgebra apareció con mucha posterioridad á la ciencia de la extensión; que las reglas fundamentales de la aritmética se perfeccionaron gracias á la práctica de los cambios; que la geometría no fué en su principio sino una mera agrimensura, como su misma etimología indica; y que las inundaciones periódicas del Nilo, al borrar los términos ó linderos de los terrenos y heredades que había que volver á repartir, dieron margen á que en los egipcios se desarrollara la afición al arte de medir, y, por lo tanto, á los estudios geométricos. Todas las ciencias, en una palabra, aunque hoy noblemente penetradas de su ideal puro, que es la verdad, se han presentado en la infancia del género como manifestaciones del egoísmo y de las exigencias de la vida física.

Pues bien: la religión, de igual modo que la ciencia, que el arte, que la moral, si nació y deriva de la necesidad, cada vez

---

primitivo, puesto que aún se manifiesta en sus construcciones y en los monumentos que atestiguan sus costumbres? Podemos, pues, afirmar con Cicerón que el arte nació de la contemplación de la naturaleza, que la observación presidió al arte, y que la ciencia vino posteriormente.



acercándose más á la libertad bajo forma de fe; cada vez va mejor comprendiendo el principio de esta fe y sus verdaderas consecuencias en la vida, en la acción, en la práctica; á la revelación sobrenatural de sus antiguas formas va poco á poco sustituyendo esa revelación individual y social, por la que empieza á identificarse con el fondo de la realidad infinita, objeto de sus adoraciones. Esperemos que tan saludable evolución continúe hasta resolver en elevada síntesis los conflictos entre la inteligencia humana y sus divinas aspiraciones, y que la fé marche paralelamente á la ciencia hasta unirse con ella en el infinito. Así «se conocerá la verdad, y la verdad nos salvará».

En resumen: en el pensamiento de los sentimentalistas como en el de los intelectualistas, hay verdades de perdurable realidad, ideales esenciales á toda dogmática humana, algo que no negará religión alguna del porvenir. Pero el método sentimentalista, de igual modo que el intelectualista, no levanta la fe sobre la ciencia, sino sobre las ruinas de la ciencia. Por eso me inclino decididamente al método *prasológico*, que hace de la fe una relación de voluntad para conciliarla con la razón. Supuesta la definición que de la fé he dado: facultad de suplir con arreglo á las necesidades y á los ideales de la moral las lagunas de nuestro saber, bien se echa de ver que será tanto más perfecta cuanto menos se aparte de la verdad que está conforme con la moral. Queda, pues, reducida la fe á una esfera en que no es lícito á la ciencia penetrar sin rebasar sus límites. Este criterio podría aplicarse á la revelación evangélica y á la metafísica, y dar lugar desde luego á una organización más completa de toda la religión cristiana.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

# CURIOSIDADES NUMISMÁTICAS

---

## IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE LAS MONEDAS

Cuantas veces me ocupo en trabajos numismáticos, tantas otras el afán por la cultura patria, aguijonea mi espíritu llenándole de pena y despecho; que todo esto produce el ver cuán baldío se encuentra el campo de esta ciencia en lo que á España se refiere.

Extraña es en nosotros la apatía por estos estudios en los tiempos presentes. Cierta género de conquistas las hicimos, y por desgracia las dejamos perder; hay sin embargo, otras no menos dignas de nuestro carácter vigoroso, y sería imperdonable el que nos cruzáramos de brazos, soñando aún con lo que no tiene remedio. Estas son las conquistas de la ciencia arqueológica que tanto honor y gloria dan á los extraños.

Alguno arguirá que la aridez de estas ciencias, no se aviene con nuestra soñadora fantasía, ni menos con ese nuestro afán de hacer broma sobre lo que no nos conviene aprender.

No hace mucho, hablando á un amigo de mi propósito de vulgarizar la ciencia numismática, me decía con cierto gesto despreciativo: «Por más que apretes en el estudio de esa ciencia, sólo sacarás al fin de tu vida, la cabeza caliente, los pies fríos y las manos llenas de cardenillo». Yo creo que la profecía podría tener algún viso de verdad, si me concretase á repasar esa multiplicada serie de catálogos numismáticos, especie de letanías profanas, que con el juego de las palabras *anverso* y

*reverso* y otras pocas más, llenan volúmenes y volúmenes que agotarían de seguro la paciencia del español más cachazudo, si quisiera repasarlos así de secos como están: pero ni ese es mi propósito, ni es tal el camino por donde se puede atravesar este campo.

No pretendo hacer nuevos descubrimientos, ni dar noticias sensacionales; sólo quiero exponer á mi modo, mi peculiar manera de ver en las monedas, que tal vez difiera en algo de lo que otros han visto.

Es verdad, que veo en la numismática una como rama seca desprendida del árbol de la historia, pero esta sequedad me anima, porque entiendo que del palo seco ya curado, y no del verde y sin formar, es de donde se sacan las obras de más duración y consistencia. Veo en mi salón de numismática un como cementerio de la historia; más no retrocedo ante sus tristezas, porque sé que en los cementerios es donde mejor se estudia la verdadera vida.

Quiso la Providencia, antes de traerme á este campo de estudio, llevarme por otros en que mi fantasía se espaciaba con sobrada holgura, y mi espíritu giraba en vertiginoso vuelo por extensiones sin límites; y esto, sin duda con el propósito de que al llegar aquí, no estrellara mi vista en unos gramos de metal acuñado, ni mi alma se amarrase definitivamente con las coyundas de cuatro líneas numismáticas. Por esto, en las primeras ojeadas que dirigí á las ciento cincuenta mil monedas del Museo Arqueológico, no ví piezas de metal exclusivamente, no: vi al mundo entero, resurgiendo ante mí para obsequiarme con el más grandioso espectáculo.

Al levantar una moneda de su sitio, parecíame levantar la losa de un sepulcro y ver salir de él llenos de vida, aquellos guerreros celtíveros con el escudo al brazo, lanza en actitud de acometer, y caballo á galope, que cualquiera puede ver examinando las monedas autónomas de España. Yo veía al Emperador romano sobre cuadrigas de leones ó caballos, entrar en el fragor de la batalla, ó recibir el aplauso de la victo-

ria; veía al águila real remontarse al cielo, llevando sobre sus alas á la Emperatriz ó Reina, que de este modo lega al porvenir una página viva de las altiveces de su corazón; veía en el correctísimo grabado de las monedas griegas, á una pléyade de génios, que llegaron al no más allá en las obras artísticas; veía en la ruda labor de las monedas visigodas, la feroz acometida de los bárbaros del Norte; y en los amontonados gurrapatos de las piezas árabes, el aluvión agareno que en pocos meses apenas dejaron un terrón español sin removerle en el nombre de Allah, veía .. que se yo lo que ví; y todavía lo estoy viendo y soñando, y precisamente eso es lo que quiero divulgar, para que mis compatriotas se animen á sacudir añejas y punibles indiferencias, y haciendo hincapié en terreno firme, puedan asomarse sobre la cumbre de los Pirineos, con el propósito de ver lo que en las naciones de allende se trabaja en estas clases de estudios, que no son áridos, sino al contrario muy amenos y gustosos, cuando se paladean en ciertas condiciones.

Solamente á sabios infatuados (si es que estas dos palabras caben en un concepto), he oído frases de desprecio para la ciencia numismática; los compadezco conveñido de que su presunción les lleva hasta poner en práctica aquel vulgar adagio latino: «*Quod non intelligo nego*»; y efectivamente sólo el no entender, puede ser el origen de estos ridículos desprecios. Ninguna rama de la Arqueología es tan completa y transcendental como la numismática; porque al ocuparse de las monedas y medallas consideradas en todos sus aspectos y relaciones, arroja torrentes de luz sobre cien y cien mundos que pasaron con sus leyes, con sus artes, con su religión, con todo ese inmenso bagaje de cosas grandes y pequeñas que las generaciones necesitan al recorrer el camino de su vida.

Otras ciencias auxiliares de la Historia, se concretan á un punto determinado; la numismática recorre todo su campo y prueba con irrecusables datos el grado de prosperidad ó decadencia de los Reyes; el progreso de las artes; la riqueza de los pueblos; la fecundidad de los campos; todo, todo, hasta las ex-

cenar más familiares, más íntimas, como el peinado de la matrona romana, el vestido del guerrero, las crápulas de los Césares, las virtudes de los genios; de ahí que la numismática se pudiera definir: Ciencia que por medio de las monedas y medallas ahonda en la historia de los pueblos, poniendo patente á los ojos de los modernos la verdad escueta de lo que fueron los antiguos.

Siendo esto así, á una colección notable de numismática general, no puede con propiedad atribuírsele como á la historia el epíteto de espejo que refleja la vida pasada, sino el de calco fiel y vivo de una cosa que murió. La numismática no es una voz ó un eco, es una huella del paso de la humanidad por el mundo. Eckhel (1), el rey de la ciencia numismática, calculaba en setenta mil el número de tipos importantes representados en las monedas antiguas: desde entonces á hoy, y según cálculos modernos, pasan de setecientas mil las variedades (2) que representan las monedas conocidas, y cada variedad supone un dato nuevo y auténtico de la historia de las pasadas edades. Siendo esto una verdad palpable, ¿qué otra rama de la historia puede presentar setecientos mil datos, sin mentira, para servir al estudio? ¿Dónde podrá encontrar el espíritu humano más puntos de apoyo para hacer discurrir á su cerebro, sentir á su corazón, volar á su fantasía?...

No cabe, pues, duda, acerca de la importancia de la numismática, ciencia que abarca tanto, que en ella se encierra casi todo el mundo habitado, y de seguro que su misma extensión es la causa de que se la mire siempre á gran distancia, pues de cerca desvanece, ofusca, oprime; los que entran de lleno en su campo, deben ir armados con todas las armas que presta la energía humana; porque de allá adentro, entiendo que se debe salir sabio ó loco; por esto, muchos al dar los primeros pasos,

---

(1) Escribió á últimos del siglo XVIII.

(2) En el siglo XVI, W. Sazius anunció la publicación de 700.000 variedades.

tiemblan, deshacen el camino y se quedan mirando desde la puerta. Lleno está el mundo de aficionados á la numismática, pero numismáticos célebres, uno, dos, tres, pocos, muy pocos, como los Alejandros, Césares y Napoleones. El numismático que sea verdaderamente tal, necesita una facultad comprensiva tan avasalladora como la espada de aquellos guerreros.

Con la importancia de la numismática corre parejas su utilidad. Las estatuas y edificios de los antepasados que en tanto se estiman, encierran menos utilidad práctica que las monedas; porque el tiempo, avaro de su gloria, cada día va convirtiendo en ruinas lo que tiene de más glorioso, y así pocos monumentos de esta clase sobreviven á la acción destructora del tiempo que pasa; en cambio, las monedas resisten esta acción, dejando pasar sin inmutarse aquel que se contó entre la época de las Olimpiadas como si fuera el día de ayer.

Para consolidar la memoria, nada más útil que los estudios numismáticos. Al hombre ya formado á quien cueste trabajo reconstituir un período histórico, le garantizo el dominio completo de ese período, con el sólo hecho de hacerse cargo de las monedas que durante él se acuñaron.

El actual furor de coleccionar sellos, tarjetas postales, etc., con tener no poca utilidad, está muy lejos de la que resulta de coleccionar monedas, y hasta estoy por asegurar que esta manía por tales colecciones modernas, implica cierta degeneración y frivolidad de la raza: el mérito de las cosas estriba en su duración, no en su belleza actual precisamente; si así no fuera, la colección de gotas de rocío sobre diversas flores, sería la de más mérito en el mundo; pero estas gotas pasan pronto, y lo que así pasa, lleva siempre un sello de tristeza y desaliento. Fijándonos, pues, en el mérito que da la duración, apenas se encontrará colección que aventaje á la de las monedas, y resulta más útil lo que con provecho se puede usar por más tiempo. El insigne numismático Babelón (1), queriéndose des-

(1) *Traité de monnaies grecques et romaines*. Paris, Ernest Leroux, 1901.

cargar del complicado trabajo que supone la detallada enumeración de las utilidades de la numismática, presenta un ejemplo que reasume lo que necesitaría un extenso volumen. «Entre otras muchas ciudades—dice—que nos servirían para igual prueba, fijémonos en la ciudad de Efeso y estudiémosla con los solos datos que presta la numismática.

»Disponiendo cuidadosamente las monedas por orden cronológico, se puede seguir paso á paso la historia del arte en la capital de la Jonia; en ellas se ve palpablemente el origen de este arte, la época de su florecimiento y la de su decadencia; se pueden del mismo modo apreciar los dioses venerados en esta ciudad, como la Artemisa efesiana, y sus símbolos el ciervo y la abeja; Zeus y Apolo; divinidades alegóricas como el Dios del monte Pion, y los Dioses-Ríos, Caitro, Cenchrio y Marnas; igualmente, diferentes episodios de leyendas relativas al establecimiento de los jonios en el Asia Menor. Vemos asimismo á Coreso, fundador mítico del templo de Artemisa, y hasta á Heráclito, el filósofo de la melancolía.

»Para la historia política, se recorren en las monedas todas las fases por que atraviesa Éfeso, unas veces sufriendo la supremacía de Atenas ó la dominación persa, otras aliándose con Rodas, Cunide y Samos; tambaleándose en ocasiones entre la monarquía y la democracia; hiriendo en otras en nombre de Alejandro, de Sisímaco, de los Seleucidas ó de los Tolomeos; ora toma mal de su grado el nombre de Arsino y de Euridicea, ora recobra su nombre de Éfeso; en un tiempo, abre sus talleres en favor de los Reyes de Pérgamo; en otro, hace alianza con Mitrídates, y en fin, acoge en su puerto la galera que conduce al Cónsul romano que ha de imponerla leyes.

»Gran número de estos acontecimientos cuyo recuerdo existe en las monedas, sólo por ellas nos son conocidos.

«En el orden económico vemos en las monedas, que Éfeso adopta poco á poco el sistema asiático ó el fenicio, el rodio ó el ático, adaptando al valor de sus especies, las ventajas del comercio exterior.

»Nada habla la historia de las diversas alianzas comerciales de Éfeso, y sin embargo, por las monedas consta que esta ciudad se asoció para tal fin con Arado de Fenicia, con Alejandría de Egipto, con Cirica, Smirna, Mítiline, Pérgamo, Mesembria y otras muchas ciudades; y en las monedas se revelan las ligas hanseáticas de que la Edad Media no tuvo el secreto y cuya historia está por escribir.

»En cuanto á los anales municipales de Éfeso, vemos reconstituídas sus bases esenciales por la serie de Prytanos (1), cuyos nombres (cerca de cuatrocientos) constan en las monedas.

»Las monedas de Éfeso enumeran, además, la serie de Procónsules romanos de la provincia del Asia con la fecha de su cargo, y además el nombre dado á diferentes Magistrados locales, como el *grammatenus*, el *archirenus*, el *hierenus*, el *episcopos*, señalando la cronología de los textos en inscripciones donde estos personajes se encuentran mencionados.

»Y Éfeso—concluye el autor—no es una excepción, pues del mismo modo podrían recorrerse por las monedas muchas otras ciudades del mundo helénico, y de idéntica manera reconstruir su historia».

Sobre una diversión útil para que pueden servir las monedas, escribió una obra el inglés José Addison, traducida al español por Pedro Alonso O-Crouley. (2); y este trabajo aunque es por su asunto demasiado acomodaticio, tiene, sin embargo, cosas que entretienen, y ayudaría á quien siguiera sus huellas á gastar el tiempo próximamente con la utilidad del que se divierte viendo representar comedias clásicas.

Describe, por ejemplo, el reverso de una moneda de Claudio I, que representa á la Esperanza en una mujer que marcha llevando una flor en la mano derecha y levantándose

(1) Nombre de ciertos Magistrados que entendían en asuntos criminales.

(2) Diálogos sobre la utilidad de las medallas antiguas, principalmente por su conexión con los poetas griegos y latinos.



el vestido con la izquierda teniendo la inscripción *Spes augusta*; y en vista de esto, Addison consulta los poetas antiguos y dice: Esta moneda coincide con la descripción de Ovidio. Met-Lib-1-en estos versos:

Cual si el galgo veloz entre barbecho  
 Ve la liebre ligera,  
 Él su presa confía,  
 Y ella su libertad á la carrera  
 Con gran duda porfía,  
 Y alcanzarla presume  
 Alargando á sus huellas el hocico,  
 Mientras ella cual presa se comprime,  
 Y burla el diente de que está mordida;  
 Así sucede al Dios y á la doncella,  
 Por esperanzas él, por temor ella.

El buen inglés concluye que no puede haber emblema más acertado para la descripción de lo que es la esperanza y el temor representados en este reverso, y luego lanza otros versos para explicar el emblema de la flor, y luego otros y otros, traducidos del mismo Ovidio con el mismo fin. En resumen: este señor Addison concretó los recreos de su vida sacando punta á los versos de los clásicos para redondear el estudio de las monedas. Vuelvo á repetir que me parece diversión útil para cierta clase de personas, aunque los ingleses crean, no obstante, de más utilidad el estudio estadístico de las monedas que pueden obtenerse de las minas del Transvaal, una vez conquistada la región.

Babelón, que dedica un extenso artículo á encomiar las utilidades de la numismática, dice en otra parte: «¿Qué testimonios literarios nos podrán hacer sentir mejor la revolución filosófica y moral que se operaba en la sociedad romana del siglo III que las monedas?» Vemos, en efecto, sobre los cuños de Eliogábalo substituir á las divinidades del Capitolio por los ídolos orientales, el culto del sol y su símbolo la piedra negra de Emesa. Los tipos monetarios, ¿no son el más claro



reflejo de la anarquía religiosa que preparaba el triunfo del cristianismo? ¿Y qué diremos de los recuerdos que evocan las modestas medallas religiosas recogidas en las catacumbas, y sobre las que están grabados los símbolos de la nueva fe? La moneda oficial, en fin, después de haber interpretado con claridad bajo Constantino el triunfo del cristianismo, nos revela bajo Juliano, el triste espectáculo de las últimas convulsiones del paganismo expirante.»

Dejando otras muchas pruebas acerca de la importancia de la ciencia numismática, termino diciendo que si la mayor parte de los que presten atención á este asunto no quedan convencidos de lo que trato de probar, tengan presente que el gusto de ciertos manjares exquisitos no se adquiere con el primer bocado, sino con un constante y detenido saborear.

\*  
\* \*

#### ORIGEN DE LAS MONEDAS Y CÓMO FUERON LAS PRIMERAS

Es muy común entre los dedicados á investigar los orígenes de las cosas, el meter la pluma hasta el mismo Paraíso terrenal; y así salen por el mundo esos monstruosos engendros históricos, que no merecen sino el más ridículo desprecio.

He visto un libro, que me parece se titula *De calceis antiquis*, que se empeña en probar que el primer zapatero fue el mismo Dios por su consejo, y Adán por sus manos, y de este desatinado estilo, recuerdo de otras muchas sandeces que se han escrito.

Tan en boga esta manera de escribir en tiempo de los cronicones, no podía faltar algún pseudo-panegirista de las monedas, que las viese cerca del Paraíso terrenal. Entre otros, pueden consultarse para ver estos delirios á Sperligio (1), Kinkinus (2) y á P. Schmid (3), los cuales parecen persuadidos de

(1) *De numis non cunis.*

(2) *De vet. numis.*

(3) *De ve monetalí.*

que el primero que hizo monedas fué Caín ó al menos Tubalcáin.

No hemos de ser tan cándidos ó tan soñadores que caigamos en semejantes desaciertos; pues hasta el sentido común dicta que en el principio del mundo no pudo haber monedas como nosotros las entendemos.

El progreso relativo del comercio hasta llegar á señalar un tipo de valor acomodado á toda mercancía, lo describe admirablemente Paulo Icto (1) con estas palabras: «En los primeros tiempos no hubo monedas como ahora, ni otra cosa que se pudiera tomar como tipo común para el precio de cualquier cosa destinada á la compraventa, sino que cada cual, según las necesidades de los tiempos y de las cosas, cambiaba lo útil para él, por lo inútil para otros, ó lo que le faltaba á él, por lo que á otros les sobraba; pero como no siempre sucedía de que á un tiempo tú tuvieras lo que yo deseaba, ó viceversa, fué elegida una materia, cuyo perpetuo valor y estima remediase las dificultades de los cambios con equidad. Esta materia, señalada públicamente, debía, tanto por su calidad como por su cantidad, ser prenda conveniente y segura, no sólo para contratos de dos personas, sino para cualquiera que necesitara disponer de un valor seguro, público y constante».

No cabe duda de que, extendidas ya demasiado las relaciones comerciales entre los pueblos, la materia más á propósito para tipo común de precio en las transacciones, debieron ser y fueron de hecho los metales preciosos que, al valor intrínseco, reunían su solidez y facilidad para el manejo continuo.

La elección del metal para este fin se puede señalar como uno de los pasos más importantes para la civilización de los antiguos.

No obstante lo dicho, es de creer que este metal señalado como precio tipo, no tenía algún parecido con nuestras monedas, pues carecía hasta de signos especiales que con éstas le diera alguna semejanza exterior.

(1) Digest., G. XVIII.

Al principio de este primer paso para llegar á la moneda, el metal sólo se consideraba como una mercancía, cuyo valor, en vez de ser útil para dos ó tres, lo era para todos en general, y así no tenía forma determinada, pues se conservaba, ora en forma de lingotes, ora de anillos, de láminas ú otra figura que no fuese demasiado molesta para el objeto á que se destinaba.

Resultaba de esto que para cada trato comercial que se verificaba era necesario acudir á la balanza, pero invirtiendo el modo usado en nuestros tiempos; ahora se cuenta el metal que sirve de precio y se pesa ó mide la mercancía, y entonces, lo que especialmente se pesaba era el metal.

Para distraer la atención y amenizar el asunto, imaginemos un trato de venta entre los antiguos. Figurémonos á Eliezer tratando con un cananeo sobre la venta de un rebaño de carneros.

*Eliezer.*—Mi señor Abraham necesita algunos kikkars (1) con que disponer la venganza por las injurias con que Amrafel y Avioch y Chodorlahomor y Thadal han injuriado á Lot, el hijo de su hermano, y desea permutar el dominio de algunos ganados.

*Cananeo.*—¿Qué he de dar yo al señor por el trueque de este dominio?

*Eliezer.*—Conviniémos en que cada animal valga por sí un talento, y conviniémos que el precio de todo el rebaño que come hierba en la hondura del valle Mambré, doscientos kikkars.

*Cananeo.*—Convienié más á mí la venta en conjunto del rebaño que come hierba en la hondura del valle. Dispón, Eliezer, que un pastor de los ganados tuyos avise á mis criados, que moran bajo las tiendas de Semeber, para que traigan el precio.

.....

(1) Kikkar es nombre hebreo que significa la unidad ponderal superior al talento.—V. F. Senorman: *La monnaie dans l'antiquité. Prolegomenes.*

*Eliezer.*—Faleh, cuida con cuidado preparar la balanza que pesará el precio del rebaño vendido.

*Faleh.*—Señor, levanta tus ojos y ve que estoy pronto á servirte.

A esta lámina fáltale algo para el peso de dos kikkars; cortaré el extremo de otra para hacer peso justo. Sobra á este trozo parte del peso para llegar á veinte talentos.

*Eliezer y el Cananeo.*—Divide ó une, pastor Faleh, lo necesario, á fin de que todo peso sea justo...

Sin fijarme en la parte literaria, he querido hacer resaltar en este pasaje imaginado, la dificultad que resultaría de tener que cortar á cada momento los trozos de metal, lo cual sería tolerable en cantidades grandes, pero harto molesto en las pequeñas: de ahí la necesidad que tuvieron los antiguos de discurrir el tener trozos de metal con el peso exacto de su unidad ponderal, como efectivamente lo hicieron, dando así otro paso más en orden al progreso comercial.

La forma más común adoptada para estos metales de peso exacto, fue la de una especie de anillo, y así se ve en una antiquísima pintura del Egipto que representa una escena del comercio en pequeño.

La balanza es sencilla; los platillos, que penden de tres cuerdas, sustentan, el uno tres anillos de los citados, y el otro un animal que parece un conejo: al pie de la balanza se ven más anillos.

En tiempos de la guerra de Troya todavía debería desconocerse otro tipo de precio común que el del metal; Homero, al describir las compras de los griegos ante Troya, dice:

«Inde vinum emebant comati Achivi  
Alii quidem ære, alii antem splendido ferro».

(Los griegos de largo cabello compraban vino; unos por bronce, otros por luciente hierro).

Convenido que fue el tener dispuestos trozos de metal con peso exacto, fácil era el acordar que personas de autoridad

grabaran en esos trozos un signo que garantizase su peso para lo sucesivo. Este signo hicieronle primero los particulares y luego la autoridad pública, con lo cual empezó realmente la primer base de la moneda verdaderamente tal.

Con las teorías sentadas hasta aquí, está conforme en todo Aristóteles (1) cuando escribe: «Se convino en dar y recibir en los cambios una materia que, siendo útil por sí misma, fuese al mismo tiempo manejable en los usos ordinarios de la vida, y esta materia fue el hierro, la plata ú otra análoga substancia, en la cual se determinó al principio la dimensión y el peso, y que al fin, para librarse del embarazo continuo de medidas, se marcaron con un signo particular que expresaba su valor».

Parece fácil en nuestros tiempos el llegar á la invención del metal marcado por la autoridad para tipo de un precio común; sin embargo, los hombres no llegaron á esta reforma sino en el siglo VII ó á lo más el VIII antes de Jesucristo. Dónde tuvo origen el uso de estas primeras monedas es cuestión debatida, que exige más extensión y capítulo aparte; pues antes de esto, conviene aducir algunos datos históricos acerca de lo anteriormente dicho para convencer de que no se han presentado hipótesis, sino relatos de hechos positivos.

Siguiendo en todo á Lenormant (François), que á su vez copia de otros, se puede asegurar que en Egipto se hacía el comercio en la antigüedad en la forma indicada, es decir, pesando el metal que se daba como precio común de las mercancías.

Un papiro del tiempo de la XIX.<sup>a</sup> dinastía habla de una gratificación de cien *outens* de cobre distribuidos entre la guarnición de la fortaleza de Pa-Ramses para que los hombres tuvieran recursos con que celebrar la fiesta que se verificaría con motivo de la visita del Rey Merenphtadh.

¿Eran monedas propiamente dichas estos *outens*? Por da-

---

(1) Polit. I, 6. 14, 16.

tos fidedignos consta que el *outen* no era entre los egipcios más que el nombre de la unidad de peso superior. El *outen*, según investigación de M. Chavas (1), pesaba unos 91 gramos y se dividía diez *kite*; de consiguiente en el siglo XII antes de Jesucristo, el metal tomado como tipo general de precio era un peso, no una moneda. El metal de los *outens* que servían de precio para las compras, era el cobre.

Son curiosos algunos datos entresacados de diferentes documentos del antiguo Egipto:

Un buey.....	valía 119 outens, ó sea unas 2.161 perras chicas.
Una cabra.....	» 2 id. » » 38 id. id.
Un cuchillo.....	» 3 id. » » 57 id. id.
Una navaja de afeitar...	» 10 id. » » 190 id. id.

El salario de los obreros de templos era de cinco *outens* al mes, unos quince céntimos por día; pero les daban el alimento en raciones de granos, que probablemente sería trigo, maíz ó cosa parecida.

Se puede deducir de lo anteriormente expuesto, que siendo el Egipto el país donde la civilización llega al más alto grado en aquellos remotos tiempos, ningún otro pueblo contemporáneo pudo aventajarle en la perfección del tipo común de precio; por consiguiente, en el siglo XII antes de la Era cristiana, ningún país del mundo tuvo monedas propiamente dichas, sino trozos de metal de diferentes formas, cuyo valor sólo se precisaba por medio de la balanza. Estas formas eran comúnmente círculos ó láminas delgadas plegadas sobre sí mismas, entre los pueblos más civilizados de la antigüedad.

Recientes descubrimientos han demostrado que el primer ensayo de moneda del imperio romano no se hizo sobre anillos, láminas ó lingotes de metal como en otros pueblos, sino sobre un trozo informe de bronce, que era el tipo común de precio y al que se llama *aes rude*.

(1) *Note sur un poids égyptien.*—*Revue archéologique*, 1861.

La circunstancia de haber hallado ejemplares numerosos del *aes rude* dentro de las aguas, como los del lago Falterona en la Etruria, los del puente de Albano all' Ariccia y otros, hacen decir á los autores que éstos eran ofrendas que los diferentes pueblos ofrecían á sus respectivas divinidades y las arrojaban al agua en el momento de tomar el baño. Como en los mismos lugares en que se halló el *aes rude* se halló también el *aes signatum*, ó sea el mismo bronce con la marca señalada por la autoridad pública, dedúcese sin grande esfuerzo que uno y otro tenían igual valor é idéntico destino.

Según testimonio de Timeo, el *aes rude* estaba en uso en tiempos de Rómulo, y según las tradiciones de Roma, Numa Pompilio fue el primero que hizo el *aes signatum*.

Las investigaciones practicadas en los pueblos salvajes han evidenciado que la inteligencia humana, al querer resolver el gran problema de lo *tuyo* y lo *mio* por medios pacíficos, ha seguido siempre el mismo camino, no diferenciándose sino en cosas puramente accidentales.

IGNACIO CALVO.



## EL RENACIMIENTO DE PORTUGAL

---

Cuando ocurrió la guerra de la Gran Bretaña con las repúblicas del Africa del Sur, no sólo censuré con mi pluma la actitud que tomaban ciertos periódicos de grande circulación, sino que dije en cuantas partes pude hablar en público para que todo el mundo, y hasta los poderes más altos, me oyeran.— «¿Qué tenemos que hacer nosotros con los boers? Durante nuestras cruentas guerras coloniales, ellos estuvieron en cuerpo y en alma con los rebeldes y con los enemigos de España. Los humanitarismos, los sentimentalismos políticos han quedado ya hace mucho tiempo relegados al papel de los tontos y de los cursis. Hacer, sin ton ni son, el agua gorda á la impotente Francia en los odios que á última hora le pudren las entrañas contra Inglaterra, es pasarnos de cursis y de tontos. Entre Inglaterra, que es nuestra hermana en el Continente y en los mares que unen nuestras costas respectivas, y que al interés común europeo que á ella nos liga, se añade ser nuestra vecina irreductible en uno de los extremos de la Península, y con la que tenemos intereses concordés en la actualidad en el equilibrio de los mares y de los continentes cercanos, ahora y siempre en la conservación de las menguadas posesiones y provincias marítimas que nos quedan, y tal vez pronto otros intereses más profundos, cuando el gran poder que se levanta en la parte Norte del Mundo Nuevo que España descubrió y entregó al dominio de la civilización plantee á la faz del universo la

E. M.—*Marzo 1903.*

disputa de la superioridad de los mares y los derechos de la supremacía de la opulencia y la fortuna, y entre las dos Repúblicas surafricanas que el nuevo giro de la política británica quiere incorporar al edificio portentoso en su inmenso imperio, España no tiene que titubear,—y completando la frase en una síntesis, no desdeñaba decir en frente de la corriente contraria de simpatía que se trataba de despertar,—*yo soy inglés*».

No paraba aquí mi discurso de entonces; y antes de que nadie en Europa significase en este asunto la menor iniciativa, yo añadía:—«Si en mi mano estuviera poder aconsejar á los poderes del Estado, yo les inclinaria á ofrecer al Gobierno de la Gran Bretaña un contingente de 30.000 hombres, para llevarlos á pelear con su ejército al África del Sur. Inglaterra aceptaría ó no esta oferta: de cualquier modo que fuera, el simple hecho de este ofrecimiento nos sería sumamente provechoso. De no aceptarlo, Inglaterra nos quedaría obligada por una justa é hidalga gratitud, que más pronto ó más tarde, después de su victoria, se demostraría en actos de ostensible amistad. De aceptarlo, ¡ah! de aceptarlo, España sacaría ventajas inmensas que no se pueden calcular. Aunque no precediera, que había de preceder, al acto de la entrega de nuestros 30.000 hombres de todas las armas, las estipulaciones que serían de sentido común, Inglaterra, no sólo se interesaría por la restauración de nuestro perdido poder, toda vez que nuestra posición geográfica nos constituye en la mejor aliada porque la Gran Bretaña puede suspirar en la intersección de los dos mares que conservan el cetro del poder de Europa, sino que nosotros sacaríamos de esta asistencia otros beneficios que no es posible desconocer.

«Dígase lo que se quiera, el concepto militar de España viene en sensible decadencia en el mundo, á pesar de nuestras fáciles exaltaciones, hace ya mucho tiempo, y sin tener que remontarnos á la época demasiado atrasada en que el cañón español no pudo mantener ni su legendaria superioridad, ni los derechos patrimoniales de la nación en las ricas comarcas

centrales del Continente, que por dos siglos poseímos como herencias opulentísimas de los bizarros reyes de Aragón y del bizarro emperador, hijo de la Reina loca, después que en Italia tuvimos un breve florecimiento durante el tiempo que gastamos en cimentar tronos más ó menos estables para los hijos de Isabel de Farnesio, cuanto nos hallamos frente de la Francia enardecida por las iras de su revolución, comenzamos de nuevo á demostrar la inconsistencia en nuestro espíritu militar. ¡Con qué entusiasmo se fué en 1793 á la guerra contra la República! En la primer campaña, tuvimos un Ricardos á quien el valor y el saber dieron de continuo los lauros de la fortuna, y aquel entusiasmo rayó en frenesí. Pero murió Ricardos, y se prolongó la guerra. En la segunda campaña ya los enemigos de Francia tuvieron en Madrid el poderoso auxiliar de la murmuración, porque entonces, ahora y siempre en España los censores del salón, de la plaza pública y de las casas de conversación, han sido muy bastantes para prestar á los enemigos, contra quienes hemos luchado, un contingente de fuerza moral casi de más valor que el mismo material que hemos ofrecido al palenque del combate. ¡Devorarnos á nosotros mismos! ¡Ah, en esto somos siempre maestros! Después de los desastres de la tercera campaña la paz fué tan popular, como tres años antes había sido la guerra. Si en aquel tiempo la paz no se firma en Basilea, ¡quién sabe hasta dónde hubieran llegado las armas de la República!

«La guerra de la Independencia ofreció repetidas veces el espectáculo de las mismas inconsistencias. Resistimos é hicimos una campaña formal, cuando vinieron en nuestra ayuda un General estratégico, de que carecíamos nosotros, y los contingentes más ó menos numerosos de Inglaterra y de Portugal. Aquel General y estos contingentes imprimieron á la campaña el sello de la regularidad y de la constancia, con que se llegó á la expulsión total de los invasores. Después de esta guerra, las civiles que hemos tenido, no se han terminado por victorias definitivas, sino por conciertos más ó menos onerosos, que no

dan brillo alguno al alto concepto militar. En Africa el entusiasmo nacional se sostuvo hasta la entrada del ejército en Tetuán. Cuando se corrió el ruego de que la guerra continuase, poco faltó para que se alzara el clamor público pidiendo el fin de la guerra. De las guerras posteriores coloniales, sin excluir la de la incorporación de Santo Domingo y la desventurada expedición á Méjico, vale más ni acordarse, ni hablar».

De cualquier manera, al romperse las hostilidades entre la Gran Bretaña y las Repúblicas del Transvaal y de Orange, España acababa de salir de la guerra con los Estados Unidos, y de las derrotas sufridas en Cuba y en sus mares, amén de las de Filipinas, 200.000 hombres enviados á Cuba no habían bastado á sofocar la última insurrección, ni á defender el territorio de la isla de la invasión de los norteamericanos. Se dieron y escribieron muchas disculpas y pretextos, que no pudieron justificar entonces, ni justificarán ante la historia las ignominias sufridas en Santiago de Cuba y sus aguas, y en el Tratado de París. El concepto de nuestro ejército quedó hondamente lastimado en el mundo, y un hombre público obscuro y sin capacidad política ninguna, el Conde de las Almenas, recibió la ovación del Universo entero, únicamente porque tuvo el valor en el Senado de levantar el velo de nuestras públicas vergüenzas. En esta situación era en la que tuve el honor de decir, donde todos pudieran oirme, la suma conveniencia que para España y su ejército sería que Inglaterra recibiera el ofrecimiento auxiliar de España, y aun el subsidio de 30.000 hombres de los que de la guerra desdichada de las colonias nos habían quedado. Para estos 30.000 hombres, el palenque sangriento que servía de teatro á la guerra del Africa del Sur, hubiera sido la más provechosa escuela militar y la más gloriosa vindicación de su prestigio. El espíritu militar de que volvieran imbuídos los que tornasen á la patria después de la victoria, habría sido un elemento fundamental para la reconstrucción de nuestro ejército, devolviéndole aquellas virtudes que han languidecido en la adversa fortuna que le ha cabido

en los tres últimos siglos. De todas maneras, este ofrecimiento en aquella ocasión, hubiera sido de sumo interés para España. ¡Se nos objetó que el espíritu público aún sentía ojeriza contra Inglaterra por su tácita connivencia con los Estados Unidos para desposeernos de nuestro antiguo patrimonio colonial que nos quedaba... y el patriotismo nos hizo enmudecer! ¿Qué podía un triste escritor, cuya fortuna todo el mundo conoce y las causas porque brutalmente se le ha obstruido todo camino de devoción hacia su patria, cuando carecíamos de un hombre de Estado que supiera descifrar los enigmas del porvenir?

Más diestros que nosotros, Italia por una parte, Portugal por otra, se adelantaron á hacer lo que en España había parecido hasta un pecado mortal. Inglaterra, demasiado altiva, no admitió el contingente italiano; pero Italia desde entonces quedó muy estrechamente unida á los vínculos de la amistad con la Gran Bretaña, vínculos de amistad que cada día ofrecen á Italia un nuevo camino expedito para su creciente glorificación y encumbramiento. Portugal no ofreció estos contingentes militares de que carecía; pero á pesar de que los jaleadores del desconcepto de la Gran Bretaña sembraban sobre él sin cesar desconfianzas, haciéndole entender que las victorias inglesas en el Africa del Sur traerían por necesario colorario el despojo de las posesiones lusitanas limítrofes á los territorios ya del dominio antiguo británico, ya independientes, y que se trataban de conquistar, para formar con su conjunto aquella federación que en Londres se proclamaba como una nueva dependencia del colosal poder de Inglaterra, Portugal no titubeó en probar en ocasión tan crítica á su aliada secular aquellos servicios, sin los cuales, como el mismo presidente Kruger ha testificado, todo el poder y toda la constancia del Reino Unido no hubieran bastado para dominar el gravísimo problema que había decidido resolver. ¿Qué frutos obtiene Portugal de esta conducta con tan justo aprecio estimada ya por los grandes políticos de Londres? Los primeros hechos que

la atención del mundo ya ha podido avalorar, han sido la expedición del Rey D. Carlos á Inglaterra y el proyecto del ferrocarril de Lobito-katanga, que tan ociosas polémicas ha sugerido en las ofuscaciones que en todas partes padecen los que no raciocinan sino por las viciosas contradicciones del espíritu de partido, y la línea portuguesa de navegación á las posesiones lusitanas del África oriental.

Los que desde luego han visto claro no pudieron dejar de reconocer la importancia suprema que tenía la expedición en Noviembre último del Rey D. Carlos á Inglaterra, á ser el huésped del Rey Eduardo en Sandringam, de lord Amhesit en Didlington, en Shetfort de lord Iveagh, y en Bowod del ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno británico lord Lansdowne. Aunque los iniciados en los pensamientos que se cruzaban durante estas visitas entre los dos monarcas aliados y los ministros y magnates de la corte del Rey de Inglaterra, cantasen el himno del *¡Sur sum corda!*, augurando de aquel suceso felices evoluciones para los destinos futuros de Portugal; la saludable evolución del espíritu público en el reino lusitano, no acababa de pronunciarse acorde con esta calorosa apelación á la esperanza, porque en Portugal, como en España, aún prevalecen los exclusivismos partidarios y las resistencias de tradición, y mientras del todo no se rompan en una y otra parte los moldes de los partidarismos interesados y de los rotativismos convencionales, y el jacobinismo de las obstrucciones parciales impidan la formación de un fuerte espíritu de consecuencia, de una poderosa unidad de miras, de una concentración incontrastable de esfuerzos, en cuyas virtudes Alemania, Inglaterra y la moderna Italia acrisolan cada día más sus properidades siempre en aumento, ni podrán abrirse los espíritus por medio de una nueva actividad intelectual y moral, á afirmar con ideas fundamentales y objetivos permanentes la labor perseverante de la fe nacional, ni se podrá disponer de aquel meridiano seguro que marca la hora inmutable de la consecución de los destinos felices por que se batalla estéril-

mente donde la actividad mancomunada y los procedimientos convergentes no alcanzan á dar las fórmulas precisas de aquellas afirmaciones que son la única palanca con que se elabora, ya la regeneración de un cuerpo decayente, ya el engrandecimiento del que ha logrado resucitar.

Es indudable que el regreso del Rey trajo á Lisboa auras de mayor esperanza, pudiendo ofrecer á la patria risueñas perspectivas, más que por la gloria, por la alegría de verla feliz, en la suma de pensamientos que desde luego comenzaron á plantearse, y de los que fué breve compendio el discurso puesto en labios de la Corona, cuando poco después de su llegada, fueron abiertas las Cámaras. Pero se hallaba preparado otro suceso, por medio del cual, la palabra de resurrección había de pronunciarse de tal modo, que, hiriendo todas las imaginaciones y penetrando en todos los espíritus, el voto de la esperanza había de convertirse en promesa segura para la fe nacional. Este acto había de ser la celebración del primer Congreso de *La Liga Naval*, que en el Reino lusitano, como en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Francia y en España, desde que en 1894 fueron iniciados por la primera de estas potencias, han dado un inmenso impulso á las ideas engrandecedoras que han recibido el dictado de imperialismo.

Aunque la organización de estas Ligas es debida á las iniciativas de corporaciones ó individuos particulares, en todas partes han merecido, no sólo la protección, sino la atención de los Gobiernos, y las cuestiones que han promovido y que han expuesto al público examen donde quiera, se han visto inmediatamente sometidas al crisol de la ejecución. *La Navy League* de Inglaterra, se jacta de haber dado sus vuelos á la idea del imperialismo que en poco tiempo ha logrado realizar nuevas leyendas militares y de conquistas, cuando se creía que la expansión británica por la inmensa ubicuidad que ha alcanzado, sobre todo los rincones del planeta, apenas hallaría espacio donde extenderse más, y simultaneamente ha levantado el espíritu de emulación con el que se ha visto, que apesar de

ser Inglaterra el poder flotante sobre las aguas más poderoso y extraordinario que la historia de la humanidad jamás ha registrado, todavía se han levantado infinitas voces como de alarma en el Almirantazgo, en el Parlamento, en los instrumentos de la opinión, pidiendo de que se le dote de nuevas fuerzas de resistencia y de acomitividad, á fin de que no sólo pueda desafiar cualquier día, y en cualquier parte, los poderes rivales que se crean en los Estados Unidos, en Rusia, en Alemania, en Francia, sino luchar con ventaja con una sola de estas grandes potencias marítimas, y aun sobrepujar á dos ó tres unidas y aliadas contra ella. Análogas influencias han ejercido y ejercen en sus respectivos países, *Deutsch Flotten Verein* y la *Liga Naval Italiana*.

Aún en España, á pesar de la inmensa postración en que se halla nuestro espíritu nacional, cuya inercia y abandono cada día son más alarmantes á causa del regreso del influjo de las discordancias que engendra nuestro censurable partidismo político, causa de todas las desdichas nacionales; aún en España *La Liga Naval* ha querido intentar remover los sentimientos patrióticos, ya que la idea del renacimiento patrio se toma en todos los labios por máscara de todas las pasiones y los intereses en irrefrenable lucha, aunque sin hondas raíces en los corazones. Ejemplo de ello ha sido el Congreso Naval que se celebró en Gijón en los últimos días de Diciembre del año pasado de 1902. No obstante, cuando la dura lección recibida en la pérdida de las colonias, no ha bastado para inspirar á nuestros Gobiernos una nueva política colonial y mercantil con que hacer exclusivamente españoles la navegación y el tráfico de las pocas posesiones que nos han quedado en las riberas atlánticas del Océano, ni aun en nuestras tan inmediatas provincias insulares adyacentes; cuando no basta la persuasión de que España, siquiera para defenderse de cualquier clase de agresiones y conservar lo que aún posee más allá de nuestras riberas peninsulares, la principal fuerza militar que necesita es la de los barcos, puesto que aguas son las que bañan casi todo el perfil de



nuestras fronteras, siendo el mar nuestra fortaleza al mismo tiempo que nuestra esperanza, si algún día logramos resucitar; en nuestros proyectos de restauración naval, por desgracia, hasta ahora, no prevalecen sino generalidades vagas, proyectos fraccionarios, ideas de absoluta negación, enfrente de oposiciones aviesas y de discusiones malsanas, que demuestran que nadie posee aún ni el plan completo de nuestra regeneración, ni la pasión desinteresada del bien, que al pensar en las soluciones que le fecundan, no ven más que la imagen de la patria por la patria, en vez de infatuarse en los idealismos de la posición personal por la posición personal. Con todo esto, el Congreso naval de Gijón ha estado lejos de ser un verdadero movimiento del alma nacional ni en su espíritu, ni en su esencia, habiendo pasado casi desapercibido para la generalidad, como un suceso que, no teniendo por base una concepción sublime, de las que con eléctrico impulso se apoderan de todas las imaginaciones y hacen palpar con vehemencia todos los deseos, se imponen forzosamente porque vienen á ser la realización tangible de una necesidad apremiante y sentida. En el Congreso Naval de Gijón no se ha propuesto un sólo tema que conspire á ninguna gran solución, ni bajo el punto de vista de la marina militar, ni bajo el punto de vista de la navegación mercantil: casos de negociados subalternos y de disposiciones burocráticas; nada que envuelva la idea del renacimiento de una política marítima y comercial.

¿No responde esto al estado de depresión moral en que se encuentra todo el país? ¿No responde esto á la vaguedad de los intereses en que hemos quedado sumergidos después de la pérdida de nuestras colonias? ¿No responde esto á la ausencia total de orientación en que á nuestra mirada se ostenta el porvenir? ¿No responde esto á la desanimación que produce esta amarga soledad en que en la sociedad política del mundo nos encontramos? ¿No responde esto á la carencia de brújula, de norte, de objetivo en que por medio de un mar insondable, tormentoso y desconocido navega hace tanto tiempo la nave

secular de España? ¡Reglamentar la carga de los buques y la policía de los barcos; crear un cuerpo de cocineros de marina; fundar escuelas de estudios rudimentarios, que es una vergüenza que no existan; abrir concursos de tarjetas postales para vulgarizar los conocimientos primarios de la marina; crear montepíos particulares y cajas de ahorro; establecer una Dirección más de pesca industrial y redactar un código de marina mercante: he aquí, en síntesis, toda la grande elucubración del Congreso Naval de Gijón!—No es esto ciertamente lo que á sus Ligas Navales deben Inglaterra, Alemania, Italia y hasta Portugal.

El Congreso Naval que la Liga Portuguesa ha celebrado del 2 al 7 de Febrero último en Lisboa ha dado al reino peninsular vecino la nueva orientación de un renacimiento marítimo y de un engrandecimiento colonial. ¡No es extraño que á los esfuerzos de la Liga se hayan adherido desde el Rey y las instituciones fundamentales del país y las corporaciones que impulsando el progreso nacional le dan al mismo tiempo gloria y honor, hasta las poblaciones más insignificantes del litoral, donde se han creado Juntas correspondientes, no dirigidas por los fátuos humos de una representación nominal, sino resueltas á contribuir con la parte que puedan al patriótico esfuerzo común!

El conjunto de los temas que se han discutido en el curso de las cuatro sesiones técnicas verificadas, abarca todo un plan sábiamente meditado, á pesar de las omisiones y defectos que la crítica halle en ellos. En la primera sesión, después de la inaugural, abierta por el mismo Rey Don Carlos, se discutieron cuatro temas, con los derivados consiguientes de sus tesis fundamentales. El primero fué acerca del *Estudio profesional de la pesca y educación de las poblaciones marítimas*. Aunque su relator debió ser el Sr. Augusto Ramos da Costa, le suplió el Sr. Quirino da Fonseca, y en la discusión tomaron parte gran número de congresistas. El segundo tema versó sobre las *Reformas que deben ser introducidas en las pesquerías costeñas*

*y cómo deben ser orientadas para evitar la despoblación de las aguas nacionales, y lo expuso al debate el relator Sr. Baldaque da Silva. El tercero, sobre Protección á los pescadores, fué expuesto por el Sr. Juan Blas de Oliveira. Por último, en esta sesión, el Sr. Marcos de Vieira, en ausencia del relator Juan de Freitas Ribeiro, explicó el tema sobre la Organización de los servicios públicos que interesan á las pesquerías y á la marina mercante nacional portuguesa.*

Los temas de la segunda sesión fueron:

1.º *Protección del Estado á la construcción naval y al armamento marítimo nacional.*— Su relator fué el Sr. Bernardino C. A. Varela.

2.º *La marina mercante, como función del desenvolvimiento comercial.*

3.º *Educación del personal de la marina mercante.*— Relator, el Sr. J. Francisco da Silva.

4.º *Las pesquerías longicuas y los bancos del bacalao.*— Relator, el mismo Sr. S. Francisco da Silva.

En la tercera sesión se discutieron otros cuatro temas, que fueron los siguientes:

1.º *Mejoramiento de los puertos nacionales.*— Relator el ya citado Baldaque da Silva.

2.º *Navegación para las colonias.*— Aunque el relator debió ser el Sr. Souza de Lara, le sustituyó Quirino da Fonseca.

3.º *Navegación para las Azores, los Estados Unidos y el Brasil.*— Fué el relator el Sr. Simoes d' Almeida.

4.º *Protección al personal de la marina mercante, y su utilización para constituir una gran reserva naval.*— Al relator Sr. Jaime Leotte do Rego, le sustituyó el Sr. Oliveira Leone.

Por último, en la sesión cuarta y final, se discutieron los temas siguientes:

1.º *Marina colonial: bases para su organización independiente de la marina de la metrópoli.*— Aunque el relator debió ser el Teniente de navío Sr. Pereira de Mattos, fundador, alma y cuerpo de la Liga Naval Portuguesa, fué sustituido por el

Sr. Almeida d'Eça, uno de los oradores que mayor y más brillante parte han tomado así en los debates, como en la redacción de las conclusiones del Congreso.

2.º *Marina de guerra: sus objetivos; métodos como ha de fomentarse.*

3.º *Programa de los trabajos sucesivos de la Liga Naval.*—Relator: la Comisión.

4.º *Impulso del Sport náutico y su aplicación á la organización de la reserva naval.*—Fué relator el Capitán de Ingenieros de la Armada, Sr. Perestrello.

5.º *Impulso al rowing nacional:* Su relator, el Sr. Joaquín Leotte.

Analizando los discursos pronunciados en la sesión inaugural por el Consejero Sr. Julio de Villena y por el Teniente Pereira de Mattos, que precedieron al Rey Don Carlos, se observa claramente que se ha procurado que el Congreso Marítimo, preparado por la *Liga Naval Portuguesa*, aparezca como la síntesis de una de las más acariciadas y verdaderas aspiraciones del Reino peninsular vecino, esto es, el renacimiento de su larga, histórica y gloriosa *vida del mar*. Las 57 conclusiones que han sido promulgadas como resultado de la discusión de los temas que más arriba se consignan, constituyen un nuevo *Credo* en que Portugal entero considera condensados todos los problemas de su vida marítima, todos los problemas de su renacimiento político y todos los problemas de su engrandecimiento colonial (1).

---

(1) He aquí algunas de las conclusiones:

1.ª En la Negociación del tratado de comercio y navegación con España, en sustitución del actual, es indispensable que sean cuidadosamente atendidos los derechos é intereses portugueses, en relación al ejercicio de las pescas en general, y muy especialmente en lo que toca á una nueva delimitación de aguas territoriales limítrofes, la cual debe ser hecha en los términos de las reglas generalmente admitidas en el Derecho Internacional y en el juicio de las infracciones á los preceptos que se inscriban en el mismo tratado, el cual debe ser formado por las autoridades en cuyas aguas las infracciones se cometan.

Es indudable que á la realización de todos los principios fundamentales que abrazan estas 57 conclusiones, se oponen

3.<sup>a</sup> Es absolutamente necesario y urgente que se haga un estudio minucioso del ejercicio de las pescas intensivas, para concluir con su estudio las providencias necesarias, á fin de remediar la despoblación de las aguas y atender á la cuestión económica y social.

5.<sup>a</sup> Es necesario hacer en el extranjero una propaganda activa para hacer conocer y acreditar los productos de las pescas nacionales, muy especialmente las conservas.

10. Es necesario que los papeles de á bordo para los barcos de pesca se reduzcan á un sólo documento, visado por una sola autoridad.

15. Es muy de desear que la administración de todos los servicios relativos al uso del mar por las diversas industrias se concentren en una Dirección general especialmente destinada á estos servicios, la cual podrá denominarse *Dirección general de la Marina Mercante*.

23. Es indispensable y urgente reformar el sistema de tributación de la navegación mercantil nacional, estableciendo un sistema protector en favor de ella, bajo bases análogas á las adoptadas en las marinas del Norte de Europa, y reservando absolutamente para la navegación nacional el servicio de cabotaje.

El artículo ó conclusión 24 se consagra á la protección, á la construcción nacional de buques y á la exención del pago de derechos para todos los materiales y utensilios de armamento y construcción.

Las conclusiones 30 y 31 se refieren á las exenciones que deben dispensarse á los buques destinados á las pescas longicuas y á la promoción y estímulos especiales que merecen los que la hacen en los mares de Madeira y Cabo Verde, y en los bancos entre Cabo Bojador y Cabo Blanco, así como la 32 se refiere á los que pescan en los de Terranova y Canadá.

Las conclusiones 36 y 37 declaran urgente la adopción del puerto de Leixdes como punto comercial, y la creación de un puerto de abrigo en la bahía de Lagos.

La 44 es un voto de congratulación por el proyecto de ley sobre el establecimiento de la navegación nacional para el Africa Oriental, expresando que su complemento será el establecimiento también de la navegación nacional para las posesiones portuguesas del Extremo Oriente.

Las conclusiones 51 y siguientes son las relativas á la marina colonial, á la marina de guerra, á la representación naval de Portugal en el Brasil, en los mares de China y otros parajes, así como á la destinada á la defensa de las Azores, Madeira y demás provincias ultramarinas.

Entre estas conclusiones se destaca la 54, que dice:—«Debe estudiarse la posibilidad de pedir al país los sacrificios necesarios para la constitución de una marina de guerra, organizada y dispuesta para todos los servicios activos en el término preciso de diez años».

así las relaciones políticas actuales, como las condiciones de orden económico en que Portugal se encuentra embarazado. Por ejemplo, la conclusión primera determina *la negociación de un nuevo tratado de comercio y navegación con España* en sustitución del que hoy existe y en el que los negociadores diplomáticos lusitanos pongan especial cuidado en mejorar los derechos é intereses de los súbditos de aquel Estado en lo que concierne al ejercicio de la pesca en general, y á una nueva delimitación de aguas territoriales limítrofes. Esta es una cuestión que no está en manos de los Gobiernos portugueses resolver á voluntad de los que la promueven, puesto que por parte de España no podrá menos de atenderse del mismo modo á los intereses y á los derechos de nuestros connacionales. Las conclusiones relativas á la *construcción naval nacional* son muy patrióticas; pero no se improvisan fácilmente los arsenales y talleres de construcción, ni se acopian los materiales de modo que tengan el sello nacional, donde casi por completo se carece de todos los elementos fundamentales exigidos por la actual estructura de los barcos. En lo de la promulgación de una *Legislación general* y la creación de una *Dirección general* también para la Marina mercante, el Congreso de Lisboa ha andado como de concierto con el Congreso de Gijón. Esto no ofrece grandes dificultades, pero tampoco extraordinarias ventajas: basta en los respectivos Ministerios por donde la Marina de una y otra nación se administra, la organización de *Negociados* bien constituídos, como les que tienen los Estados Unidos. El mejoramiento de los puertos nacionales, es otro de los asuntos en que los autores de las conclusiones del Congreso habían de hallar las dificultades de la economía pública en que se encuentra Portugal. No obstante, el programa de resurrección está trazado: no es obra de un partido político, sino de la voluntad, del pensamiento y del esfuerzo de toda la nación. Lo fácilmente factible, pronto será sustanciado en realidades; lo que ofrezca otros obstáculos, se vencerá con el tiempo y la constancia, si Portugal sostiene su pensamiento de ahora con

la consistencia de voluntad y de conducta, que es una de sus virtudes más eminentes.

Lo que es indudable es que Portugal, impulsada por propios y extraños sentimientos, al menos de los amigos seculares que se interesa en sus destinos y que en su reciente conducta ha dejado obligados más que nunca hácia ella, aspira á renacer, y que este vehemente pensamiento constituye ya en el corazón de cada noble lusitano la fe de un ideal. En cada conciencia portuguesa están grabadas con signos de oro indelebles las memorias y las promesas escuchadas el día de la inauguración de este congreso en labios de los impulsores de la *nueva Liga*, que son como los impulsores de la *nueva vida*: en todas las conciencias se han grabado las palabras del Rey Don Carlos. El Sr. Julio de Villena entonces decía:—«Este mar que fue nuestro; este mar que encierra en sí todas las bellezas y todas las omnipotencias, debe nuevamente ser surcado por navíos portugueses, con grande, extraordinario provecho para esta patria que todos amamos». Y el Rey Don Carlos respondía:—«No tenemos felizmente necesidad de gastar nuestras energías en defensa extraña. La paz reina en todos nuestros dominios; y al venir á inaugurar el primer Congreso Marítimo Nacional, me es grato ver el espíritu concorde con que toda la nación, con su jefe á la cabeza, aspira á unir los tiempos gloriosos pasados con los tiempos de felices auspicios que nos guarda el porvenir. *Continuaremos assim a nossa accao civilisadora, ao mesmo tempo que daremos poderoso incremento a fortuna publica*».

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

# LECTURAS AMERICANAS

---

LIBROS.—R. Rivarola, *La Justicia en lo criminal*.—Idem, *Instituciones de Derecho civil argentino*.—E. Quesada, *La política argentino paraguaya*.—Idem, *El «Criollismo» en la literatura argentina*.—E. M. Cavazutti, *Proyecto de organización del movimiento científico universal*.—A. Lugo, *A punto largo*.—J. Vancouver, *Viaje á Valparaíso y Santiago*.

Algo tarde llegan á nuestro poder los libros de Rodolfo Rivarola. El dedicado á *La Justicia en lo criminal: Organización y procedimiento*, lleva fecha de 1899 (1). El de *Instituciones del Derecho civil argentino* (2) es de 1901. Aunque estas LECTURAS no pueden ni deben ser retrospectivas, haremos una excepción respecto de ellos, por la importancia que tiene en la literatura jurídica argentina la obra de Rivarola, que, además de los libros citados, comprende una exposición y crítica del Código Penal (1890) y un *Proyecto de Código Penal* (1891), en colaboración con los Sres. Piñero y Matienzo.

*La Justicia en lo criminal*, cuyas 253 páginas fueron escritas en pocos días, obedeció á la oportunidad de haber iniciado el Ministro de Justicia argentino una reforma de la organización y funciones de los Tribunales. Para el Sr. Rivarola, el defecto principal del sistema vigente no está en los hombres (condiciones personales de la judicatura), sino en la organiza-

---

(1) Buenos Aires. J. Lajonane, edit. Un vol.

(2) Buenos Aires. Peuser. Dos vols.



ción misma; y á manera de antecedente, da en el prefacio de su libro un resumen de las bases de la reforma que considera necesaria. Estas bases son: 1.<sup>a</sup>, unificación del Ministerio público: «Los agentes fiscales proceden con entera y absoluta independencia del fiscal de la Cámara de apelación, y éste no tiene conocimiento de los procesos sino cuando la Cámara se los pasa en vista durante la apelación.» Es preciso que esa independencia cese y la sustituya «una comunicación diaria, inmediata y directa entre el fiscal y los agentes fiscales, que obrarán bajo su dirección y á sus órdenes»; 2.<sup>a</sup>, desaparición de la acusación privada é intervención exclusiva del Ministerio como acusador en los delitos de acción pública: «Son muchas las razones que pueden aducirse contra la admisión de un querellante particular; pero la mejor de todas sería quizás la estadística de las querellas iniciadas en nuestros Tribunales de instrucción, en que la causa concluye ordinariamente por un desistimiento, que oculta una transacción ilícita, ó por el reconocimiento de que la querella ha sido infundada»; 3.<sup>a</sup>, creación de un Tribunal de acusación y sobreseimiento: «Una de las más grandes garantías de justicia en el proceso penal es, sin duda alguna, la declaración previa de la procedencia de la acusación... En nuestro procedimiento, el juez de instrucción dicta un auto mandando elevar la causa á plenario ó sobreseyendo. Este auto se dicta sin forma de juicio, con sólo la audiencia del agente fiscal, y serían abundantísimas las pruebas que podrían presentarse de la insuficiencia de este procedimiento... Debiera corresponder á un Tribunal compuesto de cinco miembros, previo un debate oral, declarar admitida la acusación ó pronunciar el sobreseimiento»; 4.<sup>a</sup>, creación de otro Tribunal de juicio y sentencia en sustitución de los actuales jueces del crimen. En él se adoptaría el juicio oral y de jurados; 5.<sup>a</sup>, convertir la actual Cámara en un Tribunal de apelación ó casación, «limitándose el recurso á la aplicabilidad ó inaplicabilidad de ley ó doctrina legal y á la casación por insolvencia de las formas del juicio»; 6.<sup>a</sup>, procedimiento oral;

7.<sup>a</sup>, pronunciamiento del fallo en la misma audiencia del juicio: «Desaparecería toda garantía si se confiara á la memoria de los jueces, á través de los distintos juicios, todo lo ocurrido en un debate oral».

El desenvolvimiento de estas seis bases, que sirven para formar una idea de la organización presente de la justicia en la Argentina, constituye la materia del libro. Nos detendremos en el análisis de algunos de sus argumentos.

El Sr. Rivarola no cree en la eficacia del jurado, á lo menos como «baluarte de libertades», siempre que se acepte el principio de un poder judicial independiente. El punto de vista del autor—por más que no estemos lejos de coincidir con él en sus desilusiones respecto del jurado—nos parece deficiente. En la moderna Filosofía del Derecho es más compleja y amplia la cuestión y más variadas las razones con que se pretende explicar y justificar la existencia del jurado. Pero nuestro propósito no es discutir, sino exponer. Veamos lo que dice el señor Rivarola, cuyas noticias respecto de la experiencia obtenida de su país en punto á aquella institución son interesantes:

«El jurado—dice—es una planta exótica que no ha echado raíces en nuestro país, en sus ensayos en los juicios de imprenta; que la opinión no ha reclamado nunca; que *ningún partido político ha inscripto en su bandera como programa*, y lo que es más, que quizás *ningún candidato á las altas funciones del gobierno lo ha prometido sinceramente como reforma realizable*. Todavía más: el Congreso dió un verdadero voto de aplazamiento cuando, teniendo á su despacho desde muchos años el proyecto de juicios por jurados redactados por los doctores Florentino González y Victoriano de la Plaza, sancionó el actual Código de Procedimientos vigente en la capital de la República y Tribunales y territorios federales, reproducido de la provincia de Buenos Aires». Y más adelante añade: «Entre nosotros, que diariamente podemos comprobar que no tenemos conciencia de los deberes del servicio público gratuito; que las Academias universitarias son citadas hasta diez veces

sin formar número; que el espíritu de asociación se reduce al afán de pocos ó muchos de figurar en las comisiones directivas; que salvo los momentos en que un agitador conmueve la multitud, nadie se acerca á una mesa electoral,... agregar á las funciones públicas una más sería correr el riesgo de caer en los mismos arrepentimientos que el decreto español cuyos considerandos he transcrito» (1).

El autor censura que, mientras por un lado se encomia cada día la necesidad de la división del trabajo y la superioridad de los especialistas, por otro se diga que la educación y la práctica especiales de la judicatura «son un inconveniente grave para llegar á la verdad». No es este, exactamente, el argumento que se ha usado para defender la anexión de los jurados á la función judicial, sino el de que la estrechez del punto de vista puramente legal en que se encierran los jueces, y que el hábito va cada vez limitando y cristalizando más, les quita flexibilidad para apreciar lo complejo y diferente de las circunstancias extrajurídicas que cada caso justiciable lleva consigo.

Pero el Sr. Rivarola conoce también las deficiencias de la judicatura actual de su país, y por eso dice: «En resumen: ni el jurado ni la magistratura actual, reclutada, salvo honrosas excepciones de los que han demostrado ocasión, entre las vulgares mediocridades. Lo que se necesita es una magistratura especialmente preparada, con más serios estudios, y, en este caso, habría que agregar con mejores rentas».

Finalmente, para el autor «la verdadera salvaguardia del derecho y de la libertad, que será el imperio de la justicia, debe buscarse en la independencia del poder judicial, y en este sentido no me parece que sea posible entre nosotros una discusión teórica».

Por lo que toca á la forma de enjuiciar, he aquí cómo explana su idea el Sr. Rivarola:

---

(1) Alude al de 3 Enero 1875.

«El código de procedimientos que rige actualmente en la capital de la República y territorios federales, corresponde al sistema del proceso mixto... pero en la perpetua variación de forma que admiten los séres mixtos, según la frase de Carrara, participa notablemente de las formas del procedimiento inquisitorio puro, y en la práctica no es otra cosa». El Sr. Rivarola es contrario á este procedimiento, que califica de «regazo de barbarie y de tiranía en que no se aspira á la verdad y á la justicia, sino al terror que asegure el orden». Y completando juicios anteriores que pudieran parecer, tal como se han visto, muy absolutos, añade: «Lo que tiene, pues, de sensato y justo el juicio por jurados, no es el hecho de que estos jueces sean ignorantes de la ley y no tengan otro criterio que su impresión del momento, sino las formas racionales del juicio en que el acusador y el reo puedan mirarse frente á frente; en que testigos y peritos comprometan solamente su propia estimación y dignidad, obligados á informar en voz alta ante el tribunal, el acusador, el reo y el público; en que la acusación y la defensa puedan pronunciarse de viva voz... y en que, por último, los mismos jueces se vean obligados á pronunciar la sentencia en el acto mismo, á la vista del pueblo que pueda informarse de su buen criterio, de su imparcialidad y de su rectitud».

También está el Sr. Rivarola en contra del juez instructor. «El juez instructor según nuestra ley, que puede iniciar el procedimiento de oficio (art. 179), que una vez admitida la denuncia está obligado á iniciar todas las diligencias necesarias para la averiguación del hecho y de los delincuentes (arts. 169 y 196), que puede dirigir por sí solo el sumario (art. 195), que puede negar sin recurso alguno todas las diligencias con que el procesado quiera justificar su inculpabilidad (art. 180), que puede librar órdenes de detención inapelables (Jurisprudencia de la Cámara de lo criminal), que dicta, sin audiencia de partes, una semicondenación en el auto que cierra el sumario y pasa la causa á plenario (art. 429), es un funcionario en cuyas

manos están reunidas las dos facultades incompatibles de juez y parte que hacen odiosa su misión».

Son, igualmente, interesantes las razones que arguye contra la apelación y contra el actual carácter indeciso de los fiscales. Para él, «las funciones propias del ministerio público en el juicio criminal, deben ser clara y francamente las de un acusador, abandonando las frases y metáforas que lo erigen en representante de la ley, de la sociedad, de la causa pública y demás. En este carácter de acusador debe facilitársele todos los medios para que pueda investigar y reunir todas las pruebas y elementos de acusación».

Ya hemos visto antes que el Sr. Rivarola es enemigo de la apelación. En vez de los Tribunales que para ella existen, pide la creación de un Tribunal superior ó supremo, dividido en salas.

Los capítulos XI y XII del libro que examinamos son un resumen de los anteriores, y en ellos el autor condensa sus ideas en punto á la organización de Tribunales (siempre colegiados) y al procedimiento. En el capítulo XIII vuelve á discutir su oposición á la querrela particular. He aquí las principales razones que aduce: «Si entendemos en derecho que el interés es la medida de las acciones, y acudimos á examinar cuál es el interés que mueve al querellante particular en los delitos de acción pública, independientemente de la reparación de los daños, no encontraríamos otro sino el de la venganza personal. ¿Podemos y debemos admitir las satisfacciones de la venganza personal como criterio para acordar la acción penal al damnificado por un delito?» Por otra parte, la estadística demuestra que se usa poco esa acción. «En las 1.220 causas iniciadas en la secretaría del Dr. Mercado, solamente 95 lo fueron por querrela de parte». El autor cita también casos de desistimiento verdaderamente graves. Un empleado del Nuevo Banco Italiano de Buenos Aires fue denunciado como defraudador por sus jefes, por la suma de 14.000 pesos. Pocos días después el Banco desistió de su querrela, alegando que no exis-

tía defraudación, y sí tan sólo un error de contabilidad en los libros. La carta del gerente al juez, dice: «Que por explicaciones dadas por el señor R., por intermedio de su letrado al doctor A., así como por documentos exhibidos, el Banco ha practicado investigaciones que lo han llevado á evidenciar que, si bien los actos del señor R., que motivaron la denuncia, *prima facie* revestían los caracteres de delito, en el fondo no han consistido sino en omisiones de contabilidad de su parte, en libros á su cargo; y entonces cumplo con venir á declararlo así á la justicia, dado que el Banco ha sido *reintegrado* de las sumas por que el señor R. resultaba deudor, etc.» Y el Sr. Rivarola comenta con mucho acierto: «Tratándose de un delito de acción pública, ni la instrucción pudo declararse cerrada, ni el agente fiscal pudo aconsejar el sobreseimiento, si se le dió intervención, con la manifestación del damnificado de haberse devuelto las sumas que decía defraudadas. Si hubo *reintegración* de sumas, hubo *sustracción* de sumas, y la justicia no podía cerrar los ojos ante la manifestación del querellante particular que, satisfecho su único interés, no quería perseguir el delito imputado. La frecuencia de estos hechos es muy conocida».

La legislación uruguaya, para evitar este defecto, constituye como única «parte acusadora al ministerio público en los delitos que no son esencialmente privados».

Por último, y en lo que se refiere á la indemnización civil, el Sr. Rivarola dice: «La intervención del damnificado por el delito, al efecto de ser indemnizado de los perjuicios sufridos, es necesaria cuando se atribuye autoridad de cosa juzgada en lo civil respecto de lo fallado en el proceso penal. Aun entonces la intervención puede ser reglamentada, como lo está en Francia, al sólo propósito de garantizarle lo relativo á las indemnizaciones á que tiene derecho, sin acordarle facultades de acusador.—El Código civil argentino, ocupándose de cuestiones que, como se ha observado muchas veces, no son propias de la ley de fondo, ha resuelto, en el art. 1.096, que la indemnización

del daño causado por delito sólo puede ser demandada por acción civil, independiente de la acción penal. Si este principio se lleva á sus últimas consecuencias, se reconocerá necesariamente que el fallo dictado en lo criminal no puede tener ninguna influencia en lo civil, y todo derecho del damnificado quedará así garantido, aun á riesgo de las resoluciones contradictorias en lo civil y en lo criminal».

El libro termina con un capítulo en que el autor estudia brevemente el problema de la justicia en todo el territorio de la República, como complemento de lo que precede, dedicado tan sólo á la capital.

Las *Instituciones del Derecho civil argentino* no consienten, por su índole, un análisis como el que acabamos de hacer en punto á *La Justicia en lo criminal*. Baste decir que el autor va examinando una por una las instituciones y relaciones jurídicas llamadas civiles, exponiendo la doctrina de cada una y citando los artículos del Código que se les refieren.

\*  
\* \*

Del Sr. Quesada se ha hablado diferentes veces en estas LECTURAS. Hoy solicita nuestra atención con dos nuevos libros. Uno de ellos, que lleva por título *Historia diplomática nacional: La política argentino-paraguaya* (1), responde, según el mismo autor, al siguiente propósito: «Me daría por muy satisfecho si, con motivo de esta monografía, resultara fijado, una vez por todas, el papel de la diplomacia argentina y la política internacional de nuestra cancillería en los asuntos del Paraguay. Hoy es aquél un capítulo terminado: ya no existe cuestión paraguaya. Pero conviene explicar á las nuevas generaciones los móviles y la conducta de nuestros estadistas en el delicado proceso histórico que culmina con la guerra contra López y el semillero de cuestiones que, como consecuencia

(1) Buenos Aires, 1902, 4.º, XXI, 302 págs.

de la misma, surgieron entre los aliados... como también el alcance de la política de la triple alianza y la orientación de dos gobiernos que reaccionaran contra ella».

Se trata, pues, de un capítulo de historia contemporánea sudamericana, cuyo asunto concreto vienen á ser los tratados argentino-paraguayos de Febrero de 1876. El autor desarrolla ampliamente su tesis estudiando los antecedentes diplomáticos de 1810-1814, los tratados Sava-Tejedor y la negociación Yrigoyen-Machain (1875-76) y sus consecuencias, con el arbitraje 1877-78. Como apéndices, incluye un examen de la política argentina en el Paraguay y una polémica histórica en que figuran opiniones de los Dres. Pellegrini (Ernesto), Yrigoyen y Peña, y las del autor.

El tema del otro libro es de interés más general. Bajo el título de *El Criollismo en la literatura argentina* (1), el Sr. Quesada discute la opinión muy corriente, en españoles y argentinos, que considera «únicamente como genuina producción de la literatura argentina lo escrito en el lenguaje diario de las clases populares que moran el Río de la Plata», es decir, la que se denomina literatura *gaucha*. «Esa tendencia literaria neo-patriótica—añade el autor—quiere reconocer tan sólo como argentino lo que lleve el sello *criollo*, con todos sus inconvenientes, pero con su carácter típico, que lo diferencia de las razas de otros pueblos. Tiempo hubo cuando se enlazó, á su vez y á cuerpo descubierto, con la pretensión de que debemos independizarnos del castellano—para completar así, según los neo-criollos, la independencia política de 1810,—formando *un idioma nacional de los argentinos*, que se rija exclusivamente por el uso diario y libérrimo de nuestro pueblo soberano... y cosmopolita».

El Sr. Quesada es contrario á esta tendencia, que lleva en su seno una estemporánea intención política, un revivir malo de antiguos rencores y que, literariamente, no es menos peligrosa.

(1) Buenos Aires, 1902, 4.º, 131 págs. ,



«Mirado ese hecho—dice—á todas luces y en todos sus aspectos, es evidente que tal tendencia debe declararse errada y perniciosa: en cualquier época y en cualquier país, el idioma nacional ha presentado siempre el mismo fenómeno de dividirse en lengua noble, ó sea, el habla literaria, y en vulgar, ó sea, el usado por la generalidad del pueblo... Únicamente cuando el dialecto se derrama á toda una comarca y es hablado allí, á la vez, por todas las diversas capas sociales, puede aspirar, no solamente á los honores de una literatura regional, sino que todavía á tomar los caracteres de un idioma escrito... Excelente cosa es, pues, que se emplee el dialecto, sea fragmentaria ó totalmente; pero aspirar á que las obras así escritas sean las genuinas y exclusivas representantes de la literatura de una nación, tan sólo por adoptar la forma idiomática del hablar vulgar, me parece un verdadero dislate, sin que esto signifique enemiga alguna contra la importancia de los dialectos».

Inquiriendo los orígenes de esa tendencia, el Sr. Quesada historia el proceso de la literatura gauchesca, desde Bartolomé Hidalgo, su inventor, y á través de las obras de Hilario Ascabusi, Estanislao del Campo y José Hernández, autores de los conocidos libros *Santos Vega*, *Fausto* y *Martín Fierro*. El Sr. Quesada concluye condenando «las tentativas hechas para resucitar, fuera de tiempo, un género lógico en su momento, absurdo hoy».

«Siempre hemos creído—dice á este propósito un crítico de la excelente revista uruguaya, *Vida Moderna*—que cultivar el *gauchismo cursi*, que diría Groussac, es desandar lo progresado; es no ya estancarse, sino retrogradar, rendir tributo á fórmulas que fueron y que tuvieron su razón de ser en épocas felizmente pasadas... es, hasta cierto punto, denotar falta del sentido civilizador.

»El criollismo, tal como lo vemos hoy, ya en la poesía, ya en el teatro, indebidamente llamado *nacional*, sólo es escuela de compadraje intolerable.

»Si se pretende cantar las leyendas criollas, no es preciso recurrir á un lenguaje prosáico y vulgar. Rafael Obligado, el poeta más «argentino» de su tiempo, como afirma Quesada, lo demuestra en *La muerte de un payador*.

»Por lo demás, es querer perpetuar en la poesía la ficción de lo que ya no existe. En verdad, el gaucho ha muerto. Esto no quiere decir que sea obra santa rechazar su memoria y su leyenda. No, de ninguna manera; pero nos parece que debe guardarse pura la esencia de la tradición, no desvirtuándola en su carácter. Acaba de decir magníficamente un espíritu culto (Mariano de Vedia):

«La tradición no es para mí sino el vínculo íntimo, poético, melancólico, diré, de las generaciones, en la sucesión de las edades; no impone deberes de conciencia, ni reglas de conducta, no sirve como fuente de ideales, porque sólo arrastra en su curso cosas muertas; es la vida pasada, la vida vivida, mientras lo que debe preocuparnos, en provecho propio y en provecho de los que nos sustituirán, es la vida venidera, la vida por vivir. Es mucho más útil cultivar esperanzas que cultivar recuerdos, porque las esperanzas aceleran la marcha y los recuerdos la acortan y la detienen».

Deploramos que la forma volandera de estas LECTURAS y su obligada brevedad nos impida seguir poco á poco el minucioso análisis que el Sr. Quesada hace de la literatura y el *idioma gauchescos*. La cuestión, por el íntimo enlace que tiene con la general del castellano en América y con las pretensiones del Dr. Abeille y sus imitadores (de que ya se ha tratado en estas páginas), interesa mucho á los lectores españoles. El autor resume sus argumentos en el siguiente párrafo final, en que alude á un libro del Sr. Soto y Calvo, defensor del «criollismo»: «Creo que el error fundamental de *Nostalgia* consiste en no mirar por su corazón y por su lengua, olvidando que, en un país como el nuestro, de índole exageradamente cosmopolita, donde ideas y costumbres andan en revuelta confusión, es deber de los cultores de las letras tratar de salvar el lenguaje litera-

rio—el cual, precisamente, es el depositario del espíritu de la raza, de su genio mismo—de la contaminación y corruptela de aquel entrevero de gentes y de idiomas; de ahí que sea menester que, por sobre nuestro cosmopolitismo, se mantenga incólume la tradición nacional, el alma de los que nos dieron patria, el sello genuinamente argentino, la pureza y gallardía de nuestro idioma». Y, en una nota, traslada el acuerdo del Congreso pan-americano de Méjico, según el cual: «Considerando que el idioma castellano, por conformidad unánime de filólogos americanos y europeos, tiene en el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, del escritor colombiano D. Rufino J. Cuervo, un monumento que honra altamente á la ciencia de América, destinado á contribuir de modo poderoso al mejor conocimiento y perfección del idioma mismo», y que por el mucho coste de esta obra sólo ha podido el autor publicar los dos primeros tomos, quedando inéditos otros tres, los delegados recomiendan á sus respectivos Gobiernos que tomen á su cargo, mediante suscripción que abrazará toda América, la impresión del monumental *Diccionario*».

El Sr. Quesada añade este comentario sabroso: «Es realmente curioso que Cuervo, malgrado sus inclinaciones separatistas en materia de idioma, según su monografía del *Bulletin hispanique*, haya servido, con su monumental *Diccionario*, de lazo de unión entre todos los países de América, los que han aprovechado la oportunidad para proclamar la necesidad de contribuir, de modo poderoso, al mejor conocimiento y perfección del idioma mismo».

\*  
\* \*

El Dr. E. M. Cavazzutti teme, con razón, que el enorme crecimiento de la literatura científica acabe por hacer imposible todo progreso ó, cuando menos, impida que los estudiosos sigan paso á paso el desarrollo de las doctrinas é invenciones y puedan escoger acertadamente lo útil en medio de la terrible

maraña de libros, folletos y revistas que caen como lluvia torrencial sobre los cultivadores de cualquier ramo de conocimientos. La preocupación es legítima. Con referencia especial á la Historia de California, ha dado nacimiento á la célebre Biblioteca de Bancroft, cuyo origen y organización cuenta con mucha gracia Langlois (1). El *Proyecto* del Dr. Cavazzutti (2) viene á tener una orientación semejante.

He aquí su plan:

«En cada capital de los Estados Europeos, y en las principales ciudades de ambas Américas, de Australia y de las naciones civilizadas del Asia, se establecerá un Instituto Científico que se denominará *Emporium*, y será dividido en tres REPARTICIONES: *Bibliográfica*, *Experimental*, y *para los Congresos*.

*Repartición bibliográfica*.—I. Estará dividida en tantas secciones cuantas ramas tiene el saber humano.

II. Cada sección estará regida por una Comisión de personas idóneas, que elegirán de su seno á un director.

III. Los directores reunidos constituirán el Consejo directivo que deberá dirigir la Repartición, representarla en los Congresos intra é internacionales de los Emporium, de las casas editoras, de la prensa, de los bibliotecarios, etc.; é intervendrán en las desavenencias de orden interno y en las que podrían surgir entre Comisiones, editores y autores.

IV. Los editores de toda nación europea tendrán el deber de remitir á sus Emporium, y los de América, Australia y Asia á los Emporium designados, todas las obras científicas—libros, folletos, memorias académicas, actas congresales y periódicos—recién publicados.

V. Cada Comisión tendrá el encargo de hacer de todas las

(1) V. su libro *Questions d'histoire et d'enseignement*. París, 1902.—3,50 francos.

(2) Buenos Aires, 1902.—Un vol. de 180 págs., en que el Proyecto va impreso en inglés, español, francés, alemán é italiano.

obras relacionadas con su ramo extractos claros, sucintos y breves que den, á primera vista, la idea exacta del argumento que tratan.

VI. Los extractos de los artículos deberán contener, con el nombre del autor, el título del periódico en que han aparecido, el sitio de su publicación y la fecha; los de las memorias académicas sus títulos, el título de la Academia y el nombre del autor; los extractos de libros y folletos deberán contener el título, la fecha, su precio, los nombres del autor y el editor, y la exposición sumaria del índice, que podrá ser inserta, si así conviniera al que hiciere la relación, en el extracto mismo.

VII. Los extractos se publicarán mensualmente en volúmenes, de tamaño reducido, con el título de «EMPORIUM», REPARTICIÓN BIBLIOGRÁFICA, y con la indicación de la materia tratada, por ejemplo: *Sección Médica*.

VIII. Estas publicaciones se canjearán recíprocamente entre todos los *Emporium* del mundo, y se les dará la más extensa difusión, remitiéndolas gratuitamente á todas las bibliotecas particulares y públicas, á las enseñanzas de las Universidades, á los Institutos de Educación, á los Círculos y Laboratorios Científicos, á las Academias, á los sabios de renombre y á cuantos las solicitaran».

Tarea análoga corresponderá á *Repartición experimental*, por lo que se refiere á la experimentación de los trabajos de laboratorio en ciencias naturales y antropológicas (v. gr., la pedagogía).

La *Repartición para los Congresos* tendrá por función especial «preparar, organizar y facilitar los Congresos nacionales é internacionales, y concurrir á que su acción sea práctica, eficaz y fecunda».

El autor cree firmemente que «las Reparticiones Bibliográficas, excluyendo de los *Emporium* los trabajos sin valor científico, y premiando los explicados con la brevedad más rigurosa, concurrirán á disminuir la excesiva producción bi-

bliográfica y á concentrar y restringir siempre más el material utilizable».

El proyecto está dedicado al célebre Andres Carnegie.

\*  
\* \*

El libro de Americo Lugo (1) es una colección de artículos, relativos unos á cuestiones de política é historia dominicanas, otros á cuestiones generales de derecho y educación. Del primero de ellos, *Sobre política*, entresacamos los párrafos siguientes, que dan idea del estado actual del pueblo dominicano:

«Los pueblos no tienen salvadores: pueblo que cree necesitar un hombre para salvarse, no merece categoría de personalidad internacional; pueblo que afirma que un hombre le arrebató sus derechos, es un imbécil que necesita salud y escuela. Creo sinceramente que todos los gérmenes que crearon la antigua situación política, pugnan por restablecerla; que la Revolución de Julio, revolución de sentimientos, no ha transcendido suficientemente á las ideas... que la intransigencia es la actitud menos conveniente para el logro de la felicidad pública... Si, como creo, nuestros males provienen de nuestra ignorancia y de nuestra debilidad, á combatir estos defectos, no hombre ninguno ni partido ninguno, apliquemos nuestros esfuerzos... No hay que forjarse ilusiones sobre el valer moral del pueblo dominicano. El valer moral alcanza siempre el límite de la capacidad intelectual, y nuestra capacidad intelectual es casi nula». Con ardoroso y valiente patriotismo el autor aboga por la lucha contra la ignorancia para salvar á su país.

Respecto de las relaciones entre los pueblos americanos y España, dice: «Bien pueden llamarse hispanoamericanos los Centro y Sur-americanos. Pero por lo que tienen de hispanos no ha de seguirse que sólo deban considerarse españoles por

---

(1) *A Punto-largo*. Santo Domingo, 1901, 222 págs.

el origen. Por el origen son tan americanos como españoles... Pero en la formación de toda nacionalidad existe un vínculo, que es precisamente el de la sangre: el vínculo histórico, tradicional. Es innegable que éste no nos le han dado los americanos primitivos». Ese vínculo procede de España. «Por la influencia decisiva de lo español en el elemento más decisivo de la formación de una nacionalidad, las nacionalidades Centro y Sur-americanas han venido á ser hijas de España antes que de ninguna otra madre». Españoles son sus defectos y sus cualidades buenas; su literatura y su religión; su fanatismo intolerante y su política; su valor en la guerra y su holganza en el campo... «España, sin embargo—concluye—ha esparcido tanto perfume de virtud y nobleza en el ambiente americano; tanto polvo de grandeza cubre las manchas de sus armas, que no es posible que no olvidemos faltas, que no perdonemos extravíos, para irnos tras el alma de ese gran pueblo, figuración terrible y dolorosa del mayor de sus conquistadores, que busca en nuestros bosques solitarios, en la cima de nuestras montañas altísimas, en la blanca espuma de nuestros mares, en la obscuridad de nuestras ruínas, el recuerdo de la perdida gloria».

Dedícanse ahora los americanos, con ahinco, á publicar libros inéditos ó traducir los ya conocidos que se refieren á su historia antigua y á la exploración de sus tierras. Ejemplo de ello hemos visto en otras LECTURAS, al citar la abundante producción de este género que el Perú nos ofrece.

Igual carácter reviste el *Viaje de Vanconver* (1) que acaba de traducir el Sr. Peña M., y á este título lo señalamos á nuestros lectores, pues el *Viaje* mismo no es ninguna novedad para los estudiosos de Europa.

HISPANUS.

MEMENTO.—E. Frugani, *De lo más hondo*, prólogo de José E. Rodó, Montevideo, 1902.—J. Gabriel Machado, *El criterio de una Eva*, diálogo filosófico, Ciudad-Bolívar (Venezuela), 1902.—República dos Estados-

(1) Santiago de Chile, 1902, 24-104 págs.

Unidos do Brasil, Directoria geral de Estadística, *Registro civil, 1895*, Río de Janeiro, 1901.—Idem, *Idades, População recenteada em 31 Dezembro de 1890*.—Tomás A. Ramírez, *La misión civilizadora del Estado*, Santiago de Chile, 1901.—S. Escobar, *Geografía de Guatemala*, Guatemala, 1899.—*Memoria de Estadística de la República de Guatemala*, Guatemala, 1893.—*Memoria de Relaciones exteriores y Justicia, de San Salvador*, San Salvador, 1901.



## CRÓNICA LITERARIA

---

*En torno al Casticismo*, por D. Miguel de Unamuno.—*Cultivadores de los estudios históricos en Cataluña en el siglo XVIII*, discurso de recepción de D. Antonio Elías de Molins, en la Academia de Buenas Letras de Barcelona.—*Desgarrada* (novela), por Caïel.

Los estudios titulados *En torno al Casticismo* se publicaron en esta Revista hará cosa de siete años, y ahora se han reimpresso en la *Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales*, que aparece en Barcelona bajo la dirección de D. Alfredo Calderón y don Santiago Valentí Camp. Fueron estos estudios la primer obra importante de Unamuno, por lo menos la primera que se difundió entre el público y dió á su autor la fama, que desde entonces ha ido creciendo, de escritor original y pensador profundo.

Al reimprimirlos hoy, el autor les ha conservado la redacción primitiva, sin introducir en ellos modificaciones, si bien en el prólogo de la edición actual indica en qué puntos ha variado su parecer. El asunto de esta obra es de gran interés teórico, quizás no carezca de aplicación práctica, según indicaré luego, y la manera como lo ve y lo explica Unamuno, es agradable y sugestiva; deleita y hace pensar.

El título es muy propio. Se titulan estos estudios *En torno al Casticismo*, y, en efecto, alrededor del casticismo giran, sin ser un estudio ordenado y sistemático de él, en que se sigan derechamente los caminos de la demostración lógica ó de la exposición retórica. El discurso se aparta á cada paso del camino real, se va por la derecha, por la izquierda, vagabundea,

y á veces el lector pierde la noción exacta del camino recorrido. Dice el autor, al final de estos estudios, que le resultaron «notas sueltas, sarta sin cuerda, en que se apuntan muchas cosas y ninguna se acaba». Algo de eso hay, en efecto; la digresión es la regla, la continuidad en los razonamientos, la excepción. Parece el libro de Unamuno, escrito al correr de la pluma, á medida que se le iban ocurriendo las cosas, sin pararse á ordenarlas y clasificarlas, por inspiración espontánea, no con reflexión metódica, y esto que da al libro su original fisonomía, por lo que toca á la forma, es causa de que sea ésta una obra que pide *lenta lectura*, y lectura repetida, y que de primeras deja una inspiración fragmentaria, confusa, de la cual no descuella un principio de unidad.

Esta forma de estar escritos los estudios de Unamuno, se ajusta sin duda al modo natural de la producción del pensamiento. Nadie piensa en forma silogística, ni según el orden riguroso de las partes del discurso. La abundancia de digresiones es señal, sin duda, de riqueza de pensamiento. Cada idea evoca y arrastra tras de sí otras. La cuestión está en averiguar si se debe escribir como se piensa ó si los artificios de una exposición metódica y sistemática son útiles. A mi parecer, lo son indudablemente en los escritos didácticos, en todos aquellos en que se trata de enseñar ó de demostrar algo, de sostener una tesis cualquiera. Sin duda el trabajo reflexivo de ordenación roba al pensamiento parte de su nativa frescura, le quita savia y jugo al encajonarle en los moldes lógicos, le desarticula, le poda vistosas ramillas que le hacían más grato á la vista, le somete á las formas rígidas y regulares de una geometría del pensamiento; pero con todo eso gana la claridad, el escritor se hace comprender mejor y de un mayor número de personas, hace más preciso y más visible el esquema de su pensamiento, acuña en moneda circulante que pueden dar y tomar todos la materia prima de su originalidad. Artísticamente, es superior la forma de exposición que emplea Unamuno; para los fines demostrativos, inferior.

Pasemos de la forma al fondo. De lo castizo se habla generalmente refiriéndose á las letras. Es uno de los elogios de cajón, uno de los *tópicos* del bombo. A cada paso vemos impreso, hablando de libros, que el lenguaje es castizo, que lo es la forma ó el estilo. Es un elogio desprestigiado por el abuso, una de esas palabras que de puro traídas y llevadas se ponen borrosas y pierden el sentido. Pero lo castizo, como indica Unamuno, no se limita á un modo de decir; igualmente puede aplicarse al pensar y al obrar. Lo castizo es lo conforme á la casta, lo que conserva ó manifiesta con fidelidad el carácter de un pueblo. Al elogiar la cualidad de castizo lo que se elogia es esa fidelidad. Se afirma implícitamente que á un pueblo le conviene ser consecuente con su índole privativa, cultivar su viña, ser lo que es en lugar de procurar ser lo que son otros. Es una defensa de la originalidad, de lo diferencial, de lo característico, que tira insensiblemente á exclusivista.

¿Y dónde se busca la revelación ó el patrón de lo castizo? No se puede buscar en la historia toda de un pueblo, porque cuando esa historia está acabada, el pueblo ha pasado, no existe ya y la investigación de lo que en él fue castizo se reduce á un ejemplo histórico, á un tema erudito, como sería si nos pusiéramos á averiguar el casticismo de romanos ó griegos. La cuestión de lo castizo suele plantearse con relación á un pueblo vivo y con tendencia á aplicaciones prácticas: criterio, consejo, censura. ¿Y qué se hace entonces? Se busca la norma de lo castizo en una época, en el período culminante de la historia de un pueblo, en los días en que dió de sí cuanto parece que podía dar y desenvolvió plenamente su carácter. El espíritu de la casta, el genio nacional ó el genio de la raza dió entonces, se supone, sus más maduros frutos. A ese pasado se va á buscar lo castizo, y como lo castizo es lo diferencial de la casta, fácilmente se incurre en la confusión de tomar por ello lo diferencial de aquella época de apogeo en que se presume que floreció mejor el casticismo. Por ahí se convierte

éste en tradicionalismo, y el empeño en restaurarle en esfuerzo en revivir lo pasado, en resucitar cosas muertas.

Unamuno estudia el casticismo español. Tratándose de España, la elección de época castiza, típica, no es dudosa. Pueblo en decadencia, volvemos instintivamente la mirada á los días de nuestra grandeza. Lo castizo es nuestro siglo de oro, la literatura y el lenguaje de entonces, y aceptando las demás consecuencias, las instituciones, costumbres y manera de ser de aquella época. En literatura suele admitirse esto sin dificultad, porque las letras y las artes están más desligadas de los intereses que crea el mudar de los tiempos y el andar de la historia. No así en política y en las demás formas de actividad que influyen más en la vida práctica. En éstas la adhesión á lo castizo y á su cristalización en una época—en nuestro siglo XVI—queda reducida á una escuela, al tradicionalismo en sus diferentes formas y matices.

Contra esta tendencia va el notable libro de Unamuno. En él investiga los caracteres del casticismo histórico tal como suele entenderse. Busca su manifestación en la literatura, especialmente en el teatro, en la mística, y también en la cuna física de la casta histórica, Castilla. Siguiendo el método de Buckle, relaciona con las condiciones del medio físico las cualidades espirituales del pueblo y uno de los más notables pasajes de su obra es ciertamente aquel en que describe el clima y el paisaje de Castilla y explica por ellos ó en relación con ellos el alma castellana.

Las conclusiones de Unamuno son *anticasticistas*. Cultivando su nota diferencial un pueblo, camina á su empobrecimiento espiritual. Lo castizo no debe buscarse en una época pasada; la tradición eterna no la hallaremos atrás, en la superficie histórica de una época, sino en lo presente, pero tampoco en su superficie, sino en lo intrahistórico ó subhistórico, en lo que está debajo de la historia aparente, en lo que es elaboración espontánea de la vida del pueblo, costumbre. Ahí hallaremos el fondo humano unido á la nota diferencial. Y en vez

de encerrarnos en nuestro propio ambiente, cerrando puertas y ventanas para que no entre el aire de fuera, hay que orear nuestra morada histórica dejando paso á esas influencias. No hay que encerrarse en el capullo del gusano muerto.

Muy fundadas parecen las conclusiones del sabio rector de Salamanca. Los partidarios del casticismo, tal como suele entenderse, al combatir las imitaciones de lo extranjero las dan como señal y confesión de impotencia é infecundidad presente. Y no advierten que el atenerse á lo pasado y desandar el camino para ir á buscar atrás normas é inspiraciones no es menor señal de infecundidad y de pobreza.

El amor á lo pasado es, en verdad, uno de los sentimientos más naturales. La frase de Spencer «los muertos gobiernan á los vivos» es una observación verídica y profunda. La fuerza del hábito, la incorporación de propensiones y cualidades por efecto de la herencia colectiva, explica de sobra el apego á lo antiguo. Y á esa influencia inconsciente, instintiva, que es la más sólida y segura, se une en los espíritus cultivados la afición arqueológica, el gusto por las cosas pasadas y la sugestión del consentimiento ó el aplauso de la posteridad. En la admiración que despiertan las obras maestras de épocas pasadas entra por mucho el que las han admirado numerosas generaciones, y llegan á nosotros como cosa consagrada ya, á favor de la cual han dado los hombres en el curso del tiempo sentencia definitiva.

La admiración y el aplauso de tantas generaciones parecen incorporarse á las cosas que alcanzan esta gloriosa supervivencia, y con ellos se imponen á nuestra crítica al punto de parecernos insuperables.

Pero ¿puede tener aplicaciones prácticas esta cuestión del casticismo? Si el casticismo es un bien y la norma de lo castizo está en lo pasado, ¿se puede volver á ese pasado mediante un esfuerzo reflexivo? ¿Puede un pueblo volverse castizo si dejó de serlo, si perdió las cualidades que se suponen características de la casta? ¿Es posible efectuar ese retorno, con su cuenta y

razón, como cosa conveniente? Desde luego puede contestarse que no. La elaboración del carácter de un pueblo es obra espontánea, y en vano intentarían encaminarla por una dirección diferente de aquella á que naturalmente se incline todos los pedagogos, todos los estadistas, todos los poderes tutelares. El carácter es irreformable. Y no sólo el carácter en sus hondas raíces, pero tampoco sus manifestaciones exteriores son fácilmente modificables con arreglo á un plan reflexivo y en vista de una ventaja ó una utilidad determinada. Para hacer un experimento de esta clase con algunas probabilidades de éxito se necesitaría una condición que está fuera de la realidad histórica presente: la existencia de generaciones sucesivas de gobernantes, de maestros, de directores espirituales y temporales de un pueblo, que se propusieran con unidad de miras el empeño de resucitar en él el espíritu que le animó en pasados siglos. Aun con esta condición sería problemático el resultado. Hasta en lo más modesto, en lo que más sencillo y hacedero parece vemos fracasar ensayos tales. Conservar el tipo de lenguaje del siglo xvi es sin duda mucho más fácil que resucitar el espíritu de la época. Lo último es una resurrección; para lo primero basta un embalsamamiento. Y sin embargo, á pesar de la acción conservadora de las Academias, de la enseñanza, de la lectura de los clásicos, del aplauso que rodea sus obras, el lenguaje varía cada vez más, y los que quieren seguir usando aquél no consiguen otra cosa que hacer frías restauraciones de un arcaísmo que huele á muerto, que no tiene ya alma ni calor. El mudar, en bien ó en mal, es forzoso, mientras dura la vida.

La consecuencia de esto parecerá ser que la cuestión del casticismo carece de aplicación práctica, pero no es así. La exaltación del casticismo en literatura, que es el terreno en que mejor se defiende y en que es defendible hasta cierto punto, puede servir de tapadera para exaltar otras cosas pasadas y para dorar las apariencias del espíritu de exclusivismo y aislamiento. Claro que esto no nos hará volver al siglo xvi; no

hay el menor peligro para quien peligro lo juzgue, ni la menor esperanza para el que haga de ello materia de esperanzas. Las fuerzas inconscientes y espontáneas podrán siempre mucho más que las reflexivas; pero, ¿á qué malgastar éstas en visitas á los cementerios de la historia? En este sentido, la doctrina de Unamuno es excelente.

\*  
\* \*

En la Academia de Buenas Letras de Barcelona ingresó ha poco D. Antonio Elías de Molins, escritor muy erudito y laborioso, que ha prestado importantes servicios á las letras patrias y á los estudios históricos, entre ellos el de haber sostenido bastante tiempo la *Revista crítica de Historia y Literatura española, portuguesa é hispanoamericana*, fundada por Altamira y digna de un apoyo que, por lo visto no ha hallado en el público, cuando va á desaparecer.

El Centralismo ha quitado importancia á estas Academias locales, pero de vez en cuando se leen en ellas discursos de importancia. A este número pertenece el del Sr. Elías de Molins, que versó sobre el estado de los estudios históricos en Cataluña durante el siglo XVIII, período interesante de la Historia de España, y poco estudiado hasta el presente. En Cataluña, donde la guerra de sucesión dejó más hondas y duraderas huellas que en el resto de la Península, por la participación especial que tomó aquella región en la lucha dinástica, ese período es de decadencia. Con todo, el Sr. Elías de Molins cita bastantes cultivadores de las ciencias históricas, y en particular de las antigüedades eclesiásticas. De entre todos ellos, se destaca la figura del Padre Cuaresmar, Abad de Bellpuig de las Avellanas, «sujeto de instrucción sólida, incansable investigador, inteligente palégrafo y entendido numismático»—dice el Sr. Elías de Molins—cuyas miras eran «sacar del poder de la ignorancia y del desprecio alguna parte del gran teatro de la antigüedad que está escondido». Al Padre Cuaresmar está con-

sagrada la parte más curiosa del discurso, y merece particular mención lo relativo á las persecuciones que padeció con motivo de haber rectificado algunos hechos legendarios relativos á Santa Eulalia. No le valieron al Padre Cuaresmar los grandes servicios que había prestado al Cabildo de Barcelona ordenando su archivo, trabajo ímprobo—dice el P. Traggia—en que consumió la flor de sus años extractando ó copiando por orden cronológico más de 14.000 escrituras; ni se tuvo en cuenta tampoco el gran servicio que había prestado al esclarecimiento de la vida de Santa Eulalia, descubriendo la urna ó sepulcro en que fué depositado su cuerpo en la Catedral de Barcelona. Bastó que distinguiese los martirios de las dos Eulalias y redujese á número más corto los trece tormentos de la Santa Eulalia de Barcelona, para que fuese objeto de sañuda persecución.

«El pueblo y varios escritores de pocas luces y menos criterio—dice el Sr. Elías de Molins—emprendieron dura y desconsiderada campaña contra el Padre Cuaresmar. En las calles de Barcelona fué apedreado, insultado, y se compusieron versos denigrantes faltos de caridad y de sentido común, que revelan el apasionamiento de todos, por haber roto con arraigadas preocupaciones y falsedades históricas». Algunas muestras de estos versos se copian en el discurso, y en una de dichas composiciones el poeta, después de llamar jumento á Cuaresmar, le compara con Daciano.

De dos Dacianos confieso  
Soys Eulalia perseguida,  
Uno que os quita la vida  
Y otro que os impide el rezo.

Las desventuras del Padre Cuaresmar, á quien el Cabildo de Barcelona llegó á cerrar las puertas de su archivo, del mismo archivo en cuya ordenación había consumido diez años de su vida, son uno de los muchos ejemplos que hay de cuán peligroso ha sido y acaso es todavía el papel de desfacedor de



entuerros históricos. Luchar con las leyendas de la historia, vale tanto como luchar con la credulidad, con la ignorancia, con el fanatismo, con una porción de monstruos que se encrespan y amenazan devorar al osado que pone la mano en ellos ó se mete por sus dominios.

En el discurso del Sr. Elías de Molíns hay más erudición que arte literario, más datos que retórica. Contando acaso con materiales suficientes para ello, no ha trazado un cuadro completo y orgánico de lo que fueron los estudios de erudición histórica en Cataluña durante aquella época. Ha reducido á proporción muy escasa la parte pintoresca de descripción de costumbres, que es el aderezo de estas monografías históricas. Se ha limitado á enumerar autores y obras, fijándose en la labor parcial de cada uno más que en el conjunto. Quizás la materia le pareció escasa y pobre el asunto para sacar una pintura general de historia de un género en un momento determinado, de las notas biográficas y bibliográficas que forman su discurso. Con menos materiales y menor estudio han dado otros más brillante y atractiva apariencia á trabajos menos sólidos y con menos base de investigación personal que el del Sr. Elías de Molíns. El *savoir faire* avalora los materiales de que se sirve el escritor de historia, y hasta sirve á veces para hacer pasar mucha moneda falsa. Dentro de su sencillez y de su falta de afeites literarios, el discurso del Sr. Elías de Molíns es una monografía muy recomendable.

\*  
\* \*

*Desgarrada* se titula una novelita de la distinguida escritora portuguesa que usa el seudónimo Caiel. Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA recordarán otra obra de Caiel: *Genoveva Montaña*, interesante novela epistolar en que hay mucha psicología femenina auténtica, es decir, interpretada por una mujer.

La nueva producción de la escritora portuguesa pinta tam-

bién un carácter de mujer. La heroína de la novela es seducida y busca su rehabilitación moral consagrándose al hijo que nace de sus desgraciados amores, para hacer de él un hombre de provecho. Tiene esta novela cierto sentido feminista, y lo más característico de ella es el contraste de las dos morales del seductor y de la seducida. El seductor es lo que los franceses llaman un *arriviste*, un hombre que quiere llegar á conquistarse una posición sin escrupulizar mucho en los medios. No abandona á Germana (así se llama la heroína de la novela) por desamor ó cansancio. En realidad, no la abandona, se casa con otra que le da la posición; pero quisiera conservar á la amada. Y Germana, herida en su delicadeza de mujer por aquel desengaño, se consagra en absoluto á su hijo, y cuando pasados los años el seductor aparece otra vez, ya viudo, y quiere reanudar la pasada historia de amor y reivindicar el hijo, ella le rechaza. Entre los dos no hay ya nada de común; el engaño pasado es irreparable, el hijo es de ella, que le hizo hombre. Así las dos morales, la moral acomodaticia y fácil del seductor, y la moral austera y algo rencorosa de la seducida, son dos morales divergentes de la moral común, partidaria de las justas nupcias y de la legitimación por subsiguiente matrimonio, con arreglo á la cual terminaría en boda la novela.

La obra de Caiel es una novela un poco fría. Contiene algunos cuadros de costumbres de la clase media portuguesa trazados con soltura. En este punto las novelas modernas de escritores lusitanos tienen cierto aire de familia. Los tipos que presentan son muy semejantes. Quizás el medio social no ofrece mayor variedad. En cuanto puedo juzgar de un libro escrito en lengua para mí extranjera, la prosa de Caiel me parece correcta y elegante.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—OCULTISMO: La religión del asesinato.—PSIQUIATRÍA: -Rarezas de los hombres geniales.—Simpatías y antipatías.—Gastos gastronómicos.—SOCIOLOGÍA: Papel social de la alegría.—PSICOLOGÍA: Cómo trabaja el hombre de genio.—LITERATURA: El trabajo de estilo en Gustavo Flaubert.—COSTUMBRES: Las bibliotecas ambulantes.—TOLSTOISMO: La ciencia política y el dinero.—INTELECTUALISMO: La influencia alemana.—IMPRESIONES Y NOTAS: Bismarck y el número 3.—Á la memoria de Virchow.—La expansión rusa.—Los matrimonios por sorpresa.—La fortuna de Edgardo Poe.—En fabla del lugarejo.

## OCULTISMO

LA RELIGIÓN DEL ASESINATO.—Juan Finot, el distinguido Director de *La Revue* de París, dedica un artículo al estudio de la famosa secta india de los Thugs, que cree firmemente en la extrangulación del prójimo como medio seguro de salvación eterna, y que pone en práctica semejante creencia con un fervor y fanatismo espantables, para hacerse gratos á la diosa Kali.

El capitán Patou ofreció, en 1890, al Gobierno inglés un curiosísimo mapa ó plano de la provincia de Uda, en el que aparecían señalados los sitios en que los Thugs habían extrangulado y sepultado á sus víctimas. En la memoria explicativa del plano, se encuentran detalles espeluznantes. Allí figuraban unos 5.200 asesinatos cometidos por unas cuarenta personas, todas estimadísimas en el país, y por todos respetadas y consideradas. A la cabeza figuraba el venerable Buhram, que en el espacio de cuarenta años había cometido 934 asesinatos;

le seguía Ramson, que había extrangulado 608 personas, y detrás venía Fussy Khan, que había asesinado á 508, pero sólo en treinta años, saliendo, per consiguiente, á 25 asesinatos al año, uno cada quince días. Los siguientes Thugs de la horrenda lista tenían á su cargo cifras de menor consideración, figurando Imanibuy el Negro, con 340 extrangulaciones; Alayar, con 277; Muckdumi, con 264, y así sucesivamente.

Las estadísticas inglesas han llegado á pretender que se inmolaban en la India anualmente, en honor de la diosa Kali, de 30.000 á 50.000 vidas humanas, siendo lo más admirable que estos asesinatos tan numerosos se ejecutaban siempre sin que nadie los viera ni nadie los denunciara. Las familias mismas de las víctimas, por temor ó por superstición, no se atrevían á presentar una queja, ni menos á dirigir una acusación á nadie. Y los asesinos eran personas estimadas, de gran posición social, magistrados y funcionarios respetabilísimos.

¿Por qué semejante conducta? Por la creencia de que cada uno de aquellos asesinatos era un mérito más á los ojos de la insaciable diosa, y una letra girada sobre la vida futura para ser cobrada en bienandanzas y felicidad eterna. Los mismos asesinados, con arreglo á la doctrina de los Thugs, participaban de aquellas venturas al ser sacrificados en aras de la diosa Kali, y lejos de hacerles un mal con extrangularlos, se les hacía un grandísimo bien, pues se les abrían las puertas del Paraiso. Así se explica que, cuando perseguido un Thug por los Tribunales, confesaba sus crímenes, lejos de arrepentirse, se vanagloriaba de ellos como de un mérito superior. Así se explica que, personas respetables por otros conceptos, de vida intachable y de excelentes costumbres, no vacilaran en extrangular al primero que se les presentaba en condiciones favorables para ello.

No se crea que esto es fácil. El Thug tiene que matar, pero sin derramar ni una gota de sangre. Por eso apela á la extrangulación, y para realizarla sin derramamiento de sangre acude á mil stratagemas, auxiliándose de cuantos adeptos

necesita. Como ejemplo de su modo de proceder, puede citarse el siguiente caso: Un oficial mongol, valiente y gallardo, acompañado por dos criados, viajaba por el reino de Uda. Llegado á orillas del Ganges, encontró un grupo de personas respetables, que le pidieron el permiso de seguir el camino en su compañía; el oficial se negó, sospechando; los otros insistieron, y el oficial, irritado, les obligó á retroceder; al día siguiente encontró otro grupo, que le habló del peligro de viajar solo, ofreciéndose á escoltarle, repitiéndose la escena anterior. Así pudo el bravo oficial desentenderse varios días de las maquinaciones de los Thugs. Al cuarto día llegó á una llanura desierta, y á pocos pasos del camino vió á seis pobres musulmanes que lloraban en torno de un compañero que había muerto de fatiga: habían abierto la hoya para sepultarle, pero ninguno sabía leer el Korán, y todos rogaron de rodillas al oficial que les prestara el servicio necesario. El oficial se conmovió, bajó del caballo, y se acercó al foso para recitar la plegaria de difuntos. En aquel momento los seis musulmanes arrojan á él y á sus criados los pañuelos que tenían preparados, los estrangulan y los entierran. Con esta astucia lograron al fin su propósito.

El asesinato se ejecuta con tal fanatismo, que no admite gracia ni piedad. Dirigidos por su *jemadar*, los Thugs siguen fielmente la consigna, y obran conforme al plan trazado por sus jefes. ¿De dónde ha venido esta religión de la estrangulación? No se sabe. Es antiquísima. En tiempo de Sleeman, que fué quien puso freno y castigo, en 1830, á tan peligrosa secta, se llegaron á decapitar 2.000 Thugs al año. El número había disminuído muchísimo desde aquel período de persecución; pero desde 1895 ha vuelto á aumentar, habiendo salido de su seno otra nueva secta, los Waturea, que en lugar de la estrangulación emplean el envenenamiento.

## PSIQUIATRIA

**RAREZAS DE LOS HOMBRES GENIALES.** — Los hombres que se distinguen del común, tienen—dice en *La Rassegna Internazionale* Jacinto Stiavelli, — un modo de pensar, de sentir y de obrar, que difiere más ó menos del de los hombres vulgares, y con razón dice de ellos el vulgo que tienen en la cabeza un grano de locura. Un grano, sí, pero no más, como pretende Lombroso en sus exageraciones al sostener que el genio es siempre una neurosis, y no raramente una verdadera locura. Llamemos á las anomalías que á veces se encuentran en los grandes hombres extravagancias, rarezas, excentricidades, pero no locuras; pues así confundiremos al hombre genial con el habitante del manicomio, y eso no es exacto ni científico.

**INSPIRACIÓN Y MODO DE COMPONER OBRAS.** — Alceo y Aristófanes, componían sus cantos y comedias en estado de embriaguez. Esquilo, según Ateneo, tenía siempre al lado, cuando se ponía á escribir sus tragedias, una ánfora llena de vino, y lo mismo hacía Anacreonte al componer sus odas.

Voltaire y Balzac pedían, en cambio, inspiración al café, y Poe, Hoffmann, Musset, Baudelaire, Gerardo de Nerval, Rovani y Emilio Praga, no escribían sino alcoholizados. Hoffmann decía que el todo estaba en saberse embriagar bien, y aconsejaba, para la música de Iglesia, los vinos añejos de Francia; para la ópera seria, el Borgoña, y para la cómica, el Champagne.

Goethe componía frecuentemente caminando al aire libre, y quien lo veía entonces agitado lo tomaba por un loco. Salieri necesitaba para excitarse recorrer las calles más pobladas con un bastón, una bolsa de confites, de donde sacaba dulces de cuando en cuando, un lápiz y un album. Delavigne también hallaba sus ideas caminando, mientras que Etienne y Picard las encontraban acostados; también Paisiello se metía en la cama cuando quería escribir algunas notas, no conformán-

dose en el invierno con menos de nueve mantas de abrigo, y seis en el verano. Thomas, Adam y Rossini escribían también frecuentemente en la cama.

Cujas trabajaba siempre de bruces rodeado de libros y papeles esparcidos por el suelo, y Descartes y Leibnitz practicaban la meditación horizontal con frecuencia. Cimarosa necesitaba para escribir el ruido de la charla y de una conversación animada. Sarti no podía componer más que en una inmensa sala abovedada y obscura, en el silencio de la noche, y á la luz de una lámpara. Corneille y Mallebranche gustaban también para escribir de la semiobscuridad, y Mezeray trabajaba á la luz de una vela, lo mismo de día que de noche, alumbrando con ella á los que le iban á visitar, aunque fuese á mediodía. Meyerbeer, cuando trabajaba de día, cerraba las ventanas y encendía luz, pues de otro modo no acertaba á escribir. Giordani, en cambio, no podía escribir más que al sol, con mucha luz y mucho calor.

Rousseau meditaba en pleno medio día con la cabeza descubierta al aire libre, mientras que Schiller, para inspirarse, metía los pies en agua helada, costumbre que le ocasionó la muerte. Sacchini no sabía escribir una nota si no tenía á su lado á su mujer y á sus gatitos. Mehul, componía colocando sobre el piano una calavera; y Hændel, como tantos otros, sacaba la inspiración de un frasco de vino.

Maquiavelo, antes de ponerse á escribir, se endosaba la toga, y Lefebre y Buffon no se podían poner al trabajo sino vestidos con toda pulcritud. Haydn se afeitaba, se perfumaba, se ponía el traje de gala como si fuera á visitar al Emperador, se sentaba, se ponía en el dedo la sortija que le había regalado su soberano, y se ponía á escribir. También Rochefort empieza siempre sus artículos vestido con la mayor elegancia; pero á la segunda quartilla se quita la levita, á la décima el chaleco, á la trigésima el cuello y los puños, y á la cincuenta se desabrocha los pantalones, usando papel y pluma tan especiales como su estilo.

Marco Antonio Anfossi, un monje, se ponía á escribir en una mesa cargada de siete ú ocho platos exquisitos y humeantes, y en medio de aquellos perfumes surgía la inspiración. El Marqués de Antonelle, escritor político, acostumbraba á tener cuando escribía una pirámide de platos, de la cual iba tomando los que necesitaba, poniéndoselos en la nuca y mudándolos en cuanto se calentaban, pues así creía moderar los vapores hirvientes del cerebro. Bossuet, por lo mismo, solía trabajar en una habitación fría, pero con la cabeza cubierta de paños calientes.

Bacon, Milton, Vinci, Warburton y Alfieri necesitaban oír música para escribir, y de Milton se cuenta que escribía con la cabeza echada hacia atrás en la poltrona. Bourdaloue tocaba el violín antes de ponerse á escribir un sermón, y el pintor flamenco Fouquier, no podía trabajar sin tener la espada al lado. Crebillon trabajaba rodeado de lagartos, que representaban para él á sus enemigos. Ibsen tiene sobre su mesa una bandeja con muñecos de madera, entre ellos un oso, tres gatos, conejos y un diablo con cuernos y cola, y dice que sin esto no es capaz de escribir una línea.

Diderot, cuando escribía, aullaba y gesticulaba como un loco, y Scribe sollozaba como un niño. Acebes trabajaba siempre después de cenar, y Dumas padre casi siempre en ayunas. La señora de Staël mientras escribía jugaba con migas de pan, ó con un ramito de laurel, no acertando á hacer nada sin este entretenimiento. Laplace, á su vez, jugaba con un ovillo de hilo al escribir. Zola no podía ponerse al trabajo si antes no contaba los escalones que conducían á su gabinete y los objetos que tenía en el escritorio; y sólo trabajaba bien, habiendo dormido bien.

SIMPATÍAS Y ANTIPATÍAS.—Carlos V de España tenía gran predilección por el día de San Mateo, cosa explicable por ser el de su nacimiento y el de los grandes sucesos de su vida. Luis XIII no podía sufrir á las personas de pelo rojo, ni Luis XIV á las de pelo gris. Colón atribuía todo su mérito á su



nombre de Cristóbal (*Cristóforo—Cristum ferens*); Schopenhauer odiaba á las mujeres y á los judíos; Gautier no se atrevía á pronunciar el nombre de Offenbach por miedo á que le hiciera mal de ojo; Alfieri aborrecía á los médicos, que eran todos para él, incluso el que le curó, «unos asnos»; Quimay no podía gastar una moneda que no estuviera reluciente, para lo cual limpiaba y pulía cuantas tenía, y las guardaba donde no se empañase su brillo; á su muerte encontraron sus herederos grandes sumas escondidas en todos los rincones; luego le gustaba cubrir las habitaciones con hojas de papel impresas ó manuscritas, y cuando había tapizado así todas las habitaciones, cerraba la casa y se iba en busca de otra para hacer lo mismo; á veces se divertía en prender fuego á aquellos papeles, y no dejaba entrar á nadie porque le gustaba apagarlo con su capa.

Lamothe le Vayer no podía soportar el sonido de ningún instrumento, y el poeta Favoriti no podía resistir el olor de las rosas. El bibliófilo Reimmann se pasó en pie la mayor parte de su vida, y estuvo más de treinta años sin tener silla ni sofá en su despacho. Cardán, cuando iba en coche, hacía levantar una de las cuatro ruedas, y gozaba al sentirse arrastrado de aquella manera. Blake gustaba de retratarse á orillas del mar para conversar con Moisés, Homero, Virgilio y Milton, á quienes afirmaba haber conocido personalmente. Lope de Vega no podía sufrir que en su presencia se tomara tabaco, y se ofendía siempre que oía preguntar por la edad de una persona, á menos de que fuera con fines matrimoniales.

Tomás Lloyd echaba en una vasija de agua los versos que no le gustaban; mezclaba en sus comidas todo lo que tocaba: carbón, tabaco ó cualquiera otra cosa, y creía que el carbón le purificaba y la piedra le mineralizaba. El geómetra Bolyai, se batía á duelo tocando, entre asalto y asalto, el violín, único objeto que tenía en su casa. Kant, enseñando en Kœnigsberg, había tomado la costumbre de fijar la vista en el traje de un alumno, en el sitio en que faltaba un botón; á los seis meses el alumno se presentó con el botón en su sitio, y al verlo,

Kant se desconcertó tanto, que equivocó aquella mañana la lección.

Diderot alquilaba coches que luego dejaba á la puerta de su casa pagándolos por días enteros; olvidaba frecuentemente la hora, el día, el mes, y hasta la persona con quien había empezado á hablar, recitando monólogos como un sonámbulo. Wagner gustaba de llevar en casa trajes del corte de las señoras, y Mascagni gasta pulseras y se viste en su casa de turco.

Víctor Hugo se creía investido de una misión divina. Balzac pretendía descender de una familia de sangre real. Augusto Comte se creía apóstol y sacerdote de una religión materialista. Quirico Filopanti sostenía que era de progenie divina, y Antonio Manini, el gran colorista, aseguraba que bebiendo cierto brevaje misterioso, puede trasfundirse la personalidad.

MIEDOS Y SUPERSTICIONES.—Augusto tenía gran miedo de los relámpagos y de los truenos, llevando para defenderse de ellos una piel de vaca marina, y prestando gran fe á los sueños. Sócrates, Cardan, Pascal y Lenau, creían también en los sueños. Van Helmont aseguraba habersele aparecido un genio en todas las circunstancias graves de su vida, y Lutero pretendía que sus dolores físicos y sus sueños tristes eran debidos al demonio. Tasso tenía también gran fe en los sueños y un miedo horrible al diablo, que le quitaba el dinero mientras dormía.

Van Goes tenía también miedo al demonio, y Ampère quemó su *Porvenir de la Química* por temor de haberlo escrito bajo inspiración satánica. Poe, por la noche, se sentía ahogar por horribles demonios é innumerables serpientes, y Hobbes y Meyerbeer temblaban en la oscuridad. Blake estaba siempre atareado con visiones y apariciones; tan pronto veía ángeles como demonios; y una vez se metió con su mujer en una caverna y se pusieron los dos en cueros, para poder decir al primero que pasase: He aquí Adán y Eva.

Chopin sentía escalofríos ante un sudario, y Bellini palidecía oyendo hablar de muertos. Beccaria tenía miedo de la

soledad y de la oscuridad, de las almas del Purgatorio, de los fuegos fatuos y de multitud de cosas; y para que los espíritus no pudieran cogerlo, dormía en una cama colgada del techo. Bacon caía en el delirio durante les eclipses de luna, y Buhle sentía convulsiones al ruido del agua que corría por las tuberías. Brake sentía que le faltaban las piernas al correr tras una liebre ó un zorro, y Turena temblaba viendo correr un ratón ¡él, que no tenía miedo de un ejército!

Pedro el Grande, cuando tenía que atravesar un arroyo, era presa de un miedo extraño que le daba sudores y convulsiones. Jacobo I de Inglaterra no podía ver una espada desenvainada sin palidecer. El Príncipe de Orange tenía un miedo loco de los números 6 y 11, y no hacía nada en los días de tales fechas. El Mariscal de Montrevel era tan supersticioso que murió de miedo por haber vertido un salero en una comida de gala. Montarco, á fuerza de fantasear, concluyó por creerse un grano de cebada, y no se atrevía á moverse por temor de que lo comiesen los pájaros. Haller se creía perseguido por los hombres, y no conseguía calmar sus terrores sino tomando opio y conversando con sacerdotes.

Leyden tenía miedo de ser envenenado, y para evitarlo acabó por no salir de la cama. Mozart temía también que le envenenaran, sobre todo los italianos. Schumann veía donde quiera mesas parlantes. Schopenhauer echaba mano á la espada en cuanto oía un rumor, y no abría una carta sin temer una desgracia; habitaba siempre en piso bajo para poder escapar del incendio; no se afeitaba, sino que se quemaba la barba; temblaba como un chiquillo al tocar una navaja, y escribía sus notas de negocios en jerga para que nadie las pudiera entender.

Rousseau temía tener todos los males que leía en los libros de medicina, y acabó por creer que tenía un pólipo en el corazón; creyendo que todos le perseguían, pidió protección á Dios por medio de una carta que puso debajo del altar de Nuestra Señora de París para que llegara mejor á su destino.

Rossini tenía miedo de caer en la miseria. Alfieri no podía oír el cerrojo de su casa, pareciéndole que le encerraban. Leopardi sospechaba de todos, y se estaba horas y horas metido en un saco de plumas, de donde salía hecho un salvaje. Manzoni era también muy miedoso, y temía sobre todo á los dentistas y los ferrocarriles; se vestía y desnudaba muchas veces al día, y pesaba los vestidos para saber cuál era el que le convenía, según el frío ó calor que tenía en la hora en que se lo ponía. Napoleón, Maine de Biran, Leopardi, Foscolo, Carlyle y Renán, padecían todos la enfermedad de la duda, aunque no en tan alto grado como Manzoni.

A Rosetti le daban miedo los pájaros, siendo un poeta, creyendo que le insultaban con sus cantos, y Bismark fué tan supersticioso que no firmaba ningún documento ni emprendía nada los viernes, negándose á sentarse en una mesa donde fueran trece los invitados; en cambio, veneraba el número 3. Emilio Zola fué también muy supersticioso, temiendo morir en un tren, estrellado en un túnel; cuando iba andando, salvaba siempre los obstáculos saltando con el pie derecho por temor de incurrir en alguna desgracia si lo hacía con el izquierdo; contaba las puertas de las casas y los coches, así como los escalones de las escaleras que subía ó bajaba, y si le resultaba alguna cifra de mal agüero se echaba á temblar; los números 3 y 7 y sus múltiplos. eran los que más le tranquilizaban; para irse á la cama tocaba varias veces los mismos muebles y los mismos cajones, y si se despertaba, abría siete veces los ojos para asegurarse de que estaba vivo.

GUSTOS GASTRONÓMICOS.—Erasmus de Rotterdam no podía comer pescado sin sentir calentura. Scalígero se estremecía cada vez que veía berros. Ladislao de Polonia se turbaba y huía viendo manzanas. Lalande comía con gusto arañas y gusanos, de los que siempre llevaba consigo provisión en una cajita. Hoffman no podía sufrir el ajo, cuya vista le daba la sensación de un ligero sonido de cuerno. Leopardi no se saciaba nunca de helados y golosinas; dos días antes de su

muerte, á las tres de la mañana, se comió un kilo de confites. El pintor Galli comía, entre otras cosas, heno y carbón de piedra, para poder trotar como un caballo y correr como una locomotora.

## SOCIOLOGIA

PAPEL SOCIAL DE LA ALEGRÍA.—En una hermosa conferencia dada en Belleville por Gabriel Tarde y reproducida por la *Bevue Bleue*, ha tratado el ilustre sociólogo el interesante problema del papel social de la alegría.

No quiero hablar—dice—del papel fisiológico, pues sabido es que nada hay más higiénico que la alegría, si no del papel social, de los efectos sociales y especialmente económicos de la alegría, que no es cosa tan frívola como la generalidad de los economistas imaginan, desdeñándose de examinar este estado de ánimo, como si todas las necesidades del hombre fueran solamente negativas, el hambre, la sed, el frío, la ignorancia. ¿Sería verdad, como quiere Schopenhauer, que sólo el dolor es real y que el placer no es otra cosa que la falta de dolor?

Pero esto es olvidar que hasta en los animales más bajos, la vida es ante todo la busca del placer. Entre los pájaros y los mamíferos particularmente, el primer deber parece ser el de divertirse, jugando juntos cuando son pequeños; luego, ya adultos, la mitad del tiempo se la pasan en correr ó volar jugueteando, persiguiéndose, repitiendo los mismos gritos y los mismos movimientos. Quien dice sociedad dice alegría; porque la alegría es la flor natural de la sociabilidad.

Lo mismo que los animales hacen los salvajes: sufren mucho, pero se divierten mucho; corren y bailan, cantando y jugando hasta que el cansancio les rinde. Los pueblos civilizados han sentido las mismas necesidades. Con cualquier motivo se celebra una fiesta, que tiende á repetirse periódicamente como nuestros mismos congresos, que se transforman

en banquetes y en giras. Cada civilización aumenta el número de sus fiestas periódicas, porque las nuevas se suman á las ya consagradas por la costumbre. Al final del antiguo régimen había tantas fiestas, que la Revolución las suprimió; pero en seguida tuvo que crear otras. El siglo XIX es uno de los siglos en que menos tiempo se ha dedicado á los regocijos públicos, porque ha sido un período de transición y de disolución, de paso de un régimen económico caído á otro todavía no establecido. Cuando el nuevo régimen se instaure, la alegría pública reaparecerá invadiéndolo todo.

Antes del advenimiento de la grande industria, no había feria ni mercado que no fuera ocasión de divertirse: se festejaban las vendimias, la recolección, el carboneo, etc., el santo del patrón del gremio, el de la ciudad y el de la nación. El trabajo mismo era acompañado de canciones para distraer alegremente al trabajador. A medida que la industria progresa se canta cada vez menos, y los oficios en que todavía se canta, son los que no han sido invadidos por las máquinas. Puede establecerse la ley de que, á medida que los progresos industriales se realizan, el trabajo se hace cada vez menos fatigoso (muscularmente, aunque no nerviosamente), pero cada vez más aburrido. Por eso no se canta ni se silba en las fábricas modernas ni en las oficinas, como en la granja, en el molino, ó en la tienda de otro tiempo.

Y es de notar que á medida que la tarea de cada cual se ha hecho más monótona, las necesidades se han hecho más variadas, y la necesidad de divertirse ha crecido. Nuestros trabajos y nuestras necesidades forman un círculo que se repite periódicamente, y sería necesario para bien de todos, que entre estas dos rotaciones simultáneas existiera creciente acuerdo. Pero, lejos de ser así, el ciclo de trabajos que antes era bastante amplio y variado, lo mismo para el artesano que para el aldeano, se ha estrechado extraordinariamente, mientras que el círculo de las necesidades, antes muy estrecho, se ha ensanchado desmedidamente. ¿Cómo resolver la dificultad social que

resulta de esta uniformidad creciente del trabajo, opuesta á esta diversidad creciente del deseo? Fourier es el único que ha comprendido la importancia del problema; pero lo ha resuelto mal con su utopía del trabajo alternado de hora en hora. No hay más que una solución: la disminución de las horas de trabajo y el aumento de las diversiones; pero esta solución es incompleta si no la fecunda la asociación.

Por ahí volverá la alegría en el siglo xx al alma del trabajador, emancipado por el siglo xix, pero entristecido también. El siglo xx será el siglo de la asociación. Multiplicándose las asociaciones se multiplicarán las fiestas y volverá el buen humor general, obscurecido por un pesimismo pasajero. El hombre contemporáneo necesita estar de buen humor para resolver las antinomias de la vida social. La alegría pública está íntimamente unida á la vida social; nace de la armonía social ó la hace. Excluye la violencia y la opresión: la envidia y el odio, aun triunfantes, no son nunca alegres. La bondad, hasta vencida, es risueña. La alegría no es necesariamente la riqueza, sino la fe en sí mismo y la fe en los demás: la confianza en la vida. Es el olvido de las aficciones y miserias que nos rodean, el olvido de la injusticia y de la muerte. Es, en fin, la esperanza y la amistad, las dos cosas mejores quizá de la tierra.

## PSICOLOGIA

CÓMO TRABAJA EL HOMBRE DE GENIO.—¿Es el genio—se pregunta en *La Revue* el Dr. Regnault—el fruto de una larga paciencia, como quiere Buffon, ó produce su obra, como dice Hartmann, tan fácilmente como el cultivador maneja su azadón? Todo depende de la ciencia ó arte á que el genio se dedica.

Si se trata de ciencias de observación que requieren pacientes y profundos estudios y experimentos, el genio tiene que

estar dotado de gran paciencia y atención; con un buen método que le permita abreviar sus investigaciones, el genio puede producir hombres como Lamarck, Darwin, Claudio Bernard, Pasteur. Todos ellos han tenido una idea directora que, iluminando su camino, les permitía llegar á la meta. Guttenberg se pasó casi toda la vida buscando una aleación conveniente para la fusión de caracteres movibles, y Bernardo Palissy se obstinó años y años en buscar la composición de los esmaltes. Con el mismo resultado, cuando un nuevo método aparece, el primer sabio que lo aplica recoge amplia cosecha de descubrimientos; así Galileo, conociendo el anteojo de larga vista, renovó en unas cuantas noches toda la Astronomía.

Cuando una ciencia no está formada, el azar, más que la paciencia, la hace surgir; así Bertoldo Schwart descubrió la pólvora, y Musschenbroek la botella de Leiden, y Daguerre la fotografía. En cambio, una vez franqueado el período de documentación, el espíritu genial se revela en la ordenación de los materiales reunidos, obra de la reflexión y del raciocinio.

En cuanto á la obra del escritor, debe empezar también por la busca de documentos, cuando no se trata de obras de pura imaginación, siguiendo luego la tarea de ordenarlos y concluyendo por exteriorizarlos mediante un trabajo de estilo. Zola trabajaba sólo algunas horas por la mañana; pero consagraba las tardes á documentarse con lecturas ó con estudios de observación de la vida real. Balzac empezaba una novela por un pequeño cuadro, que iba creciendo con las adiciones que hacía; tachaba poco, pero necesitaba grandes márgenes, en las que daba «picotazos enormes», como dicen los cajistas, siendo por eso el terror de sus editores. Lo mismo hacía Gui de Maupassant: su novela *Ivette* comenzó por ser un cuento de periódico. Alejandro Dumas, hijo, se encerraba en reclusión absoluta para coordinar su plan, y se pasaba solo días y noches, comiendo fiambres y pasteles y tomando café, sin ver ni á sus criados; una vez trazado el plan, se ponía de buen humor y escribía de corrido; esta facilidad ha hecho creer á muchos



críticos que la labor de Dumas era poco trabajosa; pero no tenían en cuenta el período preliminar.

En cuanto al trabajo de estilo, hay también de todo: Virgilio se obstinaba en hacer correcciones sin estar nunca satisfecho. Flaubert ha rehecho hasta ocho veces *Madame Bovary*, y hay sonetos de Baudelaire que han sido retocados cien veces; este afán de mejorar puede rayar en manía y no ser siempre favorable á la obra retocada, como pasa con los sonetos de Baudelaire y con las poesías de Heredia. Muchos escritores no pueden por esto leer sus obras una vez publicadas, por el dolor que sienten al no poderlas ya corregir: tal era el caso de Emilio Augier. Otros escritores tienen en cambio gran facilidad: Teodoro de Banville improvisaba sin borrador ni enmiendas; Catulo Mendes reflexiona algún tiempo paseándose y pensando, y luego, de un tirón, escribe hasta que se cansa; el caso de Mauricio Bouchor no es menos significativo: dotado de una retentiva prodigiosa, no escribe su obra mientras no está completamente fotografiada en su memoria.

Estudiada la duración del trabajo cerebral, hay que estudiar su intensidad, que es también muy variable, produciendo en unos alucinaciones y obsesiones, y siendo en otros tan débil que apenas tienen conciencia de ella: Schiller se conmovía por las aventuras de sus personajes como si fuesen verdaderas; Dickens se entristecía por la suerte de sus héroes; Flaubert, describiendo el envenenamiento de Madame Bovary, sentía el gusto del arsénico. El hombre de genio se libra de la idea que le asedia, fijándola en su obra, como Miguel Angel en las esculturas de la capilla Médicis, Schiller en sus dramas, Byron en sus poesías.

La inspiración no se tiene cuando se quiere; pero á veces puede obtenerse por ciertos procedimientos: Así Bossuet trabajaba liándose á la cabeza paños calientes; Cujas echándose en el suelo boca abajo para escribir. La inspiración facilita de tal modo el trabajo, que parece en ciertos casos que la personalidad se desdobra y que el artista no tiene más que trans-

cribir lo que le dicta la voz que habla en su interior, como dice Musset:

On ne travaille pas, on écoute, on attend.

C'est comme un inconnu qui vous parle à l'oreille.

«No soy yo quien piensa—decía Lamartine—sino mis ideas las que piensan por mí». Mickiewicz afirma que le basta golpearse en el pecho para que la inspiración brote, y que Dios le había hecho ese don. En el momento en que Kuh dictaba sus más hermosas estrofas, era incapaz de razonar hallándose en un estado intermedio entre la locura y la razón. Haydn, atribuía la idea de su célebre sinfonía *La Creación*, á una gracia misteriosa emanada del cielo. Napoleón decía que la suerte de las batallas es asunto de un instante en que brota la centella de la inspiración augurando la victoria.

Las obras cortas como *La Marsellesa*, pueden así ejecutarse de un tirón. Víctor Hugo escribía de pie, y tiraba al suelo las cuartillas conforme las iba llenando; luego las recogía, las numeraba, las revisaba, dejando á veces una sola línea de cuarenta, y una vez clasificadas, no las volvía á ver.

Hay en efecto un trabajo inconsciente preparatorio de la inspiración, trabajo precedido de un período de investigaciones. ¿Cómo se realiza ese trabajo inconsciente? Ora nuevos hechos vienen á explicar los ya conocidos, ó antiguas ideas se despiertan para dar la solución del problema; ora se eliminan los hechos secundarios, ora en fin la asociación de ideas realiza el milagro. A veces ese trabajo inconsciente produce fatiga cerebral; pero puede realizarse hasta durante el sueño; así Hamilton, encontró durmiendo una de sus teorías; La Fontaine compuso soñando la fábula de *Las dos palomas*; Voltaire soñó una noche un canto completo de su *Henriada*; Cardan compuso una de sus obras en sueños; Maignan encontraba teorías soñando; Krüger resolvía problemas complicados; Coleridge compuso 200 ó 300 versos durante su sueño (1); Condillac se

(1) Yo mismo, á la edad de 13 años, viviendo en Tejares (pueblo-

encontraba al despertar con el trabajo que había interrumpido para dormir, acabado en su mente; Michelet aprovechaba esta predisposición al trabajo del cerebro, pensando antes de dormirse en lo que tenía que hacer al día siguiente, seguro de tener adelantado mucho camino; otros, como Veron y Rosny, dejan bajo la almohada papel y lápiz para apuntar lo que al despertar se les ocurre; y muchos, fiando en la eficacia de ese trabajo inconsciente, saltan sobre las dificultades y se asombran después de haberlas salvado tan fácilmente.

El trabajo inconsciente es muy útil á los sabios que hacen trabajos complejos y de altos vuelos; pues así pueden llevar de frente muchas investigaciones, descansando en una por otra y confiando á lo inconsciente el cuidado de continuarlos. Tal ha sido el modo de trabajar de Renan, y también el de Broca y el de Goethe. Pero no hay que exagerar, porque si los trabajos son demasiados, se embarullan y se confunden, y si se espera mucho tiempo para reanudarlos, el olvido sucede al trabajo inconsciente y se adelanta mucho menos.

## LITERATURA

EL TRABAJO DE ESTILO EN GUSTAVO FLAUBERT.—Teniendo á la vista los manuscritos inéditos de Flaubert, ha podido Albalat seguir paso á paso el proceso de la evolución del estilo del gran escritor francés, consagrandole al estudio de esta evolución un interesante artículo en la *Revue Bleue*.

A fuerza de trabajado, el estilo de Flaubert es una lección viva que provoca y facilita la inspiración; quizá sea un peli-

---

cito á dos kilómetros de Salamanca), componía en sueños multitud de versos, de los que á veces recordaba algunos al despertar; y una noche llegué á escribir en sueños de tal modo, que á la mañana siguiente apareció una de las paredes de la alcoba cuajada de versos, unos sobre otros, escritos con lápiz, de los que pude entresacar un romance, propio de aquella edad, que todavía conservo como recuerdo curioso.

gro, pero es seguramente un atractivo. Ningún prosista ha sido más atormentado que Flaubert por las angustias del estilo; es el Cristo de la literatura. Hay que leer en su correspondencia las torturas de aquel gigantesco esfuerzo, y sus gritos desesperados han estado á punto de comprometer su reputación. Durante veinte años. Flaubert pasó las noches, y parte de los días en su despacho; tardaba cinco años por término medio en hacer un libro, y jamás tuvo confianza en su inspiración, creyendo siempre en la frase de Buffon: «El génio es la paciencia». Hacía dos páginas por semana, 25 en seis semanas, 27 en dos meses. Aquel trabajo encarnizado para pulir el estilo, era una verdadera enfermedad. La menor asonancia le irritaba; apasionado por la armonía, proscribía los hiatos y quería que la prosa tuviera el ritmo de los versos.

Aborrecía sobre todo las frases hechas, las metáforas mal seguidas, los idiotismos gastados. «Un sello puritano».... ¿qué es eso? Mi rabia es indescriptible, y necesito soplar». «No puedo resistir lo de «sellemos este pacto». ¿Dónde, diablos, hay personas que digan eso? «Flaubert suprimía los *quí* y los *qué*, no perdonaba las repeticiones, y detestaba ciertas palabras y hasta ciertas sílabas. Escribía para la respiración y el oído, y no juzgaba de un estilo sino después de haberlo declamado. Cuidaba de la puntuación tanto como de la imagen, del color y del corte. A veces se levantaba para cambiar una expresión, y se pasaba la noche rehaciendo cinco ó seis veces la misma página. Y á medida que publicaba, Flaubert exageraba esta rabia de perfección, llegando á esterilizarse en esta disección del estilo.

Flaubert escribe por recargos. Unas notas indican la idea de un párrafo; estas notas se desenvuelven, y la frase se extiende y se desarrolla. Lee entonces y rectifica; la sencillez de estas refundiciones es inconcebible; es el tanteo continuo; el trozo se hace ilegible; se pierde el sentido, hasta que, copiado y recopiado cuatro, seis y ocho veces, va la redacción final al copista; pero aun entonces hay enmiendas, y en las pruebas de imprenta lo mismo.

He aquí un ejemplo de refundición: Es la escena de la Extremaunción, administrada á Emma Bovary, moribunda:

PRIMERA REDACCIÓN.—Proyecto: «Le prêtre dit le *Misereatur et l'Indulgentiam* et, étendant la main droite, prononça des paroles d'absolution et commença les onctions, qui devaient remettre ses péchés, comme par ces parties du corps, avec l'extrémité du pouce droit, qu'il trempe chaque fois dans l'huile des infirmes, renfermée dans un vase d'argent... Aux yeux, sur les paupières qu'il ferma, aux narines, sur les lèvres, sur les mains...

Flaubert se contenta aquí con describir el gesto general; indica los cinco sentidos, pero no ha encontrado las imágenes correspondientes.

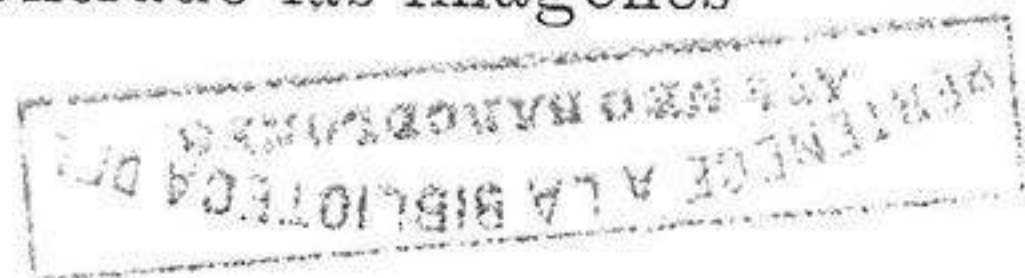
SEGUNDA REDACCIÓN

«Le prêtre récita le *Misereatur et l'Indulgentiam* et, après des paroles d'absolution, trempant le pouce droit dans l'huile sainte, il commença les onctions, *pour effacer sur tous les membres les souillures du péché. Il lui ferma de l'index les paupières* et toucha d'abord *ces yeux qui...* les narines qui se délectaient à la suavité des odeurs... les lèvres, paroles et gourmandises... aux doigts qui avaient passé dans la chevelure de ses amants et qui se réjouissaient à tous les *contacts...*»

Flaubert comienza á precisar lo que intenta desarrollar sobre el papel de los sentidos.

TERCERA REDACCIÓN

«Il prononça les onctions qui devaient *effacer sur tous ses membres les souillures du péché*, d'abord sur les yeux, *ses longs yeux pleins de flammes* autrefois, quand ils (enviaient) *convoitaient* toutes les *somptuosités terrestres*; puis, sur les narines *dilatées autrefois, friandes* de brises tièdes et de senteurs amoureuses, ensuite sur sa bouche qui avait *bégayé de tendresse* (gourmandise raffinée des mensonges), qui avait soupiré



de toutes les convoitises, qui avait menti, *qui s'était ouverte pour les cris de la luxure*, puis sur les mains *aux doigts effilés dont le souple épiderme frémissait à tous les contacts* et que les vers *du tombeau ne pourraient même pas chatouiller (!) ne feraient même pas...*»

Aquí la imagen acompaña á cada sentido; ya no hay más que borrar para fijar el fondo.

#### CUARTA REDACCIÓN Y TEXTO DEFINITIVO

##### CUARTA REDACCIÓN

Ensuite il récita le *Misereatur* et l'*Indulgentiam* et prononça à voix haute quelques paroles d'absolution, et trempant son pouce dans l'huile sainte, il commença les onctions: d'abord sur les yeux, qui avaient tant *envié* toutes les somptuosités terrestres; puis sur les narines, *autrefois* friandes de brises tièdes et de senteurs amoureuses; puis sur la bouche, qui s'était ouverte pour le mensonge, qui avait gémi d'orgueil et crié dans la luxure; puis sur les mains, *dont le souple épiderme... jadis qui se plaisaient* aux contacts suaves et que les vers du tombeau ne pourraient même plus chatouiller; puis sur les pieds *qui l'avaient portée aux rendez-vous, foulé le pavé des rues* et lui ne marcheraient plus.

##### TEXTO DEFINITIVO

Le prêtre récita le *Misereatur* et l'*Indulgentiam*, trempa son pouce droit dans l'huile et commença les onctions: d'abord sur les yeux, qui avaient tant convoité toutes les somptuosités terrestres; puis sur les narines, friandes de brises tièdes et de senteurs amoureuses; puis sur la bouche, qui s'était ouverte pour le mensonge, qui avait gémi d'orgueil et crié dans la luxure; puis sur les mains, qui se délectaient aux contacts suaves; et enfin sur la plante des pieds, si rapides autrefois, quand elle courait à l'assouvisance de ses désirs, et qui maintenant ne marcheraient plus.

Se ve la superioridad indiscutible de la última versión.

Flaubert sacrifica á veces un epíteto por sobriedad:

«Cuando el sol se pone, se respira al borde de los golfos el perfume suave de los naranjos en flor.»

«Cuando el sol se pone, se respira al borde de los golfos el perfume de los naranjos.»

Otras veces suaviza el epíteto:

«Al regresar á su casa, lanzaba en torno suyo miradas asustadas.»

«Al regresar á su casa lanzaba en torno suyo miradas inquietas.»

«El creciente de la luna *lucía en pleno azul.*»

«El creciente de la luna *brillaba en el cielo.*»

Otras veces, por el contrario, refuerza la imagen forzando la metáfora:

«Braceletes de medallón *bordaban* los cuerpos, relampagueaban en los pechos, *se removían* sobre los desnudos brazos.»

«Como los conquistadores que *se complacen* en exterminar.»

«Braceletes de medallón *se estremecían* en los cuerpos, relampagueaban en los pechos, *resonaban* sobre los desnudos brazos.»

«Como los conquistadores, que *se deleitan* en el exterminio.»

Flaubert lleva generalmente la condensación al mayor extremo para ganar en energía y en sobriedad:

«La villa estaba dormida. *La luna brillaba.* Los pilares del mercado *proyectaban oblicuamente sobre la plaza* grandes sombras. La tierra, más ligera bajo los pasos, estaba toda gris como en una noche de verano.»

«La villa estaba dormida. Los pilares del mercado proyectaban grandes sombras. La tierra estaba toda gris, como en una noche de verano.»

Sabido es que Flaubert se había prohibido el empleo de los verbos auxiliares; cuando no puede menos de emplearlos, los simplifica:

«Ella trataba de adivinar cuáles *podían ser* las habitaciones de todos los que había notado.»

«Acariciaba con la mano á los niños que jugaban á las puertas, no entraba nunca en la taberna, estaba además lleno de moralidad, como debe estarlo un médico.»

«Ella trataba de adivinar cuáles *eran* las habitaciones de todos los que había notado.»

«Acariciaba á los niños, no entraba nunca en la taberna, é inspiraba por otra parte confianza por su moralidad.»

Cuando encuentra la palabra propia, es raro que no simplifique el estilo:

«La alegría de poder al fin atracarse *brillaba* en todos los ojos.»

«La alegría de poder al fin atracarse *dilataba* todos los ojos.»

Lo que Flaubert evita más que nada es la vulgaridad y la frase hecha, y esa es su mayor fuerza:

«Ella calló, y oprimiendo con ambas manos su corazón, que *latía demasiado fuerte*, permaneció *durante unos minutos* soboreando *deliciosamente* la agitación de todos aquellos hombres.»

«Se le vió deslizar, *más rápido* que un pájaro, entre las proas de las galeras, y luego reaparecer *sucesivamente*.»

«Ella calló, y oprimiendo su corazón con ambas manos permaneció algunos minutos con los párpados cerrados, saboreando la agitación de todos aquellos hombres.»

«Se le vió correr entre las proas de las galeras, y luego reaparecer á lo largo de las escalas.»

El cuidado con que evitaba las repeticiones era tan grande, que apenas pueden citarse en todas sus obras más de un par de ejemplos, y aun esos discutibles. Téngase la opinión que se quiera de Flaubert, fuerza es convenir en que sus correcciones son casi siempre afortunadas y están llenas de fructuosas lecciones para quien quiera estudiarlas con cuidado.

## COSTUMBRES

LAS BIBLIOTECAS AMBULANTES.—En Italia ha establecido estas bibliotecas el Ministro de Agricultura Baccelli, y con este motivo, *La Rassegna Internazionale* publica un artículo firmado por Ernesto Morelli. Como esta iniciativa merece ser secundada por España, no está demás dar á conocer lo que en Italia se piensa de tales bibliotecas tanto más cuanto que en estos momentos en que va á comenzar á funcionar en España la «Liga hispano-americana de Instrucción popular», consagrada á la difusión de la lectura y de la que tanto bien hay derecho á esperar por la valentía del plan, importa vulgarizar el conocimiento de las bibliotecas ambulantes para implantarlas cuanto antes en este país.

«Grandísima alabanza merece la implantación de esta reforma—dice Morelli;—pero no por eso debemos entregarnos á excesivos lirismos para evitar el desencanto que pudiera venir si el ensayo hecho no diera tantos ni tan pronto frutos como de él se esperan. No es al Ministerio de Agricultura, sino al



de Instrucción pública, al que corresponde la dirección de esta campaña, para que las clases populares eleven su nivel intelectual; pero, aún así y todo, las nuevas bibliotecas prestarán grandes servicios».

Las bibliotecas ambulantes son una cosa sencillísima: se reducen á unos cajones-estantes llenos de libros escogidos que se expiden á determinada localidad, se distribuyen para la lectura, se recogen después y vuelven al punto de partida para ser reexpedidos á otra localidad. Cuando llega el cajón, no hay más que colocarlo sobre una mesa ó un mueble cualquiera á propósito, abrir sus dos puertecitas y repartir los libros á sus lectores.

Con 720 obras diferentes se pueden formar 24 cajones de 30 libros cada uno, que se reparten entre 24 localidades, haciéndolos girar mensualmente, de modo que cada una de las 24 localidades tenga durante dos años todos los meses un cajón diferente. Con 10.000 ejemplares de cada una de las 720 obras, se podría mantener por dos años 240.000 sedes de bibliotecas ambulantes, que serían 240.000 semillas de cultura intelectual esparcidas por los campos de toda Italia.

La institución no gravaría demasiado al Estado, pues las bibliotecas ambulantes no necesitan grandes locales ni un ejército de empleados. Los cajones-estantes van dirigidos á personas que se encargan con gusto gratuitamente de la pequeña molestia de custodiar y distribuir los 30 libros, molestia compensada por el prestigio que en los pequeños centros de población da el recibir tan honroso cargo. Los gastos para la provisión de obras, aparte las numerosísimas subvenciones particulares con que podía contarse, podrían reducirse mucho, haciendo imprimir gran parte de ellos en los establecimientos penales.

Las bibliotecas ambulantes presentan gran variedad de libros, pues á unos les gustan los viajes, á otros las novelas, á otros la historia, etc., y hay que dar á cada cual, en lo posible, lo que más le agrada. Este sistema de vulgarización de la

cultura puede aplicarse para surtir de libros á los presos, á los alumnos de los Institutos medios, á las escuelas prácticas de Agricultura, á las de Artes é Industrias, á las tertulias y casinos, etc. Pueden ser hasta motivo de especulación; así la *Review of Reviews*, de Londres, envía bibliotecas mediante pago á personas de pequeñas poblaciones que hacen circular las obras, recibiendo una pequeña retribución que les basta para buscar lectores y difundir así la cultura general.

La institución ha adquirido gran desarrollo en los Estados Unidos. Comenzó en 1892 en Nueva York con 46 volúmenes; en 1898 eran ya 500 con 3.600 volúmenes. Al principio nadie quería leer más que novelas; pero poco á poco se fue tomando gusto á la lectura de obras serias, y éstas son las hoy dominantes. No hay que olvidar que para elevar la cultura de un pueblo, la dificultad no está en proveerle de buenas obras, sino en conseguir que las lea.

En Italia—y lo mismo en España—el grave obstáculo consiste en lo caro de la luz, que hace que la tertulia familiar, donde podía leerse, dure poco; el obrero, en vez de gastarse el dinero en petróleo para quedarse en casa leyendo, prefiere irse á la taberna ó al café, donde le dan luz y encuentra conversación. Donde el petróleo cuesta, como en el Norte, 15 céntimos el litro, se puede tener el lujo de la lectura nocturna; pero no donde cuesta 70 céntimos como entre nosotros. Nuestros obreros no pueden aprovechar las bibliotecas ambulantes más que los días festivos de mal tiempo hasta que no haya salas nocturnas públicas de lectura.

De todos modos, la creación de las bibliotecas ambulantes es un gran paso para la emancipación intelectual de las clases poco pudientes. Los maestros deben ser los depositarios de los cajones-estantes, los apóstoles del libro y las escuelas—añadimos nosotros—podrían convertirse á poca costa en gabinetes de lectura nocturna de los libros encerrados en las bibliotecas ambulantes.

## TOLSTOISMO

LA CIENCIA POLÍTICA Y EL DINERO.—En la *Revue de París* encontramos las primicias de la obra magna de Tolstoi *¿Qué hacer?*, próxima á ver la luz pública. Es un capítulo que lleva el título que encabeza estas líneas y que merece los honores de un amplio extracto, tanto por lo que dice, como por la persona que lo dice.

¿No es asombroso—dice—que los esclavos mismos que desde la antigüedad están sometidos á la esclavitud, no se den cuenta de su situación, y que sus amos crean sinceramente que les emancipan cuando aflojan un solo tornillo de su servidumbre? Y lo más sorprendente es que la ciencia tampoco ve el hecho en que se basan las condiciones económicas de la vida de los pueblos.

¿Cuál es la causa—preguntan á la ciencia—del hecho irracional y monstruoso de que un hombre no pueda comer y trabajar sino por la voluntad de otro? Y la ciencia os responde: porque es ley de la producción que unos dispongan del trabajo y del alimento de otros. ¿Y qué derecho de propiedad es ese según el cual unos se arrogan la tierra, el alimento y las herramientas de otros? Y la ciencia os responde: Ese derecho está basado en la definición del trabajo. ¿Qué dinero es ese que el Gobierno fabrica y que impone á las futuras generaciones como deuda del Estado? Y la ciencia responde: Ese dinero es una mercancía, como el azúcar ó el algodón. ¿Y no influye en las condiciones económicas el hecho de que el Gobierno puede subir ó bajar los precios y reducir á esclavitud, aumentándo los impuestos, á todos los hombres que no tienen propiedad? Y la ciencia responde: De ningún modo; las leyes económicas son una ciencia.

La ciencia tiene un fin evidente: mantener entre los hombres la superstición y el engaño. Esta superstición consiste en afirmar que el hombre no sólo tiene deberes para con los hom-

bres, sino que los tiene, más importantes aún, para con un sér imaginario; para la religión ese sér imaginario es Dios, y para la ciencia política, es el Estado. Esta superstición que tenía antes por campeones á los pontífices de las diversas religiones, tiene hoy por apóstol la pretendida ciencia.

El Estado debe existir para el bien del pueblo, dirigiéndolo y defendiéndolo, para lo cual necesita ejército y dinero. Por eso todas las relaciones de los hombres entre sí deben estar subordinadas á sus deberes para con el Estado. Quiero ayudar á mi padre en su labranza, quiero casarme, y me cogen, y me envían al regimiento por seis años; vuelvo y quiero cultivar la tierra para vivir, pero para tener el derecho de labrar un campo me obligan á pagar una cantidad que no tengo á unos hombres que no saben labrar, pero que me exigen tanto dinero para que yo labre, que se llevan casi todo el fruto de mi trabajo. A pesar de todo gano algo, y á fuerza de privaciones quiero dar á mis hijos lo que me sobra; pero viene el fisco y se lleva ese sobrante como impuesto. Y para convencerme de que todo va bien así, llega la ciencia y me asegura que nada de eso son trabas puestas á mi voluntad, sino sacrificios necesarios para la conservación de mi libertad y para mi bien.

Lo que se llama Gobierno son hombres armados que emplean sus armas para asegurar su dominio. Los opresores aseguran á los demás que tal violencia es necesaria para el Estado, y que el Estado es necesario para la libertad y para el bien de todos. Y no es lo peor que los opresores afirmen esto, sino que los oprimidos lo crean, consolidando de ese modo el poder de sus opresores. Unos aldeanos se reúnen para hacer un estanque que necesitan; para ellos ese estanque es un bien; pero para el que no lo necesita no es tal bien, y no se le puede obligar á que trabaje en provecho de los otros. Y lo mismo sucede con los caminos, las iglesias, los museos y todas las obras sociales. Toda obra que el hombre tenga que ejecutar á la fuerza deja de ser, por ese solo hecho, común y bienhechora.

La esclavitud está abolida hace tiempo, pero sólo de palabra y no de hecho. De hecho existe, como ha existido siempre, y consiste en lo que siempre ha consistido: en la opresión del fuerte sobre el débil por medio del ejército, de la propiedad y de los impuestos. La diferencia está en que hoy esa esclavitud está disfrazada y se oculta tras el engaño del bien general del Estado.

Cuando un tonel corre, es que tiene un agujero; para contener la salida hay que buscar el agujero y taparlo. Las medidas propuestas para evitar el reparto irregular de las riquezas no tapan el agujero. Se dice: haced sociedades obreras; haced del capital y de la tierra una propiedad social. Todo eso deja descubierto el agujero y el tonel se sigue vaciando. El agujero es la fuerza del hombre armado sobre el inerme; mientras haya un hombre armado que se arrogue el derecho de matar, habrá reparto irregular de riquezas, es decir, esclavitud.

Es opinión común que el dinero representa la riqueza, y es un error. Yo fabrico calzado, tú siembras trigo y aquél cría ovejas, y como medio más cómodo de cambio, amonedamos oro y cambiamos con él nuestros productos. Eso es verdad, pero siempre que no haya violencia. Hoy el dinero reunido como producto directo del trabajo no es más que una mínima parte del obtenido por toda clase de violencias, y en tales condiciones es falso que el dinero sea la representación del trabajo. Se puede desear que lo sea, pero no puede decirse que lo es.

Sí, el dinero representa el trabajo; pero ¿de quién? No del que lo posee, sino de otro, presente ó pasado, á quien se ha impuesto por fuerza la obligación de trabajar. El dinero es hoy un signo convencional que da derecho á aprovecharse del trabajo de los demás. El dinero, con la existencia de la violencia, no representa sino la posibilidad de la nueva forma de la esclavitud impersonal, que reemplaza á la esclavitud personal. El propietario de esclavos hace trabajar á Juan ó á Pedro; el de dinero somete á esclavitud á quienes lo necesitan.

No discuto—dice Tolstoi—si esta situación es ó no necesaria para el desarrollo de la humanidad; trato solamente de explicar el concepto del dinero y el error de tomarle como representación del trabajo, cuando es sólo una forma de esclavitud. Yo tengo un duro mágico, eterno; corto el cupón y me alejo de todas las obras del mundo; no hago daño á nadie; pero es precisamente lo mismo que el juego de la lotería ó de la ruleta, en que no veo al que se suicida después de perder, al entregarme ese cupón que corto de mis papeles.

Los cupones representan el trabajo. Sí; pero ¿de quién? No del que los tiene, sino del que trabaja. Donde hay un hombre que no trabaja, porque puede hacer trabajar para él á los demás, hay esclavitud. El dinero es una forma nueva y terrible de esclavitud, mucho peor que la antigua, porque dispensa al esclavo y al propietario de sus relaciones personales, sus relaciones humanas.

### INTELLECTUALISMO

LA INFLUENCIA ALEMANA.—El *Mercurio de Francia* ha abierto una información interesante acerca de la influencia intelectual de Alemania en el mundo culto, con motivo del discurso del Emperador Guillermo proclamando la pretensión del espíritu germánico «á la supremacía mundial», supremacía que, si fue evidente hace unos lustros, parece hoy harto dudosa, cuando las últimas estadísticas revelan que hasta los estudiantes ingleses empiezan á desertar de las Universidades alemanas prefiriendo la de París; y en Alemania mismo un alemán como Nietzsche ha hablado con desdén de sus compatriotas.

El cuestionario formulado para la información no contiene más que dos preguntas: 1.<sup>a</sup> ¿Qué piensa usted de la influencia alemana desde el punto de vista general de lo intelectual? 2.<sup>a</sup> ¿Existe todavía esta influencia y se justifica por sus resultados?

Las respuestas son variadas, como es natural. He aquí las más interesantes.

Mauricio Barrés, lorenés y nacionalista, opina que el estudiante se empequeñece bajo la enseñanza alemana, que desarrolla sobre todo la memoria con detrimento de las demás facultades. El estudiante alemán no tiene ideas personales, ni vistas de conjunto, ni percepciones del sentido íntimo de las cosas. No siente la belleza, y todo para él son reglas y excepciones, hechos, datos, fórmulas, no la vida de las cosas. Inmenso y sabio aparato en el que faltan el corazón y la fantasía. Los maestros son especialistas, clasificadores; los críticos son pacientes y exactos; pero no aciertan con el medio general. La enseñanza alemana, que triunfa en la historia y en la filología, no puede dar buenos frutos en Francia.

Jorge Brandés, célebre crítico dinamarqués, cree que en Matemáticas los franceses ocupan siempre el primer puesto, y que en Ciencias naturales se hallan al mismo nivel que los alemanes. Las Universidades alemanas son, sin embargo, superiores á las francesas. La instrucción francesa se adapta mejor á los grandes ingenios, que son raros; pero el profesor alemán sabe hacer de un alumno de inteligencia mediana un buen trabajador. La novela y el drama alemanes no pueden compararse con los franceses, ni Alemania tiene un escultor como Rodín. El arte en Francia se desarrolla libremente, y en Alemania está sometido, como la literatura, á altas influencias.

Alfredo Fouillée consigna la decadencia de los estudios filosóficos en Alemania; lamenta el predominio del utilitarismo y del militarismo; alaba la organización técnica de los laboratorios científicos, y siente que en los últimos treinta años los reformadores franceses hayan tomado de los alemanes lo que tienen de malo (abuso de la filología, manía de la erudición y abandono de los estudios filosóficos) para no imitar lo que tienen de bueno (culto del humanismo, amor á la disciplina y respeto á lo normal).

Carlos Renouvier dice que el espíritu germánico ha falsea-

do el espíritu francés. Los genios del siglo XIX, los historiadores sobre todo, como Cousin, Guizot, Thiers, Thierry, Michelet, Quinet, Renan y Taine, fueron espíritus desviados. Las elucubraciones metafísicas alemanas, sobre todo las de la escuela hegeliana, encontraron en Francia admiradores, y de allí vino la importancia de la filosofía determinista, que mejor sería llamar fatalista, hoy dominante.

Teodoro Ribot sostiene que el gran movimiento filosófico alemán de Kant á Hartmann, se ha detenido hace veinte años; hoy la ciencia parece atender con preferencia á la práctica, abandonando la especulación desinteresada, que es la más noble y fecunda. Lo que es de admirar es la paciencia, la tenacidad, la abnegación con que muchos alemanes tratan de cuestiones minuciosas é ingratas, sin otro fin que el de agotarlas, para que en mucho tiempo no pueda decirse ya sobre ellas más que lo dicho por ellos.

Los hermanos Rosny dicen que la influencia alemana, importante en filosofía, fué siempre muy débil é intermitente en literatura, y hoy no existe. La ciencia alemana no tiene ningún distintivo propio. La filosofía alemana ha cedido el paso al positivismo y al evolucionismo. La literatura alemana está empobrecida hace tiempo. Sólo queda Nietzsche, que obra sobre una aristocracia, pero en sentido retrógrado y sin penetrar tampoco profundamente en su espíritu.

Alfredo Binet, el sabio director del laboratorio psicológico de la Sorbona, limita su respuesta á la psicología. Debemos á Alemania—dice—el haber probado con Weber, Fechner y Wundt que es posible hacer experimentos sobre cosas morales, siendo Germania la creadora de la psicometría y de los laboratorios psíquicos.

Carlos Gide, ilustre economista, reconoce lo mucho que se debe á la ciencia alemana en materia de economía política. El primer servicio es el de haber sustituido el método histórico al dogmático, y el segundo el haber derribado el optimismo clásico y la ciudadela del *laissez faire* en que se atrinche-



raba. La legislación obrera es en gran parte obra alemana. Las doctrinas económicas han pasado por tres fases: la 1.<sup>a</sup>, hasta fines del siglo XVIII, fué francesa; la 2.<sup>a</sup>, hasta principios del siglo XIX, inglesa, y la 3.<sup>a</sup>, que dura todavía, alemana,

Anatolio Leroy-Beaulieu niega la supremacía mundial del espíritu germánico, porque la hegemonía intelectual no puede hoy ser de ningún pueblo.

Gustavo Lebon dice que la influencia científica, económica é industrial de los alemanes es hoy inmensa, merced á la enseñanza práctica. En cambio es débil la influencia filosófica. Los alemanes tienen grandes sabios y grandes industriales, pero carecen de grandes literatos y de grandes filósofos.

El General Gallifet, juzgando de la influencia alemana en lo militar, estima que en muchas cosas esta influencia ha sido excesiva, y en otras insuficiente.

El escultor Bartolomé menciona un discurso del Emperador Guillermo sobre la escultura, y dice que su único mérito es la novedad; el Emperador ignora el movimiento moderno del arte alemán y mientras su benevolencia recae sobre hombres poco apreciados por los verdaderos artistas, los jóvenes ingenios por él desatendidos conquistan las exposiciones y los museos.

El poeta belga Verhæren dice que Francia ha sufrido la influencia alemana, pero modificando, afinando y enriqueciendo lo que adoptaba. Europa llegará á ser un inmenso país cuyas provincias serán las naciones actuales.

Max Nordau no cree en el nacionalismo, sino en el individualismo. Las grandes personalidades son las que tienen influencia, no por su nacionalidad, sino por su originalidad. Los guías intelectuales del siglo XIX fueron Hegel, Feuerbach y Humboldt, Comte y Pasteur, Spencer y Darwin. Ninguno de esos gigantes puede identificarse con un pueblo. Preguntarles «¿cuál es vuestra nacionalidad?» sería digno de un comisario de policía que llenara el formulario de un pasaporte, no de quien estudie la evolución de la humanidad.

Para Sergi, Alemania ha tenido gran éxito en las ciencias especiales, como la filología comparada, la fisiología, la anatomía y la embriología. Pero hoy no ocupa ya el mismo puesto preeminente y todas las naciones están poco más ó menos al mismo nivel. Tienen los alemanes grandes cualidades, la perseverancia en el estudio, la facultad de análisis y de la división del trabajo; pero les falta la «expansividad simpática». Su influencia se debe más á la cantidad y á la persistencia de sus trabajos, que á la difusión fácil y natural de su pensamiento.

César Lombroso cree que ahora tiene la Inglaterra mayor número de filósofos geniales y de ingenios científicos que Alemania, sin contar con que los Estados Unidos entran ahora vigorosamente en campaña. Pero le parecen preferibles los pueblos que acogen las influencias de todas partes, que los que las rechazan. Cuando un país levanta fronteras, acaba por empequeñecerse, y ese es el peligro que está corriendo Alemania.

La respuesta más galante y luminosa—como de un diplomático—es la del Marqués de Vogüé: «La cortesía nos obliga á no contradecir á las gentes, francesas ó alemanas, sobre la buena opinión que tienen de sí mismos. Permitid que me atenga á esta ley.»

### IMPRESIONES Y NOTAS

BISMARCK Y EL NÚMERO 3.—Sabido es que Bismarck fue muy supersticioso, y una de sus supersticiones más arraigadas era la veneración que profesaba al número 3, que es el símbolo de la vida para los cabalistas.

Esta veneración no dejaba de estar justificada, pues el lema del mote de la familia era este: *In Trinitate Robur*, y las armas de la familia consistían en un trebol (trifolio) unido á tres hojas de encina. Además de esto, Bismarck tenía tres nombres: Bismarck, Schœnhausen y Lauenburg y tres títulos,

de Conde, Duque y Príncipe; tenía también tres hijos, y no le habían quedado más que tres pelos en la calva; había servido á tres Emperadores: Guillermo I, Federico I y Guillermo II; había sostenido tres guerras; había suscrito tres tratados de paz; había preparado el encuentro de tres Emperadores; había perdido tres caballos en la campaña de 1866 y había fundado la triple alianza entre Alemania, Austria y Rusia primero, y entre Alemania, Austria é Italia después.

\*  
\* \*

A LA MEMORIA DE VIRCHOW.—El *Semanario médico de Munich* ha publicado el siguiente curioso recuerdo, que tomamos de la *Revista médica de Granada*, á la memoria del insigne sabio.

Summo cum ingenio  
Morbos illustravit,  
Explorando mortuos  
Vivos adjuvavit.

«Omnis-dixit-cellula  
E cellula exorta»;  
Tum doctrinæ lucidæ  
Patefacta porta.

Vitæ persecutus  
Est intima arcana  
Et ubique somnia  
Dissipavit vana.

Quæ reliquit opera  
Perdiu vigeant  
Magna hæc vestigia  
Non evanescebunt.

\*  
\* \*

LA EXPANSIÓN RUSA.—Inmensa es la labor y maravilloso el éxito de Rusia en las inmensidades de Asia mientras su actividad en Europa es ya tan grande que no nos deja observar ni aun prestar atención á la otra.

La expansión de los rusos en Asia, dice Nemi, no hace más que seguir la antigua expansión de los moscovitas en Europa, Hacia el Este, los cosacos arrojaron á los mongoles del Volga al Irtych, del Fenissei al Lena, llegando al Pacífico en menos de setenta años, de 1579 á 1645; en otros dos siglos bajaron á Nicolaiewsk (1762), á Vladivostek (1860) y á Port-Artur re-

cientemente; al Oeste necesitaron dos siglos de lucha, hasta que Pedro el Grande fundó su capital sobre el Báltico. Al Sur son más terribles los obstáculos; desde la anexión de Astrakan por medio de Ivan el Terrible (1556), hasta el sitio de Constantinopla por Alejandro II (1877); desde la toma de Azof por Pedro el Grande (1695) y la fundación de Odessa (1795) hasta la toma de Meru y de Pamir (1892), todo es un continuo descenso hacia el Sur.

Pasado el tiempo de la conquista armada, viene la conquista industrial y comercial. Y he ahí la Rusia construyendo, del Mar Negro al Mar del Japón el ferrocarril Odessa-Vladivostok. De Odessa á Batum, la flota; de Batum á Baku, el ferrocarril transcaucásico; de Baku á Krasnovedsk la flota del Caspio, y desde allí hasta la China el ferrocarril transcaspiano, y al Este la ferrovía transiberiana que desde Moscú cruza la Mongolia para ir á morir frente al Japón. Y así logra dos desembocaduras en los mares occidentales. Pero no basta.

Y Rusia no pide mucho: no lleva ejército ni bandera; compra el derecho de paso para sus mercancías y un rincón para sus barcos. De esta manera extiende su esfera de acción al mar Glacial, al Báltico, al Negro, al Pacífico, y la extenderá al Mediterráneo y al golfo Pérsico. El coloso ruso tiene una expansión de vitalidad que nada puede detener.

\*  
\* \*

LOS MATRIMONIOS POR SORPRESA.—La *Revista iberoamericana de Ciencias eclesiásticas* llama la atención sobre la frecuencia con que se repiten los casos de matrimonios por sorpresa, preguntándose si será llegado el momento de que la Iglesia intervenga para cortar el abuso de raíz.

La prensa noticiera, en su insano afán de información, es el gran vehículo de la corriente desmoralizadora que impulsa á la comisión de semejantes hechos. Sólo en la Vicaría de Santiago—dice D. Carolino Costas—se tramitan *simultáneamente*

CINCO expedientes de matrimonios por sorpresa, sin contar otro correspondiente á la jurisdicción castrense. Y de ese modo jóvenes inexpertos y apasionados saltan por encima de todas las conveniencias, y no hallan forma mejor de lograr sus deseos que presentarse un día en la Iglesia parroquial, ó sorprender al párroco en su casa con motivo de una visita, ó hacerse el encontradizo con él en la vía pública, ó llegar al extremo, como ha sucedido, de llamarle á altas horas de la noche con pretexto de auxiliar á un enfermo, y allí en su presencia y con testigos preparados al efecto, pronunciar la fórmula, de mutuo consentimiento para el matrimonio; y luego... que trabaje la curia eclesiástica, y se ordene al párroco la inserción de la partida. Es verdad que esto no se hace sin imponer una penitencia á los contrayentes; pero la penitencia se cumple ó no se cumple, y en todo caso ni denigra ni causa efecto en el ánimo despreocupado de quienes la sufren.

Por eso crece el mal, con burla de las disposiciones del Concilio de Trento, con menosprecio de la autoridad del párroco, con mengua de la autoridad paterna, llevando la perturbación á las familias que á cada nuevo caso temen ser víctimas de otro semejante, y acarreándose los contrayentes incalculables perjuicios porque la ignorancia les lleva á intentar la sorpresa ante un sacerdote cualquiera que no sea el párroco de ninguno de los contrayentes, lo que implica la nulidad del acto y la consiguiente ilegitimidad de los hijos.

No existe en la legislación medio alguno de evitar este daño, cuando tan fácil sería conseguirlo. Bastaría que se aplicaran al matrimonio canónico las penas que en el Código penal se establecen para los matrimonios ilegales civiles, cosa sencilla puesto que, según el art. 75 del Código civil, «los requisitos, forma y solemnidades para la celebración del matrimonio canónico se rigen por las disposiciones de la Iglesia católica y del Santo Concilio de Trento, admitidas como leyes del Reino».

La Iglesia por su parte, inspirándose en la pureza de la

doctrina y en el espíritu mismo del Concilio tridentino, puede perfectamente, puesto que no se trata del dogma, sino de mera disciplina, dictar un decreto declarando nulos los matrimonios por sorpresa. Si la gravedad del mal es tan grande que exija la adopción de esa reforma, la Iglesia es la única que puede apreciarlo.

\* \* \*

LA FORTUNA DE EDGARDO POE. — El *Bookman* de Nueva York publica un artículo sobre «el culto de Poe». Hoy la memoria de Poe se halla en gran predicamento entre los norteamericanos, que sin embargo le han tenido en olvido largos años, y le consintieron vivir y morir bien miserable.

Según las noticias de un tal Crane, que estuvo al servicio del poeta y que tiene ahora setenta y cuatro años, Poe estuvo muy distante de ser el desequilibrado borracho que se nos ha pintado. Según Crane, era pacífico, trabajador, cortés y animado. Trabajaba con método y asiduidad, desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde, en el *Broadway Journal*, que dirigía; y aunque á veces intentara ahogar sus pesares bebiendo, siempre fue más digno de compasión que de vituperio.

Por *El cuervo* recibió Poe diez duros; si hoy se encontrara el manuscrito original, darían muchos por él miles de duros. El valor comercial de las cartas de Poe es grandísimo; en el mercado se cotizan cinco veces más que las de Byron, dos veces más que las de Shelley, y cien veces más que las de Lowell y Longfellow. A sus funerales en 1849 asistieron ¡ocho personas!

¡Quién sabe—dice con razón la *Nuova Antologia*—si mientras los millonarios se disputan las cartas del poeta, algún pobre diablo, semejante á él en genio y en desventuras, está escribiendo otras no menos desesperadas. ¡Así es el mundo, y así suele premiarse el mérito!

\* \* \*

EN FABLA DEL LUGAREJO.—Tal es el título de una lindísima composición del poeta D. José María Gabriel y Galán, digna de figurar al lado de las más celebradas del autor de las costumbres extremeñas, y que encontramos en *El Dardo*, de Plasencia. La poesía ha sido improvisada con motivo del banquete dado al autor por sus admiradores de Cáceres. Hela aquí:

Cuando yo güelva al pueblo y me diga  
 Mi compadri Cerilo el de Cleta,  
 —Pero, escucha: ¿pus andi has estao  
     Pa que asina vengas  
 Fachendoso como un pavo güeco  
 Que de puro fanfarria se escrespa?  
     ¡Pus hombri, paeci  
     Como si te habieran  
 Jecho jués de estrución de repenti  
     Pa jacel fachenda!  
 —Pus de Cáceres vengo, compadri.  
     ¿Te jaci algo é mella  
 El pensal si yo tengo ú no tengo  
     Genti de la güena  
     Pa si se me ofreci  
     Metel enfluencias?  
 Pus si estás rescocio por eso,  
     Dati con manteca,  
 Porque naidi te tieni la culpa  
     De que un naide seas  
     Que no sabes námas  
 Que ajuntal una miaja las letras,  
     Tratal con el burru,  
     Dirti á la taberna,  
 Ú chalrar á bandujo de cosas  
     Que no tienin cuenta.  
     —¡Hombre, no te digo  
     Que andi bien de letra,  
 Porque es cosa que no me han tirao  
 Ni siquiá cuando anduvi á la escuela.  
 Pero, mira, también arrempujo  
 Si se ofreci metel enfluencias,  
 Porque el nuestro señol deputao

Cuando vino á los votos—¿te acuerdas?  
Se jué de jocicos  
Á mi casa mesma,  
Y al marcharsi me dijo: «Cerilo:  
Pide lo que quieras,  
Porque ya te he dicho  
Que á ti te se aprecia.»  
—¡Calla, no me jablis  
De las cosas esas,  
Que námas de oilas  
No me jaci coción la merienda.  
¡Lo que el tu deputao quería  
Era que metieras  
Drento de la urnia  
La su papeleta!  
¡Vaya unos quererres  
Esos que me mientas!  
Los queréris de adrento, compadri,  
Son de otra manera,  
Y me obligan á decírtelo námas  
Que pa que lo sepas.  
Cuando yo á la ciudá juí ahora  
Námas que quisiera  
Que habiesis golío  
Los convitis que me han jecho en ella  
Namás porque dicin  
Que sé algo de letra.  
Unos señorinis  
Que jablan más finos que pelras,  
cuantis supon que juí se ajuntaron,  
Jablaron con priesa  
Y le andaban diciendo á los otros  
En la calli mesma:  
«¡Señoris, señoris,  
A vel qué se piensa,  
Que ha venío por acá de las Jurdis  
Un muchacho que sabi de letras,  
Que jaci aleyuyas,  
Que jaci comedias,  
Que jaci unas coplas  
Jasta allí de güenas!»



—¡Pues á comvialo!  
Y que el hombri se jaga la cuenta  
De que aquí solamenti hay convitis  
Pa quien los mereza.»  
¡Compadri, compadri!  
Namás que quisiera  
Que por un bujerino bien chico  
Golío lo habieras.  
¡Juy, Dios, qué salota!  
¡Juy, chico, qué mesas!  
¡Juy, Dios, qué comías!  
¡Juy, qué güenas bebías aquéllas!  
¡Juy, qué cigarrones!...  
Los llamaban brevas,  
Como aquí nombran tós á los jigos  
Más tempranos que dan las jigueras.  
¡Qué ricos, compadri!  
¡Aquello es canela,  
Y no los pitillos  
De las pitilleras  
Que paeci que sabin á istierco  
Y á jiel de la tierra.  
¡Y vengan cafesis,  
Y vengan botellas,  
Que extrumpian lo mesmo que tiros  
Y jacía el licol al verterlas  
Un espumarajo  
Que cocía de puro la juerza.  
Y luego, compadri,  
¡Qué lenguas aquellas  
Pa brindal y ponel pol las nubes  
Las cosas de letra!  
Yo no pueo explical lo que dijon,  
Pero dijon tamién cosas güenas  
De las coplas que jici hogañazo  
Pa imprentarlas en libro ¿te acuerdas?  
¡Compadri, qué gentis  
Tan finas aquellas,  
Qué gentis tan listas  
Y tamién qué güenas!  
Los quereris de aquellos señoris

Son quereris de adrento ¿te enteras?

Porque ná te piden,

Ni ná de ti esperan

Y námas te quierin

Porque dicin que sabis de letra,

Y como ellos son listos, les gusta

Que la genti sea lista y espierta;

Porque mira, pa brutos ya bastan

Entri gueyis, guarrapos y bestias.

—¿Y tú qué dicías

Cuando vías aquellas finezas

Que han jecho contigo

Pol sabel de letra?

—Pus, compadri, pal caso, ni chispa,

Pol que yo pa dicil cosas güenas,

Paeci que me jacin

Un ñúo en la lengua;

Pero mira, compadri, te digo

Que si yo te viera

Dir el río abajo

Con la genti aquella

Y á ti ú á ellos námas

Sacalsos pudiera,

¡Te ajogas, compadri

Como rata vieja!

Aunque mil gorgoritos jicieseis

Pa querel conserval la pelleja.

¡Aunque en crús me pidiesi socorro

La comadri Cleta!

¡Ya ves tú si vendré agracío

De la genti aquella!

Námas una espina

Me escarabajea

Pa en drento, pa en drento

De las entritelas:

No poeli habel dicho á la genti

Con palabras bien finas y güenas:

—¡Señoronis, que yo no merezo

Toas esas querencias

¡Que Dios vos lo pagui

Y que yo de verdá lo agraeza!

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Pascua florida.**—Novela por G. Martínez Sierra.

*Pascua florida* es, ante todo, la obra de un espíritu sereno, con la solemne y diáfana serenidad de una mañana de Mayo... En sus páginas no hay batallas fragorosas de almas, que vencedoras ó vencidas, enseñen, junto á actitudes heroicas, aspectos deleznable y lacerías, sombras y ruinas tras del relámpago esplendoroso del choque, sino armonías de sentimiento que fluye de los corazones, como la luz del día, pintando, primero, una sonrisa rosada en los espacios, vistiendo luego el paisaje de claros resplandores. Ni una vez en *Pascua florida* resuena, entre trompetazos de estilo y estruendos de frase, el alarido de las pasiones. Sus páginas son concierto melodioso, en que se mezclan los ecos agonizantes del dolor que pasa y los balbuceos aurorales de la esperanza que llega. Es la voz de la ternura la única que destaca en la novela. La vida no ruge á través de la fábula: canta. Canta, y su canto tiene la elocuencia sin ruido de la verdadera emoción.

Como en *Horas de sol*, Martínez Sierra ha huído con acierto en *Pascua florida*, ya al elegir asunto, como en la exposición y desarrollo del mismo, de todo lo que no encierra calor de humanidad y aroma de sencillez. Después de buscar la realidad con intención preconcebida en los que parecen más vulgares é insignificantes detalles y momentos, Sierra la pone delante del lector sobre un fondo de arte, matinalmente claro, destacando así lo que fué leve matiz, hasta el punto de que éste, sin otra virtud que la de su fuerza propia, vibra como un

latido universal, que lleva el alma en transporte de emoción al concepto total de la vida, por rápidas sucesiones á través de la trama del sentimiento.

\*  
\* \*

Cuando el lector comienza las páginas de *Pascua florida*, nieva. Hay nieve — «estrellas blancas, que caen con aleteo de cosa viva y majestad de cosa santa»— en Fuenclara, un pueblo humilde, perdido en los repliegues de la sierra. Hay nieve de años y de soledad en la cabeza y en el pecho de un anciano, que es padre y no tiene hogar. Hay en el espíritu de una mujer, nieve de penas, bajo la cual tiritita y se acobarda un corazón, que ha pasado á través del mundo sin lograr el contacto con la vida. Hay nieve de filosofías sobre el temperamento de un hombre, que ha aprendido escepticismo en los dolores ajenos y no ha recibido nunca la íntima caricia de una dicha propia. Hay, por último, un copo de nieve, congelado para siempre, en el corazón de una niña, nido y sepultura á la vez de una esperanza unigénita.

Pero luego, en lo alto, asoma el sol quebrando lentamente la uniformidad callada y fría del paisaje. Las nubes desfilan hacia su patria de duelo, dejando al descubierto la sonrisa azul del infinito, que brota de todas las lejanías; la nieve desciende á los valles, fecundando las entrañas de la tierra con gérmenes de vida, ó corriendo en tropel de gotas irisadas á fundirse en la ensoñadora canción de los arroyos... Y con aquella resurrección de la luz, que restituye su alma al cuadro, coincide el amanecer de la alegría en todos los corazones. La casa del viejo maestro — fría, con frío de años — va transformándose en hogar de mimos y risas. En el pecho de Josefina — la dolorosa errante — penetra un rayo de sol, que es calor de consuelo y al mismo tiempo luz redentora. Y las filosofías de Lorenzo vanse huyendo al país de las sombras, como las nubes del cielo, y sus ideas, heladas y duras, derritiéndose

como la nieve de las montañas y trocándose unas en gérmenes de sentimiento y las otras en dorados vapores de ensueño.

\*  
\* \*

Es sencillamente admirable el arte con que Martínez Sierra desenvuelve la fabulación. Poeta enamorado de la naturaleza, en las páginas que la dedica su estilo, es como mágico espejo en que se retratan, no sólo las cosas y el atavío de ellas, sino también el alma de cada una. Artista lleno de fervor hacia la realidad humana, ha sabido descifrar los misterios que la realidad encierra y convertirlas en flores de luz.

A través del relato, se perciben los grados del desarrollo del amor, que una vez iniciado comienza su triunfo. Sierra va engarzando momentos de las almas de Lorenzo y Josefina, en diademas de ternura, de poesía, de gracia, y cuando ellos todavía lo ignoran ó resisten á saberlo, el lector ve como sus figuras se transparentan cual urnas de cristal inmaculado, con los relámpagos del sentimiento que dentro de ellos arde.

Al cabo un día, vibra en la atmósfera un toque de gloria. Alrededor de los dos amantes que han juntado las manos, la tierra toda parece abrirse en una melodía de cantos misteriosos, que apenas si eran perceptibles, y de pronto atruenan gozosamente en los aires. Las brisas, que se arrastraban perezosas, de súbito, aletean todas á la vez, levantando momentánea tempestad de aromas. Los trinos de los pájaros suenan de repente con un ritmo nuevo, que surge y muere en una sola y rápida cadencia... Es el primer día de primavera, en los campos y en las almas.

La dicha cae como bálsamo bendito en los espíritus de Josefina y Lorenzo, y fulge en la cabeza nevada del viejo maestro.

Tan solo hay una sombra que nadie ve, porque está muy honda. Es la de la hermanita de Lorenzo, la de Lucila—aquel

corazón siempre amante del bien de todos, y en que pesa el cadáver de la única ilusión de amor que en él había florecido.

\* \* \*

Tal es la primorosa historia que nos cuenta Martínez Sierra. Una historia sin fragores de batalla, ni estruendo de pasiones. Una historia comovedora y hermosa, porque es humana y porque es sencilla.

J. RUIZ-CASTILLO.

\* \* \*

**Poemas breves**, J. Ortiz de Pinedo.

Ya he tenido otra vez ocasión de hablar elogiosamente de este poeta. Tratábase de *Canciones juveniles*, su primer libro, un opúsculo fogoso y entusiasta, impregnado con optimismo animoso de adolescencia. Mostrábase en aquellos cantos atra-yentes un rimador fácil y peculiar. De ello hice la observación. En los labios del joven rapsoda adquirió el endecasílabo cierta solidez robusta y sana; un algo de naturaleza fibrosa que me traía á las mientes remembranzas de austeridad clásica. No he de sentenciar yo aquí cuál sea preferible: si la grave tiesura y conceptuoso discreto de nuestros patriarcas de la edad de oro, ó la grácil voluptuosidad ondulante de la moderna rítmica francesa. En esto, como en otras muchas cosas del querer y del pensar, me acomodo provisionalmente en el anti-pático término medio, me saturo de acomodaticias teorías eclécticas, y finjo una mediocre burguesía literaria, que no tendrá el gesto bello; pero que es, á no dudar, muy fecunda en buenos resultados. «Maestro»—decía Rubén Darío al abuelo español de la barba nevada—«mi esposa es de mi tierra», y luego añadía «mi querida es de París».

*Poemas breves* no es, como alguien pudiera deducir de su título, una imitación de nuestro adorado Campoamor.

Ortiz de Pinedo, que es ácrata en materia de estética, no tiene concreta genealogía literaria, no sigue camino hollado; como Alfredo de Musset, apura su cáliz, aunque su cáliz no sea muy grande; su alma es sensible y su imaginación expresiva: es un hombre para el que, como á Teófilo Gautier, el mundo exterior existe.

No detallo ni juzgo el fondo de los poemas que constituyen el libro, por parecerme tarea prolija é impropia de una nota bibliográfica; quizá en alguna otra parte hable más por largo de ello; sólo he de manifestar que el poema-dedicatoria (aquel poema doloroso y atrayente, que evoca lágrimas con su amargura íntima) me parece inspirado, y que *El desterrado de la vida* tiene grandeza trágica y hondo sentimiento y á las veces suscita el recuerdo de Verhaerem, el atormentado poeta, sin que desmerezca en la comparación. Y esto es bastante.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Un duelo</i> (novela), por Antón Tchekhof.....	5
<i>Poetas americanos</i> , por M. Larrañaga Portugal.....	33
<i>El Individualismo español</i> ; por Miguel de Unamuno.....	35
<i>La Iglesia y la cuestión social</i> , por P. Dorado.....	49
<i>Fe</i> , por Edmundo González Blanco.....	67
<i>Curiosidades numismáticas</i> , por Ignacio Calvo.....	98
<i>El Renacimiento de Portugal</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	113
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	128
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	145
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	155
<i>Notas bibliográficas</i> , por J. Ruiz Castillo y Ramón Pérez de Ayala..	195



# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la  
Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento,  
número 7, bajo, Madrid.

## ANTROPOLOGÍA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.  
**Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.  
**Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.  
**Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Floren-  
cencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.  
**Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.  
**Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.  
**Bergeret.** — Mouton (Merinos) 1 peseta.  
**Boissier.** — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.  
**Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.  
**Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.  
**Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.  
**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.  
**Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.  
**Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.  
**Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.  
**Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.  
**Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.  
**Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.  
**Heine.** — Memorias, 3 pesetas.  
**Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.  
**Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.  
**Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renan.**—Mi infancia y mi juventud, (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi Juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual de Juez, 12 ptas.

**Gumpowicz.** — Derecho político filosófico, 10 pesetas.  
**Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.  
**Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.  
**Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.  
**Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.  
**Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.  
**Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.  
**Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.  
**Miraglia.** — Filosofía del Derecho. 2 tomos, 15 pesetas.  
**Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.  
**Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.  
**Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 ptas.  
**Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.  
**Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.  
**Sighele.** — El delito de dolo, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.  
**Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. —

De las leyes en general, 8 pesetas.  
 — Ética de las prisiones, 10 pesetas.  
**Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.  
**Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.** — El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.  
**Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prieta, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.  
**Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMÍA

**Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos 16 pesetas.  
**Buylla, Neumann, Kleinwhac-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.  
 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
 Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
 Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
 Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.  
 Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.  
 Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
 Virgili.—Manual de Estadística, 4 pesetas

### FILOSOFÍA

- Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.  
 Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
 Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
 Emerson.—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
 Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
 Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
 Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
 Heine.—Alemania, 6 pesetas.  
 Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más hallá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

### HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

## HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.— Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Campe.**— Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**— La Revolución francesa, 8 pesetas.
- Dowden.**— Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fouillée.**— Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**— El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**— Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**— Historia de María Antonieta, 7 pesetas.— Historia de la Pompadour, 6 pesetas.— Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.
- Heine.**— Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**— Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Renán.**— Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.— Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**— Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**— Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.— Los Orígenes, 7 pesetas.— El Renacimiento, 7 pesetas.— La Edad Clásica, 6 pesetas.— Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**— El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**— Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**— Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**— El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**— Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con no-

tas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

## MISCELÁNEA

- Alcofurado.**— Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado 3 pesetas.
- Baudelaire.**— Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**— El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**— Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**— Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**— Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**— La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.
- Stead.**— El Gobierno de New York, 3 pesetas.
- Stendhal.**— El Amor, 3 pesetas.— Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**— Fisiología de la guerra, 3 pesetas.— Placeres viciosos, 3 ptas.
- Varios autores.**— (Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)— Novelas y caprichos, 3 pesetas.

## NOVELA

- Balzac.**— Eugenio Gaudet, 3 pesetas.— Papá Goriot, 3 pesetas.— Ursula Mironet, 3 pesetas.— César Birotteau, 3 pesetas.— La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**— El Cabecilla, 3 pesetas.— Venganza de una mujer, 3 pesetas.— Las Diabólicas, 3 pesetas.— Una historia sin nombre, 3 pesetas.— La Hechizada, 3 pesetas.

**Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.  
 La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.  
 Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Hol-  
 denis, 3 pesetas.

**Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.

**Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.  
 —La Evangelista, 3 pesetas.—El  
 sitio de París, 3 pesetas.—Novelas  
 del lunes, 3 pesetas.—Cartas de  
 mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en  
 los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y  
 fantasías, 3 pesetas.

**Dostoyuski.**—La Casa de los muer-  
 tos, 3 pesetas.—La novela del pre-  
 sidio, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 pe-  
 setas.

**Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3  
 pesetas.

**Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—  
 Renata Mauperin, 3 pesetas.—Ger-  
 minia Lacerteux, 3 pesetas.—La  
 Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3  
 pesetas.—La señora Gervaisais, 3  
 pesetas.

**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.

**Korolenko.**—El Desertor de Saja-  
 lín, 2,50 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Se-  
 dán), 3 pesetas.

**Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—  
 Mis perlas, 3 pesetas.

**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.

**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.

**Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.

**Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3  
 pesetas.—Marido y mujer, 3 pese-  
 tas.—Dos generaciones, 3 pesetas.  
 El Ahorcado, 3 pesetas.—El prín-  
 cipe Nekhli, 3 pesetas.—En el  
 Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3  
 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3  
 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.

—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El  
 canto del cisne, 3 pesetas.—El ca-  
 mino de la vida, 3 pesetas.—Mi  
 confesión, 3 pesetas.—Los Ham-  
 brientos, 3 pesetas.

**Turguenef.**—Humo, 3 pesetas.—Ni-  
 do de hidalgos, 3 pesetas.—El Ju-  
 dío, 3 pesetas.—El rey Lear de la  
 Estepa, 3 pesetas.—Un desespera-  
 do, 3 pesetas.—Primer amor 3 pe-  
 setas.—Aguas primaverales, 3 pe-  
 setas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.  
 El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hi-  
 jos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3  
 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pe-  
 setas.

**Varios autores.**—Ramillete de  
 cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de  
 Cuentos, 3 pesetas.—Cuentos es-  
 cogidos, 3 pesetas.

**Zola.**—Las veladas de Medan, 3  
 pesetas.—La novela experimental,  
 3 pesetas.—Los novelistas natura-  
 lietas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor  
 Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los  
 hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

## PEDAGOGÍA

**Buisson.**—La educación popular de  
 los adultos en Inglaterra, 6 pe-  
 setas.

**Fichte.**—Discursos á la nación ale-  
 mana, sobre regeneración y educa-  
 ción de la Alemania moderna, 5 pts.

**Huxley.**—La educación y la heren-  
 cia, 8 pesetas.

**Guyau.**—La educación y la heren-  
 cia, 8 pesetas.

**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.

**Tolstoy.**—La escuela de Yasnaya  
 Poliana, 3 pesetas.

## POESÍAS

**Campoamor.**—Ternezas y flores,  
 Ayes del alma, Fábulas; todo en

un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

**Ferrán.** — Obras completas, 3 ptas.

## SOCIOLOGÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

**Caro.**—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

**Fouillée.**—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Garófalo.**—La superstición socialista, 5 pesetas.

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.

**Grave.**—La sociedad futura, 8 ptas.

**Gumpowicz.**—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

**Janet.**—La familia, 5 pesetas.

**Kid.**—La Evolución social, 7 pesetas.

**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

**Spencer.**—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas,

2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).

**Spencer.**—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Sumner-Maine.**—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

**Tolstoy.**—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer? 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

## TEATRO

**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.

—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

**Zola.**—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

## VIAJES

- Darwin.**-- Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Taine.**—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.— Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.  
**Tcheng-Ki-Tong.**—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES  
CONTEMPORÁNEOS

- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.  
**Lemonnier.**— La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.  
**Sudermann.**—El deseo, 3,50 ptas.  
**Korolenko.**—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Turguenef.**—Tierras vírgenes, 5 pts.  
**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.